

# Una etnografía de Pueblo Gallinal

Juventudes rurales y vínculos generacionales:  
entre el desarrollo agroindustrial,  
MEVIR y las transiciones a la adultez

Luisina Castelli Rodríguez

UNA ETNOGRAFÍA  
DE PUEBLO GALLINAL

Juventudes rurales y vínculos generacionales:  
entre el desarrollo agroindustrial,  
MEVIR y las transiciones a la adultez



Luisina Castelli Rodríguez

UNA ETNOGRAFÍA  
DE PUEBLO GALLINAL

Juventudes rurales y vínculos generacionales:  
entre el desarrollo agroindustrial,  
MEVIR y las transiciones a la adultez

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República.

Los libros publicados en la presente colección han sido evaluados por académicos de reconocida trayectoria en las temáticas respectivas.

La Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la CSIC, integrada por Luis Bértola, Carlos Carmona, Carlos Demasi, Mónica Lladó, Alejandra López, Sergio Martínez y Aníbal Parodi ha sido la encargada de recomendar los evaluadores para la convocatoria 2017.

© Luisana Castelli Rodríguez, 2017  
© Universidad de la República, 2019

Ediciones Universitarias,  
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)  
Montevideo, CP 11200, Uruguay  
Tels: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906  
Telefax: (+598) 2409 7720  
Correo electrónico: <infoed@edic.edu.uy>  
<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/>

ISBN: 978-9974-0-1689-7

# CONTENIDO

---

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL, <i>Rodrigo Arim</i> .....	9
AGRADECIMIENTOS.....	13
PRÓLOGO.....	15
INTRODUCCIÓN.....	17
Cartografía genealógica.....	17
Comprender el «mundo rural».....	19
Jóvenes y juventudes rurales en Uruguay .....	23
Observación sobre lo generacional.....	30
CAPÍTULO 1. ETNOGRAFIAR.....	35
Extrañamiento .....	36
Exploración.....	39
En campo.....	46
Escritura.....	48
CAPÍTULO 2. NARRATIVAS DESDE UN PUEBLO JOVEN .....	51
Mediaciones, memorias y caminos .....	52
Trabajo, familia y vivienda.....	55
De matrices, agroindustrias y etapas «neo».....	67
Un hogar MEVIR.....	73
Convivencia y mediaciones normativas .....	75
Las peripecias de la emancipación.....	81
Una de cal, una de arena .....	83
CAPÍTULO 3. SER JOVEN EN GALLINAL.....	87
Engranaje cotidiano y virajes generacionales.....	87
Jóvenes como estudiantes.....	91
Centro MEC.....	99
Los <i>otros</i> jóvenes.....	105
De <i>otro</i> a <i>otredad</i> .....	112

CAPÍTULO 4. LOS OTROS <i>OTROS</i> .....	117
Policiales.....	118
Convivencia y contaminaciones.....	124
«La droga».....	128
Zafra y alteridad generacional.....	131
PALABRAS FINALES: DEVENIR PUEBLO.....	137
BIBLIOGRAFÍA.....	147
FUENTES CONSULTADAS.....	157

# Presentación de la Colección Biblioteca Plural

Vivimos en una sociedad atravesada por tensiones y conflictos, en un mundo que se encuentra en constante cambio. Pronunciadas desigualdades ponen en duda la noción de progreso, mientras la riqueza se concentra cada vez más en menos manos y la catástrofe climática se desenvuelve cada día frente a nuestros ojos. Pero también nuevas generaciones cuestionan las formas instituidas, se abren nuevos campos de conocimiento y la ciencia y la cultura se enfrentan a sus propios dilemas.

La pluralidad de abordajes, visiones y respuestas constituyen una virtud para potenciar la creación y uso socialmente valioso del conocimiento. Es por ello que hace algunas décadas surge la colección Biblioteca Plural.

Año tras año investigadores e investigadoras de nuestra casa de estudios trabajan en cada área de conocimiento. Para hacerlo utilizan su creatividad, disciplina y capacidad de innovación, algunos de los elementos sustantivos para las transformaciones más profundas. La difusión de los resultados de esas actividades es también parte del mandato de una institución como la nuestra: democratizar el conocimiento.

Las universidades públicas latinoamericanas tenemos una gran responsabilidad en este sentido, en tanto de nuestras instituciones emana la mayor parte del conocimiento que se produce en la región. El caso de la Universidad de la República es emblemático, aquí se genera el ochenta por ciento de la producción nacional de conocimiento científico. Esta tarea, realizada con un profundo compromiso con la sociedad de la que se es parte, es uno de los valores fundamentales de la universidad latinoamericana.

Esta colección busca condensar el trabajo riguroso de nuestros investigadores e investigadoras. Un trabajo sostenido por el esfuerzo continuo de la sociedad uruguaya, enmarcado en las funciones que ella encarga a la Universidad de la República a través de su Ley Orgánica.

De eso se trata Biblioteca Plural: investigación de calidad, generada en la universidad pública, encomendada por la ciudadanía y puesta a su disposición.

*Rodrigo Arim*

Rector de la Universidad de la República



*A mi abuela María Elvira Bertullo  
y a mi abuelo Luis Alberto Rodríguez Cejas.*



## Agradecimientos

Este libro está basado en la tesis de posgrado para finalizar la Maestría en Ciencias Humanas opción Antropología de la Región de la Cuenca del Plata, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE) de la Universidad de la República (Udelar). Aquí comparto los resultados de una investigación etnográfica junto a los habitantes de Pueblo Gallinal, una localidad rural del departamento de Paysandú, Uruguay. Aunque el texto es de mi autoría, este, como el trabajo en el que se basa, no fueron producidos en solitario ni son fruto exclusivo de mi esfuerzo personal. Instituciones, personas y otros seres, de distintas maneras e incluso sin saberlo colaboraron para que su desarrollo fuera posible. Por eso, quiero expresar mi agradecimiento a la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) por haber financiado el estudio en Gallinal y a la Comisión Académica de Posgrados por otorgarme la beca que permitió enfocarme en la maestría. A todas/os quienes conversaron y compartieron tiempo conmigo y contaron sobre sus vidas en Pueblo Gallinal. A mis amigas y amigos —humanos y animales— por estar siempre, y a los compañeros de la FHCE por la escucha y las enseñanzas en estos años.

Agradezco especialmente a mis hermanos, Noelia y Matías, a mi madre Milka Rodríguez y a mi padre Julio Castelli, por su cariño e incondicionalidad.



# Prólogo

POR PILAR URIARTE BÁLSAMO

En la producción antropológica local, son pocos los trabajos etnográficos con los que contamos *en y sobre* el medio rural. En general, la ruralidad llega a las Ciencias Sociales desde abordajes económicos, demográficos o históricos. Pocas veces tenemos posibilidad acceder a textos que nos aproximen a la temática desde la experiencia de quienes la habitan y hacen de ella *su* lugar.

Al pensar las relaciones entre rural y urbano olvidamos que estas se caracterizan mucho más por la complementariedad que por la oposición. Acostumbramos a definir estos ámbitos —caracterizados por su riqueza y su heterogeneidad— únicamente en oposición a lo urbano. Sabemos poco sobre qué significa habitar geográfica, social y simbólicamente esos espacios: qué fronteras se presentan y que tránsitos pueden imaginarse y efectivamente realizarse entre géneros, generaciones, ocupaciones y expectativas.

Algo similar sucede cuando volcamos nuestra mirada a los trabajos vinculados a las formas de vivir, atravesar y significar el ser joven. La juventud, de la que tanto hablamos, se presenta como un *problema* social en sí misma. Es retratada desde visiones adultas y relacionada a las formas en que los y las jóvenes se vinculan con sus instituciones, sus normas y sus expectativas. Entendida como una categoría natural e inherente a los ciclos de vida, la juventud es construida a partir de los malentendidos y el conflicto con el mundo adulto; como si la oposición a lo establecido se transformara en clave analítica válida en diversos contextos y períodos históricos. En estas lecturas negligenciamos cuanto de imposición, de imposibilidad, de empujar hacia los márgenes está presente en la construcción de esos conflictos.

Sin embargo, existen otras formas de decir sobre lo social. Como cualquier concepto, analítico o descriptivo, *ruralidad y juventud*, deben ponerse a prueba, ser deconstruidos y volver a proponerse. A partir de un abordaje etnográfico, muy variadas serán las respuestas que encontraremos a los cuestionamientos que ese ejercicio genere, pero estarán siempre ancladas al espacio/tiempo en el que se lleva adelante el trabajo. Desde esa perspectiva y en clave antropológica, el esfuerzo que se propuso esta investigación va mucho más allá de lo descriptivo: es analítico y proyectivo. Nos aproxima a los significados, los sentidos y las contradicciones que significa ser joven. Lo hace desde la experiencia compartida en el marco de un proceso de trabajo colectivo de diálogo entre la investigadora, los y las habitantes de Gallinal, y quienes desde diferentes espacios sociales llegan al pueblo. No se trata de una investigación con jóvenes, sino del ser joven en ese contexto.

En su lectura no encontramos exclusivamente las voces de los y las jóvenes que allí nacieron y hoy permanecen en el pueblo o han salido de él para estudiar.

También son protagonistas del texto las generaciones previas, las formas en que se piensan a sí mismas en el mundo del trabajo y las responsabilidades, las memorias y nostalgias de los tiempos de su propia juventud. A partir de los diálogos con el mundo adulto se delinearán construcciones discursivas y memorias colectivas sobre los orígenes comunes y las formas de construirse como comunidad. Se presentan también los procesos por los que ideas en torno a seguridad, peligro, ilegalidad y no pertenencia confluyen en la construcción de etiquetas y estigmas proyectados sobre otros jóvenes: los que llegan a trabajar periódicamente en tareas zafrales. Estos *otros* jóvenes con su presencia parecen amenazar al colectivo, arriesgando contaminar las formas de ser y estar en el mundo de las nuevas generaciones, siempre consideradas como las más vulnerables. Es en el vínculo ineludible con ese sustrato, que los y las jóvenes de Gallinal se piensan a sí mismos y son pensados por sus mayores.

Pero el camino a ser recorrido no termina allí. Acompaña al relato de la memoria del pueblo, la experiencia de su fundación y sus diferentes momentos, una retrospectiva del proceso histórico, el devenir económico y las transformaciones políticas por las que atravesó el territorio donde se localiza el pueblo y su entorno productivo. Dialoga con la experiencia juvenil comunicada, el análisis en torno a la presencia del Estado es sus diferentes formas: el sistema educativo, las propuestas de dinamización cultural y la policía. Estas presencias construyen también las experiencias vitales de los habitantes de Pueblo Gallinal en su conjunto. Encarnadas en actores concretos, con voz, opiniones y agencia visualizamos las negociaciones entre definiciones locales de qué es la juventud y cómo deben ser los jóvenes, con las definiciones normativas de qué debe y qué puede hacerse cuando se es «menor», construidas por los poderes públicos. Las contradicciones que emergen del encuentro de esas definiciones son presentadas con sutileza, así como aquellas que surgen entre lo que la comunidad y la familia espera de *sus* jóvenes y las oportunidades de inserción que el entorno económico cercano les brinda.

*Juventudes rurales y vínculos generacionales: entre el desarrollo agroindustrial, MEVIR y las transiciones a la adultez. Una etnografía de Pueblo Gallinal* nos presenta los cruces en la experiencia de diferentes generaciones; del ser varón y mujer; del ingreso a los espacios de legitimidad social: el trabajo, el estudio y la construcción de una familia propia; las normas que habilitan, obligan o impiden el ingreso a esos espacios y las definiciones jurídicas que los definen, condicionando las formas de habitar los espacios comunes. A partir de un abordaje etnográfico metodológicamente robusto, teóricamente fundamentado y mediante un texto informado por un exhaustivo relevamiento de antecedentes ilumina nuevas aristas del conocer en ciencias sociales. La invitación a leerlo es más que una invitación a conocer Pueblo Gallinal, lo que sucede *en* el pueblo y *con* sus habitantes; es una invitación a abrir una ventana al mundo de las experiencias de lo rural en nuestro país.

# Introducción

*Hasta hace muy poco tiempo, los mayores podían decir: ‘¿Sabés una cosa? Yo he sido joven y tú nunca has sido viejo’. Pero los jóvenes de hoy pueden responder: ‘tú nunca has sido joven en el mundo en el que yo lo soy, y jamás podrás serlo’.*

Margaret Mead (1970), Cultura y compromiso.

## Cartografía genealógica

A mi abuelo materno le gustaba contar historias sobre su niñez y juventud en el campo. Era donde su memoria más cómoda parecía sentirse, allá lejos, en el pasado. Un pasado que me resultaba desconocido, pero me reconfortaba escucharlo, como si encontrara algo propio en él. Abuelo recordaba los nombres de las estancias donde estuvo y quiénes fueron sus patrones, los kilómetros donde se encontraban los establecimientos y las tareas que hacía. Nacido en 1919 y el cuarto de nueve hermanos, llegó a cursar primero de escuela donde aprendió lo elemental de leer y escribir. Recordaba de su infancia los recorridos que hacía a caballo a campo traviesa para llegar a la escuela y con una picardía inocente relataba que cada tanto transgredía las normas y, en lugar de ir a estudiar, se quedaba bajo un árbol en el camino.

Apremiados por la penuria económica sus padres lo envían a trabajar a una estancia a los ocho años, momento en que inicia su trayectoria como peón rural, ocupación —o condición— que no tiene otra forma de aprenderse que en la práctica<sup>1</sup>, y que irá reafirmando al realizar todo tipo de tareas, recorriendo distintos departamentos. En sus comienzos en el trabajo rural, su patrón le daba en mano parte del sueldo que percibía y otra parte la guardaba por él —pues asumir algunas tareas de adulto no lo convertía automáticamente en tal—, hasta que luego de varios años de ahorro, contaba abuelo con manifiesto orgullo, le compró un rancho a sus padres. Él lo relacionaba a que por entonces el dinero tenía un valor muy distinto al actual (con \$ 1 se cortaba el pelo, se compraba alpargatas y aún tenía cambio para algo más); lo que permitía, entre familias rurales de numerosos hijos y condiciones de vida modestas, ciertos desplazamientos de los roles que cumplen sus integrantes de acuerdo a su posición generacional, como que un hijo oficie de proveedor de un bien para la familia en un momento dado. Claro está que este tipo de prácticas también tienen lugar en la actualidad, pero su tolerancia no cuenta con el consenso de antaño.

---

1 Todas las ocupaciones se aprenden en la práctica, sin embargo, para algunas existe preparación en instituciones de enseñanza y para otras, como en este caso, el aprendizaje previo a la instancia laboral se da en el seno sociofamiliar.

En torno a los veinte y pocos años se casó con la mujer que hoy es mi abuela. Hay una foto en blanco y negro donde aparecen los dos vestidos de gala, él muy serio y ella riendo, rodeados de familiares y perros, en el frente de la casa. Abuela siempre trabajó codo a codo con él, pero nunca la llamaron «peona rural», sino ama de casa. Aportó la fuerza de trabajo que se hizo alimento, vestimenta y cuidado en el cuerpo de abuelo y de sus hijos. En esa época, en las libretas de matrimonio se anotaba como profesión de las mujeres «labores de su sexo». Ella recién trabajó de forma remunerada cuando se mudaron a la ciudad, donde hacía zurcidos a pedido y limpieza en casas de otros.

Tuvieron cuatro hijos que siguieron caminos diferentes, aunque todos, más tarde o más temprano, establecieron sus vidas en espacios urbanos. La vida en el campo cambiaba y la ciudad ofrecía nuevas oportunidades, incluso para mis abuelos, que terminaron teniendo una casa propia en un complejo de viviendas para jubilados en la ciudad de Paysandú. Quizás no sea un detalle menor que mi madre y mi tía hayan continuado sus estudios, formándose en profesiones institucionalizadas, mientras que mis tíos adquirieron oficios prácticos.

Mi madre estudió magisterio y ya con veinte años enseñaba en una escuela del «interior profundo», en Tacuarembó. Al igual que su padre, mamá recuerda con nitidez el lugar donde la escuela se encontraba, los nombres de los alumnos y los parajes desde donde venían. Ella y los alumnos pasaban la semana en la escuela y volvían a sus respectivos hogares los fines de semana, algunos a caballo, otros «haciendo dedo» en la ruta. Así fue como años más tarde se conocieron con mi padre, que trabajó buena parte de su vida como camionero y conoce en grado de detalle las peculiaridades de las carreteras del país y más allá.

Estas historias me han hecho concebir a lo rural como un mundo desconocido, cercano y lejano a la vez, colmado de vida y de cosas que pasan. He recordado estos relatos muchas veces, pero no había objetivado todo lo que en ellos aparece sino hasta ahora, y al intentarlo, he accedido a otro conocimiento sobre las mismas situaciones, un conocimiento que de alguna forma estaba ahí, pero que no me era apprehensible.

Trazar esta genealogía me ayudó a comprender lo que conocí investigando sobre la vida de los jóvenes de una localidad rural del Uruguay, que es de lo que trata este libro. Ellos son las segundas generaciones<sup>2</sup>, los hijos de quienes hace unos veinticinco años habitaron las primeras viviendas de un lugar que se estaba fundando, y de otros pobladores que vinieron después. En nuestras charlas, muchos de ellos con frecuencia también remitían a su pasado en la infancia y en la juventud, explicaban sus valores relacionándolos con los que les habían enseñado sus padres, y comparaban el lugar donde vivían con lo que recordaban de años atrás. Los jóvenes reconstruían la historia del lugar apoyándose en el relato de los adultos, y estos en los de sus antecesores.

---

2 En general se entiende que una generación comprende entre 25 y 30 años, si bien suelen hacerse analogías entre generaciones y décadas. Aquí utilizaré el término para distinguir el lugar que ocupan adultos y jóvenes, y para referir a las relaciones entre padres/madres e hijos/as.

Este bricolaje de recuerdos sobre recuerdos de otros me llevó a reflexionar sobre las generaciones, los oficios, el género, las instituciones, la familia, lo socialmente esperado (e inesperado), y a ver que en el «aprender a hacer» no es tanta la distancia entre el trabajo manual —el oficio práctico que, en general, no se aprende en ninguna escuela—, y el trabajo etnográfico e intelectual. Pues como enseñó Claude Lévi-Strauss (1986), ambas son formas humanas de entender al mundo y de producirlo. Por ello, *el caso* sirve para pensar sobre el tiempo, los lugares y los sujetos; para pensarnos retrospectiva, situada y relacionamente, puesto que pensar a *otros* también es pensarnos a *nosotros*, y viceversa.

Casi un siglo más tarde del nacimiento de mis abuelos, esas formas de ser y estar en el mundo —en el campo diría abuelo, en el medio rural decimos hoy— han variado en muchos aspectos, aunque con seguridad también encontremos prácticas o valores que permanecen. Desde entonces a esta parte se acumularon cambios de distinto orden. El predominio de la ganadería en las primeras décadas del siglo XX (Barrán y Nahum, 1977) es disputado más recientemente por el sector agropecuario, no tanto en extensión, sino en sus niveles de producción y productividad (Piñeiro y Moraes, 2008)<sup>3</sup>. Ambas actividades conviven en el campo uruguayo con disímiles temporalidades, mecanismos e involucramiento de la fuerza de trabajo humana. Pero lo que nos interesa aquí no es tanto la forma que adopta la llamada estructura agraria, sino lo que ocurre al nivel más concreto de las relaciones humanas.

## Comprender el «mundo rural»

Hasta hace no mucho, una de las representaciones más recurrentes del mundo rural era la de un espacio aletargado, en comparación a los ritmos urbanos. En la contemporaneidad esa imagen —a pesar de que permanece en el imaginario— es relativamente anticuada además de socio y urbano-céntrica, puesto que emergen sucesos de importantes repercusiones sociales y mediáticas, como

---

3 La ganadería y la agricultura son ámbitos dinámicos. Uruguay mantuvo históricamente su carácter de país exportador, lo que ha implicado adaptarse a las demandas de los mercados con los que negocia. La transición del siglo XIX al XX estuvo signado por una renovación de la estructura ganadera. Los cueros y el tasajo, principales productos de exportación hasta entonces, fueron sustituidos por la lana y la carne, dando lugar al pasaje de la estancia «tradicional» a la «moderna» (Klaczko y Rial, 1981: 52). Luego, la ganadería vivió un período de estancamiento. En las últimas décadas del siglo XX, la introducción de cambios técnicos disminuyó la cantidad de trabajadores, pero mantuvo el nivel de producción (Piñeiro, 2001b: 72-73). Al período comprendido entre los años cuarenta y cincuenta se le ha llamado de «agrarización», debido a un proceso de mecanización que expulsó buena parte de la población rural a las ciudades, en paralelo a una importante expansión de la agricultura cerealera (Piñeiro, 2001a: 270). Los últimos treinta años son de una acelerada «integración vertical entre el agro y la industria procesadora de materias primas» (ibíd.: 271), con la actualización de la industria frigorífica y textil y la diversificación de la producción agropecuaria e industrial. Esto trajo nuevos flujos poblacionales, esta vez de la ciudad al campo, cambiando las características del asalariado rural.

la instalación de una fábrica de celulosa, el intento de un colosal proyecto de megaminería (que terminó por cancelarse), o la construcción de parques eólicos, entre otros. Estos emprendimientos, cargados de monumentalidad y movimiento, se dan de bruces con las imágenes tradicionales de ruralidad, al tiempo que producen otras. Pero el mundo rural no es tan solo un espacio de modos de producción y tensiones entre tecnologías antiguas y modernas, sino un espacio humanamente habitado. Se puede desarmar estas representaciones, en el sentido de hacerlas dialogar con un conocimiento «desde adentro», en lugar de «desde arriba». Desplazarnos en nuestros modos de mirar haciendo uso de la etnografía es una apuesta al diálogo con la alteridad que imaginamos.

En este sentido, el *eje temático* de este libro son las juventudes rurales y los vínculos intergeneracionales en Uruguay. Su *objeto de estudio* es la trama relacional entre jóvenes y adultos en una localidad rural y su *objetivo* es aportar a la comprensión de la vida de este grupo y sus modos de estar juntos, desde una perspectiva antropológica que pone énfasis en lo generacional, lo territorial y las relaciones de género.

Los habitantes de Pueblo Gallinal, radicado en el departamento de Paysandú (Uruguay), serán los protagonistas del texto que sigue. La zona donde se encuentra vivió —y articuló— intensas transformaciones desde los años setenta en adelante, por un lado, en su matriz económica, con el despliegue de las agroindustrias cítrica y forestal; y, por otro, en su matriz territorial-habitacional, con la política de vivienda de MEVIR (Movimiento para Erradicar la Vivienda Insalubre del Trabajador Rural). Planteo entonces conocer las continuidades y transformaciones generacionales en el marco de este proceso histórico socio-territorial, acercarnos a la complejidad de las transiciones a la adultez, y problematizar el papel de la institucionalidad estatal presente en el pueblo sobre las formas de ser y de estar entre adultos y jóvenes.

Imagen 1. Pueblo Gallinal en Uruguay



Fuente: Google Maps

Parto entendiendo a la juventud, la adultez y todas aquellas categorías que marcan las identidades, posiciones y percepciones de los sujetos, como categorías en construcción, históricas y relacionales en sus significados y en las prácticas en que se materializan (Bourdieu, 1990)<sup>4</sup>. Tomo la opción de no establecer *a priori* un grupo de edad para decir quiénes son jóvenes y quiénes no, procurando que esto lo indique el conocimiento de los interlocutores y demás aspectos del campo. En una palabra, busco interrogar lo que se incorpora y naturaliza con respecto a la juventud y la adultez y mostrar qué elementos actúan para que así suceda. Me interesa dar un paso más allá de lo descriptivo, procurando no solo mostrar cuáles son las actividades que realizan los sujetos o en qué momento de sus trayectorias vitales comienzan a hacerlo, sino cómo y por qué existen determinadas valoraciones sobre ellas, por qué interpelan de forma diferencial a unos/unas u otros/otras y cómo se han establecido en distintos períodos. Se trata de *comprender*.

¿Qué tiene de pertinente el asunto, antropológicamente hablando? La temática problematiza la producción de los sujetos desde su posición generacional, desde los vínculos que establecen entre sí y con el contexto rural. La alusión a lo productivo no es casual: lleva al centro el ámbito laboral, e introduce el contraste con otras prácticas que también son productivas pero que no suelen verse como tales. Hablar de producción de sujetos y de trabajo también implica pensar el paso del tiempo y la memoria como matriz generadora de valoraciones sobre el hoy, sobre los *unos* y los *otros*; dimensiones expresadas en singular, pero que aluden a memorias, experiencias y tiempos recreados y vividos por sujetos múltiples. Esto coloca en cuestión a los elementos que permanecen y se transmiten, y los que cambian o se resignifican.

En la vida social coexisten creación y reproducción, y la idea de *generación* tiene potencial para sintetizar estos componentes: nos remite al conjunto de elementos que trazan sensibilidades en común, así como diferencias. Las juventudes, en tanto nuevas generaciones, suponen diferenciación pero también herencia. Para desentrañar cómo ocurre hay nociones medulares de la antropología social que será necesario retomar, como la de reciprocidad (Mauss, 2009 [1923]), liminalidad (van Gennep, 2008 [1901]) y la relación acontecimiento/historia (Sahlins, 1997 [1985]).

Se dice y se hace en relación a un pasado y a un futuro que se vivencian e imaginan individual y colectivamente. Se instituyen formas de ser joven que tienen que ver con las circunstancias presentes, pero que guardan conexiones con las formas del pasado y, en tanto condición en disputa, están conectadas también con el modo en que se imagina el futuro. Refiero, por tanto, a un tiempo intersubjetivo que toma sentido y se incorpora a través de la experiencia propia, conociendo el relato de otros sobre su vivencia y el relato del relato de otros que

---

4 Dice Bourdieu (1990: 120): «siempre se es más joven o más viejo para alguien [...] la juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos. Las relaciones entre la edad social y la edad biológica son muy complejas».

se elabora en colectivo. Resultaría inviable el ejercicio de comprender, si no contemplara la profundidad histórica y la herencia de memorias plurales, colectivas, individuales y fragmentarias que dan marco a los sucesos presentes.

Este trabajo se interroga, entonces, por lo que emerge *entre* los sujetos, es decir el vínculo entre lo que va sedimentando, naturalizándose, y los acontecimientos que introducen un des-orden. ¿Cuál es la frontera entre lo mismo y lo diferente, entre los jóvenes de hoy y los de ayer, entre los adultos y los jóvenes, entre la reproducción y la creación?, ¿cómo nuevas prácticas dan continuidad a valores heredados?, ¿cómo los comportamientos heredados se resignifican?

Por último, pero no menos importante, lo antropológicamente pertinente tiene que ver con el sentido político implicado en los objetos de estudio que propongo. Investigar la construcción de juventudes y generaciones en espacios rurales en Uruguay es aproximarse a realidades sobre las que se supone o se imagina más de lo que se conoce en sustancia. Claro está que se han hecho valiosos aportes al conocimiento del mundo rural<sup>5</sup> y de las juventudes<sup>6</sup> en nuestro país y, en este sentido, el conocimiento etnográfico viene a dialogar con ellos.

Reafirmando la dimensión política del conocimiento antropológico, cobra pertinencia señalar que el tema de este libro habla también de subalternidades que se expresan en distintos niveles. Por un lado, en un momento en que los jóvenes —principalmente los varones, pobres y de contextos urbanos— son fuertemente estigmatizados (Fraiman y Rossal, 2009, 2011a) y objeto de controversias y tensiones entre los discursos conservadores y progresistas, los jóvenes que viven en contextos rurales son prácticamente invisibles desde los horizontes capitalinos, o solo existen en los números que muestran lo que no tienen con respecto a los que viven en las ciudades; asimismo, las prácticas juveniles

---

5 Entre otros, destacan *Historia rural del Uruguay moderno* de Barrán y Nahum (1967-1977, siete tomos); el minucioso registro sobre la vida rural en Uruguay de Bouton (2014 [1961]); los trabajos sobre empresariado rural y modernización agraria de Beretta Curi (2012) y Beretta Curi et ál. (2008, 2011), y sobre transformaciones económicas en el medio rural, Moraes (1999). Hay un conjunto de investigaciones desde la sociología sobre asalariados, trabajo y transformaciones rurales (Carámbula, 2009; Fernández, 2002; Piñeiro, 2001a, 2001b, 2011, 2014; Piñeiro y Moraes, 2008; Piñeiro y Carámbula, 2006; Riella, 2000, 2006 2014; Riella y Mascheroni 2008; Riella y Ramírez, 2008; Rodríguez, 2014; Tubío, 2001); y aportes antropológicos sobre la Fiesta de la Patria Gaucha en de Giorgi (2002), historia de la ganadería en Uruguay en de Torres (2013, 2015) y de Torres y Verges (2016), y sobre producción lechera familiar en Taks (2000, 2001).

6 La juventud recién viene a constituirse como temática de interés en Uruguay en el transcurso de las dos últimas décadas, con contados antecedentes previos. En general es un campo con predominio de enfoques sociológicos que han abordado los movimientos juveniles (Aguiar, 2012; Filgueira y Rama, 1991; Rodríguez, 1985; Zibechi, 1997), las «tribus urbanas» y subculturas juveniles (Filardo, 2002, 2007), las transiciones a la adultez (Filardo, 2009, 2011, 2012; Filgueira, Katzman y Rodríguez, 2005), y la relación juventud-delito (Viscardi, 2007, 2008). También aparecen aportes desde la antropología social sobre violencia estatal en los jóvenes (Fraiman y Rossal, 2009, 2011a), usos de drogas (Albano et ál. 2014, 2016) y otros aportes (Castelli y Rossal, 2016). Véase también los textos citados en el apartado «Jóvenes y juventudes rurales en Uruguay», en este capítulo.

encuentran barreras simbólicas y prácticas para expresarse en un ámbito volcado a la actividad laboral.

Nótese, además, que la figura dominante del medio rural, el hombre-adulto-heterosexual-trabajador, opaca la presencia de una multiplicidad de *otros* y *otras* que también habitan este espacio. Lo rural, al pensarse en función de esos atributos, silencia las expresiones de lo juvenil, lo femenino, lo recreacional y las formas de ser y estar que no se condicen con la familia nuclear tipo y las sexualidades hétero. No obstante, estas dimensiones cobran expresiones concretas en sujetos de carne y hueso, están allí.

Por otro lado, juventudes y ruralidad conforman una díada conceptual «periférica» (Cardoso de Oliveira, 1994) en la antropología nacional y en el campo de estudio local de las juventudes, que ha sido bastante más profundizada en otros países de la región. Por qué ha sucedido así es una pregunta para hacernos. Quizás tiene que ver con que los sujetos rurales más representativos de Latinoamérica —las poblaciones indígenas y el campesinado—, históricamente no tuvieron en Uruguay la misma presencia que en el resto de los países; aquí cobraron visibilidad actores como los inmigrantes y terratenientes, las industrias transnacionales y las empresas agropecuarias, fenómenos que han captado la atención de los investigadores.

## Jóvenes y juventudes rurales en Uruguay

El siglo XX fue un tiempo de emergencia y consolidación de diversos grupos subalternos, entre ellos los jóvenes, y de la condición que los caracterizaría: la juventud. Distintos investigadores subrayan que los jóvenes son actores clave para comprender el desarrollo histórico del último siglo, y que se trata de uno de los primeros grupos sociales en globalizarse (Feixa, 2000, 2006; Reguillo, 2000).

La invención de la adolescencia en tanto categoría occidental que alude a una fase iniciática dentro de la juventud, se gestó de forma gradual en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX (Kett, 1993). El predominio de enfoques biologicistas sobre la adolescencia tiñó de esencialismos una etapa del desarrollo vital de los jóvenes que, sin embargo, manifestaban una gran heterogeneidad comportamental y simbólica entre culturas o grupos sociales diversos. Desvelar esta heterogeneidad fue el propósito de Margaret Mead al aventurarse en la etnografía que dio lugar a *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* (1993 [1928]), el antecedente inaugural de los estudios sobre adolescencia y juventud desde la antropología estadounidense. Mead impugnó el determinismo biológico de la producción «científica»<sup>7</sup> —principalmente la medicina y la psicología—,

7 La obra reconocida como «fundadora» de la noción de adolescencia con la que Mead polemiza es *Adolescence: Its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion, and education*, del psicólogo Stanley Hall. Mead perteneció a la llamada Escuela de Cultura y personalidad, una de las líneas inauguradas por Franz Boas en los inicios

a través de la comparación del comportamiento sexual de los jóvenes de la isla de Ta'u (Archipiélago de Manu'a), y los de su sociedad de origen. Otro antecedente de corte etnográfico ineludible —esta vez desde la escuela sociológica francesa—, es *El baile de los solteros* de Pierre Bourdieu (2002)<sup>8</sup>, donde se tratan las estrategias matrimoniales y la transmisión generacional en la sociedad rural argelina. El autor toca la relación continuidad-cambio y muestra un tópico aún incipiente a mediados del siglo XX: las diferencias entre varones y mujeres, colocando así la pertinencia de investigar con perspectiva de género, aunque él no lo diga en esos términos.

Distintos elementos se conjugaron para que comenzara a hablarse de «juventudes rurales». Hay autores que sostienen que la invención de la juventud rural responde al desarrollo del capitalismo industrial, específicamente a las transformaciones estructurales del espacio agrario impulsadas por el crecimiento urbano e industrial de los países del «primer mundo», cuando promediaba el siglo XIX (Bevilaqua, 2009). El uso de esta categoría se habría extendido a América Latina con posterioridad, a través del modelo de la modernización de la agricultura (ibíd.). Con la nominación de la juventud rural, los jóvenes que viven en contextos rurales se tornan visibles para otros, se los produce.

En el ámbito académico se animó la reflexión a partir de por lo menos dos hechos. De un lado, la fuerte dinámica de cambios en los contextos rurales en la segunda mitad del último siglo colocó la necesidad de propuestas teóricas que superaran la impronta funcional-culturalista<sup>9</sup> que predominó en la primera; así, en las discusiones de lo que se ha conceptualizado como «nueva

---

de la antropología norteamericana, que enfatizó la postura del relativismo cultural. El trabajo de Mead, basado en las premisas malinowskianas de la observación participante y trabajo de campo intensivo, es considerada la primera etnografía en Estados Unidos en estos términos. Se dice que fue por sugerencia de su publicista que Mead incluyó en su libro un capítulo referente a la concepción de la adolescencia en Estados Unidos, cuya fuerte repercusión se asoció a un período de permisividad en las actitudes de los estadounidenses a propósito del género, el sexo, la crianza de los hijos y otras prácticas (Silverman, 2012: 332 y 336).

8 El baile de los solteros reúne tres ensayos sobre las primeras investigaciones de campo de Bourdieu en la Cabilia argelina, publicados en distintos momentos: *Celibato y condición campesina* (1962), *Las estrategias matrimoniales en el sistema de las estrategias de producción* (1972) y *Prohibida la reproducción. La dimensión simbólica de la dominación económica* (1989).

9 De acuerdo a González Cangas en las primeras investigaciones de la sociología rural predominaron dos movimientos no excluyentes entre sí. Uno concebía lo rural como reservorio cultural y moral incontaminado que debía ser protegido, y el otro buscaba orientar los procesos de cambio de la sociedad rural hacia el capitalismo/socialismo industrial. Ambos, señala el autor, sostenían una concepción del espacio rural y sus agentes como un ente en constante debilitamiento, sometido al dominio metropolitano (2004: 195-196). Desde la antropología social una de las figuras más influyentes en la etapa inicial de los estudios rurales fue el estadounidense Robert Redfield, quien trabajó en comunidades rurales de México y Guatemala en los años veinte y treinta, e impulsó los estudios de folclorismo con un enfoque funcionalista. La tónica de la época era de preocupación por la «descomposición» de la sociedad campesina que la industrialización produciría, de ahí el interés por el registro, las tipologías y la elaboración de teorías que dieran cuenta del contacto entre culturas y el cambio cultural.

ruralidad» (Bengoia, 2003; Giarracca et ál., 2001; Kay, 2007, 2009; Ratier, 2002), los sujetos juveniles empiezan a aparecer como agentes protagónicos (González, 2003), ya sea identificados como mano de obra barata para las cadenas agroindustriales o como «agentes clave para el desarrollo». Del otro, el despliegue del campo de estudios de las juventudes extendió el horizonte de posibilidades más allá de lo urbano (en donde se había enfocado principalmente), atribuyéndole importancia a otros espacios y visibilizando otros jóvenes y prácticas juveniles. Estas tendencias se articularon, pero el proceso llevó su tiempo, por lo que recién en el transcurso de los ochenta y con el estímulo Año Internacional de la Juventud de Naciones Unidas en 1985, se configuran de manera definitiva los estudios sobre juventud rural (González, 2004). Se trata de un campo aún en construcción.

En un estado del arte sobre el tema en América Latina, Kessler (2007) advierte las dificultades de esbozar definiciones sobre una condición (la juventud rural) que combina un grupo (los jóvenes) y un espacio (lo rural) atravesados por fuertes cambios<sup>10</sup>. Desde mi punto de vista, el adjetivo «rural» permite situar a la condición «juventud», pero en tanto concepto la potencia heurística de la «juventud rural» solo puede desplegarse en conjunción con otros elementos situacionales, dada la heterogeneidad de ambos componentes. Pensar en *una* definición tal vez carezca de relevancia, o solo cobre sentido en ámbitos puntuales donde se torna funcional, como el de la construcción de políticas estatales u organismos internacionales. Sí es posible y, a mi parecer, de mayor riqueza, esbozar reflexiones críticas nutridas por hallazgos empíricos. Establecer un marco previo tiene el efecto de negar, o al menos no privilegiar, las particularidades de los sujetos y realidades que se exploran. En este sentido, adopto la postura de Bourdieu (1990) de entender la juventud en su relacionalidad y propongo mostrar cuáles son las perspectivas nativas que, en el caso de Gallinal, dotan a esa relacionalidad de especificidad.

En Uruguay, el «mundo rural» es al mismo tiempo un tema consolidado y al que aún mucho se puede explorar; ciertos tópicos y sujetos, como los jóvenes, las mujeres o los ancianos han recibido atención marginal en comparación a otros, como el trabajo rural y los procesos históricos de configuración de este territorio. Esto ya ha sido advertido por otros/as investigadores/as como se verá a continuación.

---

10 Dice Kessler: «la nueva ruralidad influye en la definición de la juventud rural por una serie de razones: en primer lugar, la influencia de la cultura global desdibuja los límites de las identidades locales y las diferencias tajantes entre juventud rural y urbana. En segundo lugar, hay razones de tipo económico-ocupacional [...] debe pensarse en términos amplios y dinámicos que permitan visualizar la combinación de actividades agrícolas y no agrícolas que hoy caracteriza al tejido rural» (ibíd., 2007: 22). Es razonable el llamado de atención acerca de la imposibilidad de pensar las juventudes rurales solo como las que residen en el medio rural, puesto que hay dinámicas urbano-rurales acentuadas con respecto a otros tiempos; no obstante, es discutible sostener que hoy se «desdibujan los límites» de las identidades locales en un mundo donde siempre, en mayor o menor medida, existieron flujos e interconexiones.

Tal vez el primer trabajo de rasgos etnográficos que se propuso dar a conocer una localidad rural, es el de Renzo Pi Hugarte y Germán Wettstein *Rasgos actuales de un rancherío uruguayo* (1955), desarrollado en el marco de las «misiones socio-pedagógicas» universitarias. Este es anterior a la fundación del Movimiento para Erradicar la Vivienda Insalubre del Trabajador Rural (MEVIR), que data de 1967, y que contribuirá sustantivamente a transformar el «fenómeno social» de los rancheríos rurales en conjuntos de viviendas que ofrecen una mejor calidad de vida. Cuando ellos escriben, se trataba de un problema social acuciante desde hacía décadas, incluso desde el siglo XIX, plausible de distinguirse en dos tipos de formación: el rancherío rural o «pueblo de ratas» y el rancherío urbano. Los autores sostienen que hay elementos que los emparentan —como la desocupación, el éxodo a las ciudades y la vivienda insalubre—, pero en el medio rural aparecen problemáticas específicas como la inseguridad familiar provocada por el ausentismo del padre, la existencia de arreglos matrimoniales de poliandria, una conformación próxima al matriarcado debido a una mayor presencia de las mujeres, y consecuencias derivadas del aislamiento territorial (ibíd.: 17). Con posterioridad, el Departamento de Extensión Universitaria publicó *Los rancheríos y su gente. Tareas, costumbres, historias de vida* (1968), texto que reúne un conjunto de observaciones e historias de vida, elaboradas por estudiantes a partir de su experiencia en quince asentamientos humanos de distintos departamentos.

En la actualidad casi no se encuentran rancheríos de antaño en Uruguay; sus moradores migraron y sus hogares perecieron o han sido sustituidos por las viviendas de MEVIR. No obstante, la precarización de la población rural subalterna (trabajadoras/es rurales, agricultores familiares y pequeños productores) persiste de la mano de las transformaciones de la estructura agraria<sup>11</sup>, a pesar del inédito avance que supuso la ley que regula la jornada laboral y el régimen de descanso en el sector rural (Ley N.º 18 441 de diciembre de 2008).

La conexión entre lo rural y las poblaciones urbanas de sectores empobrecidos persiste como fenómeno histórico. Apareció en este trabajo a través de los trabajadores zafrales, alteridad masculina que está a medio camino entre la juventud y la adultez, el trabajo y la exclusión. Su circulación territorial, desde centros urbanos hacia los establecimientos agrarios, supone el sentido inverso al que registraron Pi Hugarte y Wettstein a mediados del siglo XX y que tiene por antecedente la «fuga del campo a la ciudad» (Barrán y Nahum, 1967, tomo 1, pp. 36 y ss.), relacionada a la pobreza y a los estragos que produjo la Guerra Grande a mediados del

11 Para Fernández, las características con que se conformó la estructura agraria en Uruguay dio lugar a un problema esencialmente distributivo. Él señala: «el territorio uruguayo no tuvo asentamientos indígenas ni tampoco fueron importantes las tierras ejidales de la época colonial. En consecuencia, desde el inicio de la República, las formas de propiedad de la tierra han sido predominantemente privadas, susceptibles de compra, arriendo y venta con todas las garantías legales requeridas por el desarrollo del capitalismo [...] En síntesis, en el correr del siglo XX no hubo corrimientos de la frontera agrícola ni transformaciones fundamentales de las relaciones de producción» (2002: 389).

siglo XIX y, a partir de 1872, a la revolución que supuso el alambramiento de los campos (ibíd., Nahum, 1968). Vemos cómo la construcción de un sujeto subalterno se reedita a lo largo de la historia, cobrando una expresión particular en la población juvenil; así, ya no importa tanto la dirección del desplazamiento, sino cuáles son y cómo operan los elementos que hacen a la producción de similares configuraciones de alteridad en diferentes momentos, y que conectan subalternidad y ruralidad.

Dos de los trabajos que darán inicio al campo de estudios de las juventudes rurales en el ámbito nacional estuvieron promovidos por la institución Foro Juvenil. El primero de ellos (Kmaid, 1990) ilustró características de los jóvenes entre 15 y 29 años utilizando datos censales. El autor menciona que educación y empleo constituyen dimensiones de relevancia para aproximarse a las prácticas de socialización entre jóvenes y a las formas que adoptan las transiciones a la adultez; y que los cambios sociales han reducido las diferencias entre la población juvenil urbana y rural, en relación a aspectos tales como los procesos productivos, de residencia, incluso de consumo cultural (ibíd.: 61). Años más tarde, Rodríguez y Zamalvide (1998) dan continuidad a los apuntes de Kmaid. Para ellos, la franja etaria de 15 a 29 años, utilizada para definir el período vital de la juventud, es inapropiada para quienes viven en contextos rurales, donde la «asunción de roles ocupacionales y un temprano matrimonio reducen el período de moratoria<sup>12</sup> de roles con que se caracteriza a la juventud» (ibíd.: 35), sumado a su escaso acceso a la educación terciaria. Asimismo, señalan que los jóvenes no suelen verse como trabajadores cuando esta práctica no es remunerada; que hay zonas (centro y sureste) caracterizadas por una mayor migración a la capital —aunque las razones que lo impulsan varían—; y que en los territorios con procesos de modernización más aumenta la participación juvenil, en comparación a aquellos donde persisten formas de subsistencia y vínculo con la tierra tradicionales.

Hay un antecedente sobre la extensión de la enseñanza universitaria en el medio rural que aparece entre estos dos (Corbo, 1993), a iniciativa del Ministerio de Educación y Cultura; este da cuenta de la experiencia de la Comisión para la Atención del Egresado de Escuelas Rurales (AEDER), que impulsó la creación de los Centros Educativos Integrados Rurales (CEIR). Los

---

12 El concepto de «moratoria social» refiere a un período de permisividad concedido a los jóvenes «que les permite gozar de una menor exigencia mientras completan su instrucción y alcanzan su madurez social y económica [...] La moratoria tiene referencias históricas y sociales: en el siglo XVIII comienza a perfilarse cierto sector juvenil como una capa social que goza de algunos privilegios, y poco a poco, pero sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se propicia la prolongación en el período dedicado a la educación de los jóvenes —en un principio casi exclusivamente a los varones—, pertenecientes a familias relativamente acomodadas. La moratoria tiene que ver con la necesidad de ampliar el período de aprendizaje, y por ende refiere sobre todo a la condición de estudiante» (Margulis, 2001: 43). En este sentido, no es un estado que alcance por igual a los distintos jóvenes, sino que su posibilidad de existencia está fuertemente atravesado por otras dimensiones como la posición de clase, de género y también territorial.

CEIR —actualmente CEI (Centro Educativo Integrado) — son centros educativos públicos que extienden la oferta hasta ciclo básico de enseñanza media. La instalación de los dos primeros liceos en áreas rurales ocurrió en 1987, uno en el departamento de Tacuarembó y otro en Cerro Largo y para el momento de la publicación el número ascendía a once. Esta iniciativa sentó el precedente de ampliación de la educación posescolar en el medio rural, y fue retomado como uno de los puntos de la reforma educativa en el segundo mandato de Julio María Sanguinetti (1995-2000).

En Gallinal, la escuela construida poco tiempo después de su fundación pasará a ser un Centro Educativo Integrado durante ese período de gobierno. No es casualidad, en el contexto de los noventa, que el discurso de los derechos de la población rural se ponga en relación a la noción de «descentralización», como ocurre en este caso. Iniciada en los setenta, la idea de descentralizar cristalizó como proyecto político en el transcurso de la transición neoliberal durante los ochenta y noventa en distintos países de América Latina (Boisier, 1990), y encontró en las instituciones educativas un nicho fértil. En Uruguay, a diferencia de otros países, la liberalización se expresó mediante formas más moderadas, manteniendo la presencia del Estado y preservando los servicios mayores, entre ellos la educación (Lanzaro, 2004). Algo similar sucede con la consolidación de un discurso y un campo de estudios sobre el desarrollo —que se remonta al período de posguerra, pero se afianza en el contexto latinoamericano en los setenta (Escobar, 2007)—, también presente en este antecedente como en los discursos de varios de mis interlocutores, cuando referían a las motivaciones que dieron lugar a la construcción del pueblo. El énfasis en el desarrollo continuará hasta entrado el siglo XXI, con la aparición de textos que piensan las relaciones entre desarrollo rural e instituciones educativas como vía para aumentar el bienestar y disminuir las desigualdades (Riella y Vitelli, 2005). Allí la escuela pública —institución emblemática de la equidad social—, no es una entre otras, sino «la» institución paradigmática para el incremento del «capital social», y así, para el «desarrollo» en el medio rural.

Aparecen por entonces otros dos antecedentes en la línea de los aportes sociológicos ya citados. Caggiani (2004) estudia la heterogeneidad de condición juvenil rural en Uruguay, en relación a dimensiones como la educación, el trabajo y las condiciones de vida. Argumenta que las condiciones juveniles se construyen de maneras diferentes según se trate de escenarios de ruralidad dispersa, ruralidad nucleada o ruralidad ampliada (ibíd.: 112). Así, por ejemplo, en la ruralidad nucleada es donde aparece el menor porcentaje de jóvenes solteros y una tendencia hacia una más temprana asunción de la jefatura del hogar. Asimismo, cuanto más tradicional es el contexto rural, menor es el nivel educativo de la población juvenil; y sus niveles de actividad laboral en estos espacios son mayores que en contextos rurales urbanizados. Y Romero (2004) explora el impacto que tuvieron en la composición sociodemográfica de la población juvenil rural, las transformaciones productivas en las tres últimas décadas del siglo XX, línea

que continúa en otras instancias (Romero, 2008a, 2008b 2011, 2012). Romero hace hincapié en las relaciones intergeneracionales como camino para pensar «la transferencia de la propiedad de la tierra y la conformación de la nueva generación de productores impactados por el proceso de modernización agraria impulsado en la década del setenta» (ibíd.: 170). Señala que las dificultades de los jóvenes rurales para acceder a una porción de tierra o a una vivienda propia como forma de emanciparse son determinantes en los conflictos entre generaciones y en cómo se construye la condición de juventud, aspecto que, como veremos, también se constata en este caso. Varios de los apuntes de Romero resultan significativos: los jóvenes continúan introduciéndose al mercado laboral realizando actividades agrarias tradicionales, como cría de ganado o aves, pero también es una población rápidamente captada por las empresas agro-exportadoras, como la industria cítrica, forestal y de hortalizas. Ellos aparecen «no solo como reposición de la mano de obra existente, sino también como mano de obra flexible ante los cambios productivos» (Romero, 2004: 197), lo que acontece principalmente en conglomerados poblacionales entre 900 y 5000 habitantes. Concluye que en los territorios donde la modernización agraria alcanzó mayor expresión e intensificó la relación capital/trabajo, fue posible la introducción ocupacional de los jóvenes :

[...] en las denominadas ocupaciones no-agrarias y como mano de obra adaptada a las exigencias posfordistas en los emprendimientos agroindustriales y sectores productivos primarios como el citrus, el arroz, la cebada, la lechería, la forestación, en los cuales la modernización agraria se expresa en mayor grado (ibíd., 2008: 215).

Otro aspecto indagado en la literatura, aunque no lo suficiente, son relaciones de género en el mundo rural. En esta dirección cabe mencionar los aportes de Quiroga (2000) con jóvenes, en particular mujeres desde Cooperativas Agrarias Federadas; Gallo, Molinaro y Osorio (2011) quienes buscan desentrañar las conexiones entre los proyectos laborales y profesionales de hijos e hijas de familias de productores ganaderos y los modelos dominantes de género. Las autoras sostienen que mientras los varones se sienten compelidos a dar continuidad al emprendimiento productivo familiar, replicando de cierta forma la vivencia paterna, las mujeres, en cambio, se encuentran más proclives a continuar con sus trayectorias educativas, diferenciándose así de la vivencia materna; y Rodríguez Lezica (2014) quien caracteriza a las mujeres trabajadoras del citrus precisamente en el departamento de Paysandú. Enfoca en la «fase industrial», observando las expresiones que toman allí las relaciones de clase y género. Resulta revelador su señalamiento de que mientras la fase agrícola se caracteriza por una fuerte presencia de trabajadores varones, en la industrial son amplia mayoría las mujeres, conformando espacios masculinizados y feminizados respectivamente. Otros trabajos que abordan la división del trabajo por sexo en la masa de trabajadores asalariados cítricos, señalan la baja presencia de las mujeres en la fase agrícola y su consecuente masculinización (Riella y Tubío 1997;

Piñeiro, 2011a). Puesto que Rodríguez investiga el ámbito laboral de muchos de mis interlocutores, y entendiendo que el género no puede tomarse como una dimensión escindida de la construcción de la juventud y los vínculos intergeneracionales, sino como una forma primaria de relaciones de poder (Scott, 1996), su aportación no es menor para el tema en que este trabajo se interesa. Retomo entonces la interpelación que ella coloca a la idea de que «los olvidados de la tierra»<sup>13</sup> conforman una clase social homogénea (Rodríguez, 2014: 158), para aplicarla también a la experiencia de los jóvenes de Gallinal.

Por último, una fuente de producción de antecedentes han sido cursos y seminarios de grado que dan como resultado tesis sobre jóvenes y juventudes rurales. Desde la sociología se encuentran la de Solares (1997), Jung (1998), Posada (2009) y Sica (2013), en tanto desde Trabajo social, la de Tarde (2009). Los antecedentes dan cuenta de un panorama de las condiciones de vida de la población juvenil en diversos espacios rurales de Uruguay en las últimas décadas. Así entonces, un aporte antropológico puede ponerse en diálogo.

## Observación sobre lo generacional

Recurro a la noción de generaciones pues entiendo que sirve para pensar la relacionalidad de la trama social y el tema que aquí se explora. La idea básica es que no solo los vínculos y posiciones son relacionales (se es joven en relación a otro u otros que no lo son) (Bourdieu, 1990), sino que estas dimensiones discurren en un tiempo socialmente significado. Por eso a las nociones de juventud, adultez y generación queremos complementarlas con la de temporalidad, entendida como la aprehensión subjetiva del devenir del tiempo cronológico (Iparraquirre, 2011: 45).

El «problema de las generaciones» (Mannheim, 1993 [1928]) no es para nada nuevo. El sociólogo húngaro Karl Mannheim (véase también Feixa y Leccardi, 2011) apuntó que los positivistas del siglo XIX —entre ellos Auguste Comte— aspiraban a encontrar, basándose en la duración de la vida del «hombre» y sus edades, una ley general del ritmo de la historia (ibíd.: 195). La idea de generación aparece inextricablemente ligada a la de tiempo, y al cambio generacional se lo concebía como el «factor esencial que impulsa el progreso» (ibíd.: 199). Este último punto no es menor, puesto que se reedita en las mentalidades de distintos sujetos a lo largo de la historia. Entre los pobladores de Gallinal —como en nuestra sociedad en general—, está presente el discurso de que las nuevas generaciones deben tener mejores condiciones de vida que las anteriores, y esta

13 Con esta afirmación Rodríguez cuestiona el enfoque «ciego al género» de Los condenados de la tierra de Fanon (1983) [1961], una de las críticas más contundentes al colonialismo y racismo europeo. Sin negar la relevancia de la obra, adscribo al reclamo de la autora de romper con las narrativas de un Otro concebido como una entidad homogénea, siempre masculina, claro está. En su lugar deben emerger construcciones que den cuenta de la diversidad de la alteridad y su desigualdad interna en términos de género, raza, generación y otras dimensiones.

es una concepción que conecta con una moral del trabajo concreta: la de producir para el bienestar de otros, no solo para el de uno. De ahí surgen expresiones que afirman: «trabajamos para que a nuestros hijos no les falte nada», «para que vivan mejor que nosotros». Es interesante observar que al mismo tiempo que se espera o se aspira a que esto ocurra, las formas en las que los jóvenes se agencian con los elementos contemporáneos producen desconcierto y reprobación; una valoración que quiebra la linealidad del tiempo implicada en la idea de progreso.

Dice Mannheim que Dilthey notó este desfase entre tiempo cronológico y tiempo vivido, y encontró en la «unidad generacional» una forma de «medir desde dentro» un tiempo que es imposible medir con los mismos métodos utilizados para aquel. Esta unidad se asocia al ser contemporáneos bajo las mismas influencias culturales, sociales y políticas (ibíd.). Sin embargo, sabemos que no alcanza con ser contemporáneos para integrar una misma generación. Mannheim salda el problema formulando el concepto de «situación —o posición— generacional»<sup>14</sup> análogo al de «situación de clase»; ambas se caracterizan por el hecho de que:

[...] limitan a los individuos a determinado terreno de juego dentro del acontecer posible y que les sugieren así una modalidad específica de vivencia y pensamiento, una modalidad específica de encajamiento en el proceso histórico. [...] Pero al fijar esa limitación negativa, no nos hemos hecho cargo de todo. Porque existe, además, en sentido positivo, una tendencia hacia determinados modos de conducta, sentimiento y pensamiento, que es inherente a cada una de esas posiciones, y que los sociólogos pueden captar comprensivamente a partir del poderoso peso de la posición. Queremos, por eso, hablar de una tendencia inherente a cada posición que puede ser determinada desde la propia posición (ibíd.: 209).

A la antropología en particular el tema llega mediado primero por el interés en las genealogías y el parentesco y más tarde por el debate entre estructura e historia que coloca la dialéctica entre permanencia y cambio como asunto de reflexión.

Margaret Mead publicó en 1970 un ensayo donde distinguió tres tipos de cultura que llamó «prefigurativa», «cofigurativa» y «posfigurativa», a las que correspondió, respectivamente, las «culturas primitivas», las «históricas» y las «contemporáneas después de la Segunda Guerra Mundial» (Mead, 2009 [1970]: 12-13)<sup>15</sup>. Cada uno de esos «tipos culturales» representa una forma

14 La noción de posición generacional ha venido a complementarse con la propuesta de una «conciencia generacional» que «permite interrelacionar el tiempo biográfico, histórico y social [e] introducir la dimensión de reflexividad en el análisis de la dinámica generacional y los procesos de cambio social (Feixa y Leccardi, 2011: 19).

15 Mead utiliza información etnográfica de distintos grupos sociales para elaborar sus definiciones, pero no tiene conocimiento de primera mano sobre todos ellos. Retomando su planteo, las culturas posfigurativas son aquellas en que los niños aprenden de sus mayores. Su característica esencial es que la vieja generación expresa en todos sus actos que su forma de vida (aunque comporte cambios) es inmutable; depende de la presencia viva de por lo menos tres generaciones y las posibilidades de ruptura son mínimas. En las culturas cofigurativas, los niños como los adultos aprenden de sus pares. La cofiguración se origina en una ruptura del

de vínculos generacionales. Su argumento es que la transmisión cultural y la «ruptura» entre generaciones tiene que ver con la percepción del tiempo, el conocimiento de otros grupos y formas de vida y la velocidad de los cambios. Para Mead la «conciencia global», las técnicas de registro y la movilidad territorial, dan lugar a formas de aprendizaje y socialización heterogéneas, perdiendo valor la idea de transmisión unidireccional de adultos a jóvenes y habilitando una mayor expresión de comportamientos y, así, de diferencias entre unas y otras generaciones. Sin embargo, en la actualidad notamos que a pesar de existir «conocimientos de los jóvenes » que no poseen los adultos, no se desestructuran por completo las relaciones de autoridad/subordinación existentes entre ellos. Hay elementos externos al vínculo personal —estructurales y culturales— que configuran desigualdad generacional.

El asunto de la «transmisión generacional»<sup>16</sup> en el contexto actual del modelo de acumulación capitalista es un asunto relevante; en esta línea, retomo el aporte de Gullestad (1996) quien ha problematizado el lazo entre las sensibilidades y percepción de sí de los sujetos jóvenes, y los sistemas de producción emergentes sobre todo desde los setenta en adelante. Asimismo, aunque el esbozo de Mead parece ser algo esquemático —quizás porque intenta ser un modelo general—, es útil para plantear algunas preguntas: primero, ¿cuándo estamos en presencia de una «ruptura» generacional? Y, en este sentido, ¿todo cambio implica ruptura? Y segundo ¿qué especificidad toman los vínculos intergeneracionales en los escenarios locales del sistema-mundo contemporáneo?

Es a Bourdieu a quien le debemos el aporte de precisiones para comprender lo que sucede entre generaciones. Él plantea que:

[...] las aspiraciones de las generaciones sucesivas, de los padres y los hijos, se constituyen en relación con los diferentes estados de la estructura de

---

sistema posfigurativo y puede ocurrir de múltiples maneras, desde el desarrollo tecnológico, al acontecimiento de un catástrofe que diezme la población de ancianos que cumplían una función de liderazgo. Las circunstancias hacen que la experiencia de la generación joven sea radicalmente distinta de la de sus padres, abuelos y ancianos del grupo. Por último, en las culturas prefigurativa los adultos también aprenden de los niños. La irreversibilidad de los cambios tecnológicos desde la revolución industrial en adelante conduce a una rápida diferenciación entre generaciones, por lo que el conocimiento de las más jóvenes constituye un capital específico. Lo más importante, señala, es que estos cambios se han registrado casi simultáneamente, dentro del ciclo vital de una generación, y el impacto de la idea de cambio es mundial (Mead, 2009: 13 y ss., 34 y ss., 57 y ss.).

16 La noción de transmisión cultural entre generaciones es ambigua y presenta sus dificultades. Del modo que lo expresa Mead en sus ejemplos y como fue abordado por otros de su época, pareciera aludir a una deliberada selección de prácticas, técnicas, comportamientos, lenguajes y valores que la generación adulta inculca a los niños y jóvenes. En este trabajo suscribo al enfoque que pone énfasis en las políticas de la vida y la convivencia cotidiana (Abu-Lughod, 2000), donde los vínculos y moralidades entre adultos y jóvenes se van desarrollando de forma permanente a través de negociaciones e intercambios complejos (Fechter, 2014). Sin negar que hay una socialización de los nuevos integrantes de un grupo social o familiar en los elementos del contexto en que nacen, enfatizo la interacción como mecanismo de conformación de sensibilidades y prácticas que se da de manera recíproca y no unilineal.

distribución de los bienes y de las posibilidades de tener acceso a los diversos bienes: lo que para los padres era un privilegio extraordinario (por ejemplo, cuando ellos tenían 20 años, solo una de cada mil personas de su edad y medio tenía auto) se ha vuelto común, estadísticamente. Muchos de los conflictos entre generaciones son conflictos entre sistemas de aspiraciones constituidos en edades diferentes (Bourdieu, 1990: 125).

Pero no todo entre generaciones tiene que ser diferencia o conflicto. Esto es lo que traía Zygmunt Bauman al expresar que «las fronteras que separan a las generaciones no están ni pueden estar claramente definidas [...] es necesario dibujarlas y respetarlas, argumentarlas y probar su legitimidad» (Bauman, 2007: 112). Es probable que entre generaciones compartamos mucho más de lo que nos diferencia; la clave está en identificar cómo se producen cambios en el seno de vínculos filiales y sociales que enseñan a partir de lo aprendido.

Aquí es donde cobra protagonismo lo genealógico. Generación y genealogía se encuentran en el punto en que refieren y ponen en relación a los integrantes de un mismo grupo familiar y social. Esta conexión es relevante para el caso de Gallinal, donde la familia tiene un peso significativo en la distribución de los espacios y tiempos.

En tanto de lo que aquí se trata es de desarrollar una etnografía, nos encontramos sobre todo en el terreno de las prácticas y discursos observables, pero también los ocultos e invisibilizados. En este sentido, las concepciones de juventud y adultez pueden entenderse como regímenes discursivos situados que devienen en el tiempo-espacio. Comprender las relaciones entre jóvenes y adultos o entre diferentes generaciones, también implica tomar en cuenta que, en tanto discursos, tienen una profundidad temporal. Al formular su método genealógico Foucault propuso que los discursos están controlados, seleccionados y distribuidos por mecanismos de control y que no necesariamente implican continuidad; por el contrario «los discursos deben ser tratados como prácticas discontinuas que se cruzan, a veces se yuxtaponen, pero que también se ignoran o se excluyen» (Foucault, 1992 [1970]: 44). Para situarnos en el estado de las relaciones intergeneracionales actuales, procuraré reconstruir las percepciones de adultez y juventud de tiempos pasados a través de los recuerdos de los adultos y de los regímenes discursivos establecidos por los marcos normativos. Es decir, retomando la idea de una genealogía del discurso de Foucault, se trata de rastrear cómo han ido transformándose y permaneciendo los modos de ordenar las posiciones generacionales a través de las construcciones discursivas sobre el pasado y en relación a las prácticas y discursos del presente. Al resultado que quisiera llegar es a una «cartografía genealógica», esto es, un esbozo territorialmente situado de las relaciones entre generaciones a lo largo del tiempo. Dado que los elementos que la componen son móviles, históricos, relacionales, en suma, cambiantes, un producto de este tipo no estará nunca acabado, el resultado es su proceso.



# Etnografiar

*Only partial perspective promises objective vision*

Donna Haraway (1988)

Este trabajo quiere ser un aporte etnográfico. Etnografiar puede entenderse tanto como aplicar un método, desarrollar un enfoque o elaborar un texto (Guber, 2004: 11), según el momento histórico y la tradición antropológica que se considere<sup>17</sup>.

Aunque exista cierto consenso con respecto a que la etnografía comienza con la «entrada al campo», no es una discusión saldada la de cuándo inicia y acaba el proceso etnográfico y qué pasos han de seguirse, asuntos que cada experiencia ilumina desde distintos ángulos. Pero sí se puede decir que lo distintivo de la etnografía es el tipo de trabajo de campo que desarrolla y el conocimiento que produce. Requiere combinar reflexividad, creatividad y rigurosidad para arribar a una comprensión honda de los interlocutores que encontramos y de sus condiciones de vida.

---

17 En general se atribuye a Malinowski la primera caracterización explícita de la etnografía como método orientado a conocer el mundo de los nativos desde su perspectiva, si bien sus colegas de la escuela de antropología social inglesa ya venían poniendo en práctica formas de registro y relacionamiento —destaca en este sentido la expedición al Estrecho de Torres en 1898, realizada por Haddon, Rivers, Seligman y otros (Barth, 2012: 25 y ss.)—. En estas décadas iniciáticas de la antropología el énfasis estuvo puesto en el trabajo de campo, mientras la monografía final debía exhibir los hallazgos «de forma absolutamente limpia y sincera» (Malinowski, 1986 [1922]: 19 y ss). La escuela inglesa influyó en lo metodológico a la escuela norteamericana con Boas a la cabeza, y un poco más tarde a la francesa, con la eminente figura de Lévi-Strauss, las cuales se enfocaron en desarrollar sus corpus teóricos, el particularismo histórico y el estructuralismo respectivamente, antes que en hacer puntualizaciones sobre el trabajo de campo o la escritura. No será hasta ya entrada la segunda mitad de siglo XX, con el reconocimiento de las relaciones de poder implicadas en el proceso de conocimiento, que la autoridad etnográfica (Clifford, 1995 [1980]), la etnografía como género literario (Geertz, 2006 [1973], 1989), y los modos de atravesar la experiencia de campo (Rabinow, 1977) pasarán al epicentro de la reflexión bajo el paraguas de la antropología posmoderna (Reynoso, 1991). La relación entre la etnografía como «campo» y como «texto» se complejizó y la escritura pasó a ser un asunto de fuerte debate. Marcan este momento la realización del Seminario de Santa Fe (Nuevo México) en 1984 y la publicación de *Writing Culture* en 1986 (Barth, 2012: 30). Esta somera síntesis apunta a señalar que el quehacer etnográfico en su enfoque, campo y escritura ha sido intensamente problematizado, y que estas dimensiones se enlazan y no necesariamente siguen una secuencia temporal lineal. Es una cuestión de posicionamiento de quien investiga —y, en ocasiones, de posibilidades y marcos institucionales— cómo se hace y muestra la etnografía.

Desde la crisis producida por los movimientos de descolonización de mediados de siglo XX y el giro interpretativo entre los años 60 y 70 (Geertz, 1973; véase también los textos reunidos en Reynoso, 1991), la etnografía aun en su pluralidad se distanció definitivamente del enfoque cientificista<sup>18</sup>. Este movimiento vino impulsado, entre otras cosas, por la crítica a las relaciones de poder entre investigador-investigado y al sesgo androcéntrico, la introducción —por parte de la teoría feminista— de la dimensión de género y cuerpo en la experiencia de investigación como en los fenómenos estudiados, la problematización de lo geopolítico y el reconocimiento de la especificidad de este tipo de herramienta de indagación. Tomando estos desplazamientos críticos como punto de partida, la etnografía ha puesto en práctica y afinado un conjunto propio de principios metodológicos. Enfatizó la relevancia de lo empírico a través de la técnica de la observación participante y propuso explorar comprendiendo sin excluir lo explicativo. Me apoyo en el esbozo de Morin (2006: 124) acerca de una comprensión compleja que conjuga dos tipos de comprensión, una objetiva y otra subjetiva. La primera

comporta la explicación (*ex-plicare*, salir de lo implícito, desplegar). La explicación adquiere, reúne y articula datos e informaciones objetivos concernientes a una persona, un comportamiento, una situación, y la segunda permite, por *mimesis* (proyección-identificación), comprender lo que el prójimo vive, sus sentimientos, motivaciones interiores, sus sufrimientos y sus desgracias (ibíd.).

En este trabajo tomo la opción exponer la etnografía en sentido amplio, desde que surge la idea hasta el momento en que escribo este texto, y secciono este capítulo en distintas dimensiones metodológicas que ordenan y dan cuenta de especificidades del proceso.

## Extrañamiento

Extrañarse de las prácticas, discursos y elementos presentes en la vida de nuestros interlocutores, como en la nuestra, es un desplazamiento constructivo en el proceso de conocimiento; quiere decir llevar lo dado a un espacio de preguntas, «descotidianizarlo» para luego re-encuadrarlo desde la comprensión (Lins Ribeiro, 1989). En términos de Bourdieu (2008: 96) el extrañamiento implica reflexividad, es decir, objetivar las condiciones sociales de posibilidad

18 Es a Clifford Geertz a quien se considera impulsor de la antropología simbólica o interpretativa, a partir de *La interpretación de las culturas* (1973), si bien su pensamiento se prefiguró con anterioridad. El antropólogo surafricano Adam Kuper, que se ha dedicado a trazar una genealogía de la noción de cultura y, en este sentido, una historia de la antropología social, dice que Geertz transitó de un enfoque parsoniano-weberiano en la primera parte de su carrera, a uno interpretativista y así, de la teoría sociológica a la filosofía y la crítica literaria. Menciona Kuper sobre este momento transicional: «[Geertz] detectaba, y saludaba un distanciamiento de la ciencia social americana respecto al positivismo y al conductivismo, así como un acercamiento paralelo a la interpretación. Se estaban abandonando los modelos de las ciencias naturales» (Kuper, 2001: 102). Más allá de Geertz, el cambio en los enfoques de las ciencias sociales y humanas era de carácter generalizado.

de la experiencia de investigación, lo que él ha llamado «objetivación participante». Quisiera entonces comentar brevemente cómo surge la iniciativa que da marco al presente trabajo.

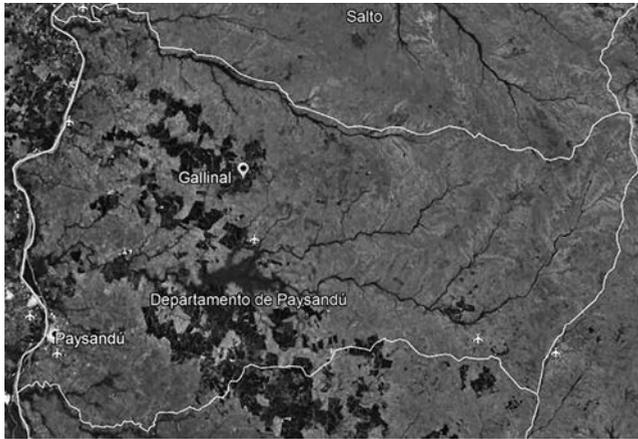
Observando retrospectivamente, he identificado dos razones que me llevaron a optar por la temática de las juventudes rurales y los vínculos entre generaciones. Una, que tiene que ver con la apropiación de mi legado familiar, ya fue expuesta al comienzo. La otra se relaciona a la posición que ocupó en el campo académico, que podría llamar «aprendiz de antropóloga», y los equipos de trabajo a los que me integré en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación<sup>19</sup>. Cuando elaboré la propuesta de investigación busqué articular aspectos de los asuntos que venían desarrollando los dos grupos en los cuales participo. Originalmente la propuesta planteaba estudiar la vida de los jóvenes de Pueblo Gallinal y la incidencia que en estas había traído la implementación de una política cultural nacional, llamada Centros MEC, tema sobre el cual elaboré un informe (Castelli, 2015). Pero los emergentes del trabajo de campo fueron más abundantes que lo que procuré en el inicio —consecuencia esperable de la inmersión etnográfica—, por lo que me vi seducida por descentrarme de ese asunto para enfocarme en otros que resultaron relevantes en la vida de mis interlocutores. En síntesis, podría decirse que «uní cabos» y objetivé la relación entre dos mundos en apariencia no conexos.

Qué decir acerca de la elección del lugar. Era necesario que fuera uno con relativas facilidades de acceso, dada la disponibilidad de tiempos y recursos; aunque por momentos llegar a Gallinal se tornaba engorroso, siempre fue posible. Es importante recordar que los espacios de la ruralidad más profunda (donde la etnografía aun tiene mucho por aportar) son prácticamente imposibles de conocer si no se cuenta con financiamiento acorde. Además, me interesaba ver lo que sucedía con los jóvenes en lugares distantes de la capital montevideana, desde donde solemos fabricar y legitimar convicciones sobre ellos sin conocer de primera mano sus circunstancias. Pueblo Gallinal apareció como sugerencia de un colega que había dado una charla en su centro educativo y este escenario cuadraba con mis posibilidades. El hecho de que se encontrara en el departamento de Paysandú, donde vive mi familia, simplificó el acceso al campo y la localización de otros actores que estaban involucrados con el pueblo, pero que no vivían allí.

---

19 Para entender esto y lo que sigue es necesario aclarar que trabajo desde hace algunos años en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE), específicamente en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (CEIL). Allí integro dos grupos de investigación, uno sobre políticas culturales y otro sobre juventudes y violencias. Por otro lado, el estudio en Gallinal se desarrolló con el apoyo del Programa de Iniciación a la Investigación de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC-Udelar). Así pude realizar trabajo de campo durante un año en ese lugar. Al finalizar este proyecto obtuve una beca de la Comisión Académica de Posgrados (CAP-Udelar) para dar continuidad a la maestría, lo que me permitió seguir profundizando en el caso de Gallinal.

Imagen 2. Ubicación de Pueblo Gallinal en el departamento de Paysandú



Fuente: Google Earth

Al definir dónde, cómo y por qué vamos a investigar articulamos intereses con posibilidades y delimitamos parte significativa del proceso de investigación. No estudiamos sujetos y relaciones en abstracto, sino sujetos y relaciones situadas. Encuentro esclarecedora la noción de «posición de etnógrafo» propuesta por Visacovsky (1995), como forma de conceptualizar el lugar epistémico de producción del quehacer etnográfico:

La noción de *posición* rechaza la idea del ‘estar ahí’ como equivalente de etnografía: pasa a ser un *manera de posicionarse frente al mundo socio-cultural*. Así, el campo se concibe como una construcción teórica acerca de los mundos de la vida cotidiana, traducidos en *orden fáctico*. No es un simple recorte de la realidad, sino que la realidad resulta significativa por un interés cognoscitivo específico; o sea que no hay campo si no hay *posición del etnógrafo*. [...] La *posición* debe ser diferenciada del *rol del etnógrafo*, determinado por los papeles concretos que juega el etnógrafo en las instancias interactivas en el ‘campo’ en tanto miembro participante, tales como los modos de presentación, las tipificaciones recibidas, etc. Pero el *rol* solo puede ser significativo a la luz de la *posición*: en sí mismo no sirve para nada, porque no permite generar un tipo de conocimiento etnográfico (1995: 16, las cursivas son del autor).

La investigadora se desplaza hacia la posición de etnógrafa y así comienza el juego. En su transcurso puede desdoblarse en uno o varios roles, sin perder conciencia de su cometido, es decir, de su posición. Es por esto que no cabe definir de antemano un itinerario de investigación, sino dejarse llevar por el devenir del hacer campo, buscando los umbrales que abren los *otros* para que ingresemos a su propio mundo (Abu-Lughod, 1997).

## Exploración

«Amaneció lluvioso, un día gris que mejoró en el correr de la mañana. Salimos de Paysandú sobre las 10 a. m. rumbo al pueblo. Para llegar hay que tomar primero por ruta 3 y luego por la 26. Son en total unos 85 kilómetros de distancia de la ciudad de Paysandú. El mal estado de la carretera pautaba que la zona parecería estar postergada. A la altura del kilómetro 68 comienza un camino vecinal por el que hay que recorrer otros 14 más. No demoramos mucho en llegar hasta esa intersección, pero de ahí en más el trayecto se hizo más difícil, en un sinuoso camino empeorado por las lluvias.

Comprendo rápidamente que la producción citrícola y la forestación marcan la impronta socioterritorial: el paisaje, la explotación de la tierra, la circulación, la conformación de pequeños poblados. La vida en general parece tener algo (o mucho) que ver con ellas. En el recorrido se hace evidente la marcada presencia de estas dos industrias; a lo largo de la ruta 26, primero un poco más lejos y luego hasta su borde, los montes de árboles destinados —y dispuestos en estricto orden— a la forestación, predominan. Más adelante van apareciendo las plantaciones de naranja (hay evidentemente distintas variedades de frutos, pero mi percepción ajena solo alcanza a divisar naranjas), extendiéndose a ambos lados del camino vecinal que conecta la ruta y el pueblo. No veo personas por ningún lado, supongo que las intensas lluvias matinales habrán obligado a la suspensión de las actividades laborales al aire libre. El viaje disparó en mi padre, viejo conocedor de las rutas, algunos recuerdos. Me decía: “antiguamente en esta ruta era casi obligatorio levantar a alguien cuando hacía dedo, porque no andaba nadie por acá”. En el horizonte veo por primera vez un conjunto de casas y me pregunto si allí será.

Llegamos, damos una vuelta. Una tras otras se disponen las viviendas MEVIR pintadas en tenues tonalidades y cada tanto se distingue un almacén o comercio, entre ellos un ciber que parece cerrado. Las veredas de césped se transforman de a poco en calle de tosca y piedras. Estas son ondulantes, lo que le da un toque rítmico al pueblo. Tranquilidad en un “paisaje sonoro” muy distante del de la ciudad. Veo algunas personas conversando, haciendo compras o tareas domésticas.

En el corazón del pueblo cruzamos la policlínica y, frente la escuela, el liceo y una cancha de deportes. Por detrás de ella se alcanza a ver la “avenida principal” —así la había visto identificada en el mapa—, de dos cuadras, donde se ubica la galería comercial en la cual se dispone la carnicería, el centro MEC y un bar<sup>20</sup>.

20 Poco tiempo después el bar dejó de existir y con posterioridad el lugar era utilizado por cuadrillas de trabajadores.

Bajo del vehículo, despido a mi familia y comienzo ahora a recorrer Gallinal a pie; con expectativa y algo de nervios busco mis primeros interlocutores». (Diario de campo, mayo de 2014).

Imagen 3. Vista aérea del pueblo. El predio está cercado por plantaciones de eucaliptos que funcionan como protección



Fuente: Google Earth

Imagen 4. Avenida principal del pueblo, a los costados las viviendas MEVIR



Fuente: fotografía cedida por una de mis interlocutoras

Desde la redacción de las líneas iniciales de la propuesta de investigación hasta el momento de la primera salida al campo, fui identificando las condiciones de posibilidad para pasar del plano de las ideas al de la práctica. Parte de esta tarea es espontánea en el transcurso mismo del «hacer campo», pero también hay

aspectos reflexionados previamente y otros de los que tomamos conciencia escribiendo notas o incluso el informe final. Ciertamente, la inmersión etnográfica requiere logística, pero fue el enfoque etnográfico el que habilitó dimensionar a Gallinal como un *terreno* de investigación (Amante, 2015). De acuerdo a María de Fátima Amante, «una vez iniciado el trabajo de campo, el antropólogo está en una situación que es la de intentar percibir como es que un determinado espacio puede constituirse como lugar y terreno antropológico» (ibíd.: 816, traducción propia). Un espacio cualquiera, quizás desconocido o muchas veces transitado, deviene lugar antropológico. La experiencia va permitiendo encuadrar un objeto de estudio, pero en el campo, la interacción se da con sujetos y no con el objeto que definimos.

No es casual que reitere la noción de interlocución y de diálogo. Aquí no me propongo hablar «por los otros». Este supuesto es falso pues ellos encuentran sus propias maneras para hacerse oír en los ámbitos que les interesa y porque nuestras posiciones, en suma, no son intercambiables. Tenemos voces distintas y hablamos desde lugares diferentes. Me propongo sí escribir sobre ellos desde mi lugar, recurriendo a las ideas y opiniones que me dieron a conocer, a mis impresiones, a nuestros intercambios, a la realidad que construimos vinculándonos y reflexionando juntos. Por eso adscribo a hablar de ellos como interlocutores en lugar de informantes (Bartolomé, 2003), y concibo la etnografía como un proceso dialógico (Clifford, 1995; Tedlock, 1991), pues intercambio con ellos, pero también con otros autores y actores. Para algunos puede sonar idealizado, por lo que vale la pena subrayar: primero, que soy responsable del contenido de este texto, si bien en él se intenta mostrar en forma relacional las miradas de los interlocutores y la mía; y segundo, que hay un conocimiento de *una* que se objetiva en el encuentro con las configuraciones de alteridad que estudiamos, y por eso el diálogo es una herramienta de re-conocimiento recíproca<sup>21</sup>.

Es así que etnografiar no es solo —si bien sí requiere en buena medida— «estar ahí». *Una* no «está ahí» indistintamente o desinteresadamente, sino para aprender de *otros y otras*. En la práctica de etnografiar encontramos entonces un vaivén entre lo aprendido del método y lo personal que se pone en juego, además de las características de los lugares donde trabajamos. Por eso «estar ahí» es

---

21 Puede surgir la pregunta de cómo una etnografía busca ser dialógica y, al mismo tiempo, como producto, ser responsabilidad de una persona. Desde mi punto de vista no son elementos excluyentes, siempre que se intenten exponer las posturas de los interlocutores de una forma respetuosa (o las coloquen ellos mismos), además de las propias. Inevitablemente la etnografía es una experiencia *junto* a otros, y la escritura puede cobrar distintos formatos que enfaticen dicho encuentro. Lo que me interesa subrayar de la etnografía dialógica es que constituye una postura política que brega por visibilizar la asimetría entre quien escribe y quien es escrito, exponiendo una crítica a las metanarrativas totalizantes (Tedlock, 1991: 278). James Clifford dice que desde 1950 «se han rechazado los discursos que retratan las realidades culturales de otros pueblos sin poner su propia realidad en tela de juicio [...] [y] se ha puesto de manifiesto la naturaleza no recíproca de la interpretación etnográfica» (1995: 61). Luego propone: «se hace necesario concebir la etnografía no como la experiencia y la interpretación de ‘otra’ realidad circunscrita, sino más bien como una negociación constructiva que involucra por lo menos a dos, y habitualmente a más sujetos conscientes y políticamente significantes» (ibíd.).

estar por completo. Sherry Ortner lo sintetiza de manera clara cuando dice que «la postura etnográfica [...] es tanto un posicionamiento intelectual (y moral), un modo constructivo e interpretativo, como un proceso corporal en el espacio y el tiempo» (1995: 173, traducción propia).

Los otros también investigan, preguntan, nos construyen y nos sitúan en algún lugar de sus marcos de interpretación. Además, vale decir, son una heterogeneidad; hay *otros* y *otras* que no piensan ni actúan de la misma forma, lo que exige acomodar el cuerpo en el *terreno* para conocer los matices, las tensiones, los conflictos, es decir aquellos asuntos que pulsán por la reproducción o por el cambio. Al ser mutuos extraños nos devolvemos miradas de extrañamiento, pero lo que nos diferencia es la posición desde la cual realizamos y reflexionamos sobre ellas. La «observación participante» ha sido el recurso por excelencia del trabajo de campo desde que lo formularan Malinowski y sus coetáneos, pero en tanto herramienta situada ha sido revisitada innumerables veces y ya no queda duda de que quien investiga es visible y hace parte de la propia trama que explora.

Recorriendo el diario de campo recordé que había adoptado actitudes diferentes según quiénes fueran y qué posición ocuparan las personas con las que establecía vínculo —esos roles de etnógrafo de los que hablaba Visacovsky (1995), las negociaciones constructivas a las que refiere Clifford (1995), o los comportamientos a los que se sintió impelida Abu-Lughod (1997) intentando diferenciarse de otros extranjeros en su terreno de estudio—. Estas actitudes no fueron siempre deliberadas, por el contrario, con frecuencia las objetivé luego. En este sentido, hay una condición elemental de la práctica etnográfica y es que se reconstituye permanentemente, en su proceso; por más que vayamos al encuentro de interlocutores con un listado de orientaciones metodológicas, en lo concreto se desatan formas particulares de estar en el campo, así se puede pensar que cada etnografía tiene el potencial de arrojar nuevas reflexiones metodológicas. La diversidad que queremos estudiar impregna el método. En mis primeras visitas al pueblo, Paula —una joven conocida por muchos en el lugar— me recibió con gran amabilidad y ofició de anfitriona. Buscando la «entrada al campo» le había escrito semanas antes de ir y me respondió con entusiasmo. Ella era mi contacto principal, a quien le escribía los días de lluvia para saber si el camino estaba cortado y para enterarme, cuando no estaba en el pueblo, de hechos ocurridos que circulaban en los medios de prensa del departamento. Con ella pasé muchas de las tardes en Gallinal y recorriendo en auto o en moto el camino que conecta el pueblo y la ruta.

Paula y yo tenemos prácticamente la misma edad; creo que ambas sentimos la ambigüedad de parecernos y no al mismo tiempo, viéndonos jóvenes de maneras distintas. Varias veces hicimos «tours» por el pueblo, donde me iba contando de Gallinal y sus habitantes. Me preocupaba en estos primeros encuentros cómo transmitir quién era y qué estaba haciendo. Tenía el preconcepto que podía perturbarles la idea de un «estudio antropológico», pero no tuve más que abandonar estas inquietudes pues, con espontaneidad, Paula me presentaba diciendo: «ella es antropóloga y está haciendo un trabajo sobre los jóvenes». Mis

nociones previas quedaron echadas por tierra al encontrar que tomaban con curiosidad el asunto y se interesaban. Sobre todo a los adultos les emocionaba contar la historia del pueblo y, más aún, hablar de lo que entendían como una problemática: los jóvenes. Estos, por su parte, quizás no tuvieron un papel protagonista en la construcción de Gallinal como sus padres, pero lo tienen ahora y también tenían ganas de expresarse.

En otra instancia elegí posicionarme desde un lugar de mayor autoridad: fue el momento de presentarme con los agentes de policía:

«Antes de dirigirme a la seccional policial había visto pasar varias veces la camioneta con ambos agentes, quienes desde su interior mostraban una amplia sonrisa. Un rato después, al llegar allí, golpeé las manos y escuché enseguida: “adelante”. En la sala a la que ingresé no había nadie; en otra habitación al fondo de un pasillo angosto, pude ver a uno de ellos que limpiaba una heladera. Se secó las manos y caminó hacia mi encuentro. Me saludó cordialmente con un apretón de manos —poco apretado por cierto—, invitándome a tomar asiento.

Esta vez me presenté como antropóloga y a lo largo de la conversación puse sobre la mesa mis credenciales, pues he notado cómo mi apariencia juvenil, además de ser mujer, suele quitarme credibilidad, y la circunstancia de encontrarme con dos policías varones, más interpelantes que otros actores, reforzaba esta inseguridad.

Luego de que ya habíamos tomado asiento se acercó tímidamente el más joven, permaneciendo en el umbral del pasillo hacia la sala, un poco oculto por una cortina que oficiaba como separador de ambientes. Me observaba serio, como desconfiado, pero fue introduciéndose en la conversación a medida que descifraba mi presencia y se compenetraba con el tema. Dio pequeños pasos hasta quedar de este lado de la cortina. Sus breves apreciaciones eran más templadas que las del de mayor edad, quien parecía decidido a mostrarse más tajante. El joven no dejó de ocupar un lugar secundario en la charla y fue siempre interrumpido por comentarios de este, que no le permitían continuar; era evidentemente su subalterno, callaba sin más, pero tenía opiniones para dar. Mientras se configuraba la escena entendí que en él estaba viendo una juventud más del pueblo, oculta tras los ropajes de la autoridad.

Un rato más tarde cuando ya estaba por retirarme, el agente de cargo superior le ofreció su silla al muchacho mientras, pero solo porque se dirigía al baño». (Diario de campo, octubre de 2014).

Una escena más viene a cuento para entender con mayor detalle la circunstancia de ser mujer haciendo trabajo de campo en un poblado rural y, de paso,

para atisbar cómo es la vida de las mujeres que viven allí. En Gallinal las mujeres —además de los niños y adolescentes— son mayoría durante el día, puesto que el grueso de los hombres salen a trabajar. Si bien muchas de ellas también lo hacen, lo cierto es que en el centro educativo, la policlínica (salvo en el caso de la figura de mayor jerarquía: el médico), el CAIF<sup>22</sup>, en los almacenes y en las casas, son ellas quienes quedan a cargo. Pero cuando es el período de la zafra —mayoritariamente en el citrus, aunque también puede suceder con la forestación— aparecen grupitos de hombres por el pueblo, simplemente pasando sus ratos libres, o buscando algún servicio:

«Estando en el Centro MEC<sup>23</sup> junto a otras tres mujeres vemos acercarse a dos muchachos a través de la ventana. Ellas los identifican rápidamente como “de otro lugar” mientras ellos continúan caminando hacia el local, bebiendo vino en una botella grande de Coca-Cola. Su estado de ebriedad era evidente. Uno de ellos llega hasta la puerta y pregunta entreverado dónde hay wifi. Ya con medio cuerpo adentro, su asombro al ver cuatro mujeres en un mismo lugar no encontró disimulo: “*¡son todas mujeres, no lo puedo creer!*” dijo, y luego, como dándose cuenta de su desliz, continuó: “nos venimos desde Tres Bocas, que estamos ahí trabajando en la forestación y estamos todo el tiempo entre hombres”. Una de las muchachas lo orienta hacia la escuela diciendo que ahí pueden tal vez conectarse, aunque sabe que allí también están sin Internet —para entonces, el ciber había cerrado hacía tiempo—. Lo hace para que se vayan. El muchacho, de unos veinte y pocos años, tiene aun la delicadeza de agradecer y al retirarse le dice a su compañero “*¡cuatro mujeres, y todas muy lindas!*”. Entre nosotras reímos, pero con nervios». (Diario de campo, junio de 2014).

Este tipo de sucesos son los que han producido un malestar intergeneracional entre los pobladores adultos y los forasteros, pero también involucran a los jóvenes del pueblo; aun así, son bastante corrientes por las dinámicas de circulación de gente en la zona, como se verá más adelante. El Centro MEC es un lugar donde llegan con frecuencia debido a que cuenta con conexión a Internet y porque es un lugar abierto al público. La muchacha que actuó manejó la situación con cintura, pero hay que decir que nos sentimos intimidadas.

22 Plan CAIF es una política pública intersectorial entre el Estado, organizaciones de la sociedad civil e intendencias municipales, creada en 1988. Tiene por objetivo garantizar la protección y promover los derechos de los niños y las niñas desde su concepción hasta los 3 años, priorizando el acceso de aquellos que provienen de familias en situación de pobreza o vulnerabilidad social, a través de las modalidades urbanas y rural. Tomado de: <<http://caif.org.uy/acerca-de-la-institucion/>>.

23 Espacio cultural del Ministerio de Educación y Cultura. Una sección del capítulo 3 es dedicado al vínculo entre los jóvenes y este lugar.

Con las sucesivas presentaciones fui reconociendo el rol que mis interlocutores/as me atribuían en sus imaginarios. Para ellos yo era una joven, antropóloga, que venía desde Montevideo —aunque enfatizara mi procedencia sanducera<sup>24</sup>— y que estaba en el pueblo para estudiar «a los jóvenes». Como este asunto era de su preocupación, mi propuesta parecía ser oportuna en ese momento. Los adultos difícilmente se veían como «parte del problema», pero gustaban de dar sus consideraciones bien fundamentadas en sus propias experiencias de juventud, cuando «todo era distinto» y «había otros valores». No obstante, me parecía que opinaban sobre la juventud como si ellos nunca la hubieran vivido, como si la adultez se hubiera devorado otras perspectivas que tuvieron en el pasado. Ambas actitudes convivían en ellos y son solo en apariencia contrapuestas; los adultos tuvieron otra juventud, por lo que recordar aquellos tiempos y criticar la juventud del presente era una forma de legitimar su autoridad. Pero este manto normativo cada tanto y con esfuerzo cedía, y aparecían los recuerdos de sus propias transgresiones.

Sobre todo los adultos recordaban mi procedencia de la ciudad de Paysandú y trababan de reconstruir un vínculo entre sus redes y las mías, indagando en los apellidos familiares. Con los jóvenes las conversaciones tomaban otros rumbos, hablábamos más del presente que del pasado, de sus debates personales por el irse o el quedarse. Con complicidad me preguntaban sobre mi vida personal, sobre si tenía pareja y cómo y con quiénes vivía en Montevideo. En Gallinal, a diferencia de otros lugares, compartir una casa con otros que no fuese la familia no era una opción y les explicaba que esto se había dado como forma de subsistencia en mi proceso de migración de Paysandú a Montevideo para estudiar. Intentaba desidealizar lo que para ellos resultaba muy lejano, para acercarnos. Una manera de hacerlo fue señalar las dificultades para afincarme en la capital, y otra, comentarles que me gustaba y no me sentía ajena a la vida rural, por más que no viviera allí.

Más tarde pasé a ser alguien que también estaba estudiando la historia del pueblo, puesto que consultaba por cosas que en primera instancia no se asociaban con los jóvenes, por ejemplo cómo se creó y creció Gallinal, cómo habían sido las juventudes de décadas atrás, cuándo había llegado la *naranja* y cuándo la forestación. Así, entrando en confianza, cobraba interés para ellos comentar cuestiones de su vida cotidiana que al comienzo se reservaban. Observar el devenir que tomaba nuestra relación permite plantear que los tiempos etnográficos no pueden concebirse desde la linealidad; las características del terreno de investigación, la temática que se enfoca, el modo en que se entablan los vínculos, la apertura o las barreras para abordar ciertos asuntos en escenarios de mayor o menor agitación social, son todos elementos que condicionan la aparición de referencias discursivas, y que no necesariamente identificamos, al menos no en lo inmediato, pues la vigilancia epistémica también implica un proceso de (in)corporación. En suma, las temporalidades en que están situados quienes

---

24 Sanducero/a es la forma de nombrar a quienes son oriundos de Paysandú.

encontramos como interlocutores y en las que estamos quienes investigamos son distintas, pero tienen puntos de encuentro y de diálogo.

Vuelvo brevemente al tema de los etnocentrismos y las prenociones puesto que fue parte del proceso reconocerlos y descentrarlos. Previo al trabajo de campo tendía a pensar, por ejemplo, que los adultos serían más conservadores y los jóvenes más transgresores, que en el medio rural la vida es más difícil que en la ciudad y que allí existen menos oportunidades (por supuesto, desde mi punto de referencia arbitrario sobre lo que es ser «adulto conservador» y «joven transgresor», lo que es tener una vida «más difícil» o «más fácil», etc.). Busqué otorgarles un lugar relativo y cada vez menos relevante a medida que profundizaba en el conocimiento de la vida de las personas con quienes trabajé. Subrayo en este sentido el apunte de Howard Becker, acerca de que las preguntas que hacemos y el modo que encontramos de resolverlas están condicionadas por nuestro imaginario «y esto ocurre sin que pensemos demasiado en ello porque son cosas que apenas sabemos que ‘sabemos’» (Becker, 2011: 31).

## En campo

Visité Gallinal durante un año, entre mayo de 2014 y mayo de 2015; con posterioridad seguí de cerca acontecimientos que fueron ocurriendo a través del contacto con algunas de las personas que conocí y de la prensa. En ese período fui al pueblo una o dos veces por mes. Dormía en Paysandú y retornaba al otro día, y así durante el tiempo que permaneciera. Buena parte de las veces tomé el ómnibus que salía de la ciudad de Paysandú a las 5 a. m. y llegaba a las 6:30 a. m. A esa hora el pueblo recién estaba despertando, por lo que me refugiaba en la escuela junto con las maestras que también utilizaban el mismo transporte. Desayunábamos en el salón comedor mientras el alba iba asomando. Otras veces conseguí «conducción», como suelen llamarle ellos, para ir y para retornar. En ocasiones de intensas lluvias era común que se suspendieran las frecuencias de ómnibus, por el riesgo de quedar atascados en el camino que conecta con la ruta. El riesgo había pasado de la probabilidad al hecho en tantas ocasiones que formaba parte del saber local y se percibía también en las preocupaciones de los choferes cuando, luego de una lluvia, el camino se tornaba resbaladizo y particularmente hostil para maniobrar. Solo había dos horarios en los que el transporte pasaba por el pueblo, bien temprano y en la tardecita; luego había otro ómnibus que podía tomarse en la ruta. Así y con medios de transporte propios, se conectaba el pueblo con la capital departamental y con otras localidades cercanas.

En invierno en ambos horarios aún no había amanecido o ya había caído la noche. Cuando se salía en otros horarios había que ir de a pie y haciendo dedo por el camino vecinal hasta la ruta. En estos recorridos sentí cómo el invierno se hacía más invierno y el verano se hacía más verano que en la ciudad, respirando el aire

helado de la mañana, aún con aroma a cerrazón, o advirtiendo la fuerza del sol de mediodía sobre la cabeza, que obligaba a cubrirse. La tierra crujiente bajo los pies es otra de las sensaciones que aún retengo. La marca que el entorno imprime en la vida de estas personas es un aspecto a pensar con detenimiento.

Haciendo campo dimensioné que lo que ocurría en las idas y vueltas a Gallinal (esperando el ómnibus o dentro de él, aguardando conducción o coordinando con algún vecino que iba a la ciudad por mandados) era parte significativa de su cotidiano, por lo que me esforcé en percibir los detalles de esas escenas.

En el pueblo pasaba tiempo en la escuela-liceo, en el Centro MEC o dando vueltas, visitando los almacenes, procurando encontrar a alguien para conversar. Con frecuencia las personas que me recibían me conducían a otras y les explicaban quién era y qué estaba haciendo allí. A los jóvenes accedía a través de otros jóvenes, y a los adultos a través de otros adultos. Los primeros referían a sus amigos, mientras los segundos hurgaban en su memoria tratando de decidir a quiénes era más oportuno que conociera, actitud que encontraba razonable a pesar de que me interesaba lo que cualquiera pudiera opinar. Pero tomé sus sugerencias como parte de los intercambios de dones en la inmersión etnográfica.

Con varios de ellos realicé entrevistas, donde les proponía hacer un recorrido por sus vidas; en estas instancias el diálogo toma rumbos diversos pues cada narrador elegía hacer énfasis en distintos asuntos, sobre todo en los que se veían más involucrados. Buena parte del trabajo de campo se conformó por observaciones y charlas informales. Creo que es en estas últimas instancias donde surge la información más valiosa en términos de identificar cómo se establecen los vínculos entre las personas, mientras que en las entrevistas suele configurarse una narrativa autobiográfica, que en su conjunto permiten esbozar una idea bastante acabada del devenir histórico del pueblo.

El diario de campo fue fundamental. Al releer tiempo después los relatos de cada jornada encontré observaciones que mi memoria no había retenido, o al menos no con los detalles que en su momento escribí. Los consejos de mis interlocutores me condujeron a realizar parte del trabajo de campo fuera del pueblo, buscando a otros que ellos entendían importante que conociera. Así llegué a la planta de procesamiento de Azucitrus (la empresa citrícola más grande de la zona) en la ciudad de Paysandú, para entrevistar a un empleado de alto rango, conocedor de la historia de la empresa; y más tarde visité la localidad de Quebracho, también en el departamento de Paysandú, donde entrevisté a un empleado con jerarquía de UPM, empresa forestal que gestiona buena parte de las plantaciones de especies de árboles destinadas a tal fin. A las maestras que trabajaban a diario en el CAIF o en el centro educativo pero que vivían en la ciudad las visité en sus hogares, procurando una charla más distendida y no tan apremiada por las actividades de trabajo en el pueblo.

Por último, como se mencionó, durante el período en que hice campo y en meses posteriores, acontecieron disturbios que generaron conmoción entre los pobladores de Gallinal y que involucraron fuertemente las percepciones y

discursos sobre los jóvenes. No eran realmente una novedad, pero se habían agudizado. Hubo robos, peleas y procesamiento de algunas personas por posesión y venta de drogas. A partir de estos hechos se organizaron varias reuniones entre los pobladores, siendo el personal policial del pueblo y el jefe de Policía Departamental actores cuya presencia fue demandada. Esto me condujo a consultar tanto la seccional de Gallinal como a la jefatura de Policía de Paysandú. Asimismo, dado que estos hechos fueron tomados por la prensa local, recogí las publicaciones periodísticas con el cometido de observar el tratamiento que recibieron y la información que circulaba sobre estos hechos. Por último, cada tanto circulaban rumores de «prostitución de menores» y tal vez por lo delicado del tema las alusiones eran tímidas, pero en 2016 hubo un acontecimiento trascendente de explotación sexual infantil. Decidí no desarrollar estos asuntos pues entiendo que merece tratarse en un estudio específico.

## Escritura

Han transcurrido varios meses entre la última visita a Gallinal y el momento en que escribo estas líneas. Reconstruyo cómo se gestó la idea de esta investigación, vuelvo a leer las notas de campo, corrijo algunas imprecisiones, subrayo comentarios que quiero retomar, escribo nuevas ideas, busco materiales que me ayuden a dar cuenta de lo que quiero decir, etc. Algunos de los aspectos que emergieron haciendo campo comienzan a quedar a un lado, mientras otros pasan a ser centro de atención. Selecciono, delimito, profundizo, escucho sugerencias. Sensación de bricolaje en una etapa que aun siendo próxima al fin, se asemeja a un nuevo comienzo. La escritura fue la práctica en la que me apoyé a lo largo de todo el proceso, desde el momento en que bosquejé las primeras ideas de la propuesta de investigación, pasando luego por las notas y relatos en el diario de campo. Pero requiere ahora un movimiento: pasar a otro formato.

Roberto Cardoso de Oliveira señaló que existe una «relación dialéctica entre el comunicar y el conocer, dado que comparten una misma condición: la que es dada por el lenguaje» (1996: 26, traducción propia), y propuso que la «textualización de la cultura» debe despojarse de hábitos de escritura que no suman a la construcción de la teoría social (ibíd.). Cuáles son esos hábitos de escritura no queda claro, pero lo que sí podemos plantear es que ciertos posicionamientos son necesarios, aunque quizás para otros no constituyan aportes. Me siento fuertemente interpelada por comunicar de un modo en que mi lugar de mujer no quede invisibilizado, y tampoco el de las mujeres con las que trabajé. De modo que intento evitar el masculino como sinónimo de lo universal, simplemente porque no lo es y utilizo el femenino para hacer visible que existen *otras* y ocupan un lugar relevante en la trama, como para referir a mi persona. Cuando hablo de un *otro*, es porque se trata de un otro hombre o de una configuración significada con los atributos de la masculinidad normativa. En este sentido, coloco la inquietud

de interpelar con agudeza el uso generalizado en la literatura antropológica de la categoría *otro*, pues acota las posibilidades de comprensión.

También aparecerán algunas menciones a mi genealogía personal, pues, como ya mencioné, encontré en ella herramientas para observar este escenario. Así como mostraba más arriba cómo los puntos de encuentro con mis interlocutores estuvieron indefectiblemente mediados por todo lo que nos constituye como seres situados (cuerpos, corporalidades, estéticas, actitudes, edad, sexo, género, procedencia y un largo etcétera), el encuentro con la escritura no puede hacer a un lado tales elementos: escribimos desde la experiencia, en/desde un lugar concreto. Coloco estos puntos *ex profeso*, como forma de ser consecuente con la intención de producir «conocimiento situado» (Haraway, 1988; Abu-Lughod, 2000), y hago propia la propuesta de una «etnografía de lo particular» esbozada por Abu-Lughod, como forma de impugnar la ilusión de objetividad y los lenguajes de poder. En sus palabras:

[necesitamos] encontrar maneras de escribir que funcionen contra las tipificaciones de las comunidades que las transforman en culturas distintas y ajenas, por la forma en que tales distinciones son inevitablemente jerárquicas y están ligadas a estructuras geopolíticas de poder (Abu-Lughod, 2000: 262, traducción propia).

Por último, cabe aclarar que los nombres de las personas que participaron de la investigación fueron modificados así como algunos detalles contextuales que pudiesen permitir su identificación. El enfoque ético desde donde me posiciono es el de no exponer sus identidades y mostrar de la manera más transparente posible sus puntos de vista, ejercicio mediado, claro está, por la comprensión que logré de ellos. La propuesta es abordar la trama queriendo aprender y comunicar cómo se desenvuelven las relaciones sociales en un espacio dado. A partir de entonces, queda abierto el diálogo con otras miradas posibles.



# Narrativas desde un pueblo joven

*«Antes era diferente, viste que ahora está todo cambiado».*

Genoveva, pobladora de Gallinal

Levantar un poblado en medio del campo no es un hecho menor, más aún cuando cada ladrillo de cada casa, está puesto por quienes lo poblarán. El comienzo de un emprendimiento de estas características nos remite a los orígenes; tratándose del medio rural, nos es difícil imaginar un acontecimiento que contraviene la tendencia histórica de migración del campo a la ciudad, por eso el hecho puede parecer cosa de otros tiempos, cuando la República comenzaba a tomar forma y el territorio se poblaba. Sin embargo, Gallinal no alcanza a tener tres décadas de vida: es todavía un pueblo joven. Las causas que impulsaron su creación han de buscarse en tiempos más cercanos, aunque bien puedan rastrearse conexiones de ese territorio con procesos históricos de larga data.

Para los habitantes, su origen y devenir encuentran explicaciones que involucran a actores sociales e intereses que les son reconocibles. Gallinal es ubicado en el universo de significados de sus redes sociales y lo más lejano, menos conocido, va acomodándose de un modo tangencial en sus relatos, o es ignorado. Otros actores que hacen parte, como los portavoces de las empresas agroindustriales que operan en la zona, ponderan los procesos que muestran su propia participación, o la de los intereses que representan. Cada uno de ellos produce, en suma, una narración de hechos hilvanables donde se ubican.

También es abundante la literatura —en parte ya mencionada— que da cuenta de las transformaciones de lo rural, sobre todo desde mediados de siglo XX en adelante, pero por sí solos estos aportes no son suficientes para mostrar todo lo que se teje en este espacio social y territorial concreto. El accionar humano y su densidad simbólica dan sustancia a estos marcos. Por eso, en un primer momento este capítulo busca recuperar esas narraciones y conectarlas con los eventos socio-económicos que modelaron el escenario rural uruguayo en las últimas décadas, afín de aproximarnos a una comprensión más acabada de cómo y por qué se imagina, se funda y vive este pueblo. Luego de este recorrido, profundizaré en las características de la política de vivienda de MEVIR y sus implicancias sobre la construcción de las posiciones generacionales, problematizando en particular la situación de los jóvenes de Gallinal. Lo habitacional es un aspecto relevante en esta cartografía, pues, como se verá, hace parte importante de las dinámicas del pueblo, desde su estructura y disposición en el espacio, su crecimiento acompañando el desarrollo agroindustrial, las normas de convivencia que dispone MEVIR,

etc. Un espacio habitacional y de convivencia que se erige basado en una política estatal, es posible que arroje algunas pistas sobre la vida que llevan sus moradores y, en este sentido, sobre el estado de las relaciones entre generaciones.

## Mediaciones, memorias y caminos

La diversidad humana se construye en colectivo, en la relacionalidad de los seres y objetos que habitamos el mundo. Devenimos junto a otros produciendo entre nosotros acercamientos y distancias, diferencias y similitudes. Ese *entre* remite a temporalidades, espacialidades y relaciones, en definitiva, a mediaciones y desplazamientos. Hablo de *temporalidades* en lugar de *tiempo* para desplazar la mirada de una supuesta dimensión «objetiva» a una simbólica, que nos acerca a la comprensión del «estar juntos». Si, de acuerdo a Mauss (2009), los intercambios están a la base del lazo social y estos requieren una transferencia de tiempo, entonces toda interpretación de las relaciones sociales implica un postura sobre el estatus de tal transferencia. En palabras de Derrida, «el don no es un don, no da sino en la medida en que (da) el tiempo» (Derrida, 1995, en Guigou, 2011: 120). De ahí que lo que nos interesa sea la configuración de ese tiempo del entre, el tiempo vivido, dado y esperado: el tiempo relacional, en este caso, entre generaciones. Desde esta perspectiva, los tiempos dados (donados), constituyen mediaciones. Recordemos la propuesta de «mediador» de Latour (2008: 63) como entidades que «transforman, traducen, distorsionan y modifican el significado de los elementos que se supone que deben transportar»<sup>25</sup>. Su idea es que el mundo está hecho de «concatenaciones de mediadores en el que se puede decir que cada punto actúa plenamente» (ibíd.: 91, énfasis del autor). Lo que media no está dado, ni es estático, por eso «una antropología del ‘entre’, es una antropología del movimiento [y es el entre] un vacío, no ontologizado, sin centro o centralidades, sin identidades con nombre propio» (Guigou y Tani, 2001: s/p).

La memoria puede entenderse como una mediación que recrea y conecta tiempos, vidas, lugares, personas y, aun cuando puede tener el efecto de hacer ver como absolutas ciertas versiones, estas toman matices en cada enunciación particular: se trata entonces de memorias, en plural. Las memorias definen, por esta razón, un terreno en disputa donde diferentes versiones puján por adquirir visibilidad y legitimidad; ellas son un legado narrativo generacional que se

---

25 Latour distingue entre intermediarios y mediadores. Para los primeros «no hay misterio, dado que los datos de entrada predicen bastante bien los de salida: no habrá nada en el efecto que no haya estado en la causa. Pero siempre hay un problema con este modo aparentemente científico de hablar. Si ocurriera realmente así y los datos de entrada predijeran los de salida, entonces sería mejor desatender los efectos y prestar atención a las causas en las que todo lo interesante ya ha sucedido, al menos potencialmente» (Latour, 2008: 90). Para los segundos, «las causas no permiten que se deduzcan los efectos dado que simplemente ofrecen ocasiones, circunstancias y precedentes. Como resultado de ella, pueden aparecer en el medio muchos *extraños que nos sorprenden*» (ibíd.).

transmite incluso sin ser del todo enunciadas a través del lenguaje; aparecen implícitas (o más bien, incorporadas) en las visiones del mundo, prácticas y discursos, por ejemplo en la enseñanza de una técnica corporal, la sanción o consentimiento a determinados comportamientos, situación común entre adultos y jóvenes. Pedro, un hombre adulto de Gallinal, resumió muy bien esta idea cuando me dijo «¡así no nos enseñaron nuestros padres!». Para existir como relato las memorias requieren del lenguaje y del ejercicio narrativo: «Sí, en efecto, la acción puede contarse, es que ya está articulada en signos, reglas, normas: desde siempre está mediatizada simbólicamente», apunta Ricœur (1995: 119). Al contar lo que se recuerda se enuncia una configuración posible de las relaciones sociales en el pasado y, en el mismo acto, se actualizan las relaciones del presente. Hablar del pasado es también ordenar simbólicamente el presente.

Las carreteras y los pequeños caminos son otro *entre* posible. Los caminos son a los pueblos lo que las relaciones son a las personas: lo que los sitúa y constituye; según qué camino tome para llegar al pueblo, la perspectiva que tendré de él al acercarme. La analogía del *entre*, las memorias y los caminos es una metáfora de las conexiones entre los territorios, los tiempos y lo humano. Caminos, poblados, relaciones y personas conviven en el tiempo; creándolos y recorriéndolos se van asentando los vínculos y posiciones sociales y al mismo tiempo se transforman: una visita a un pariente, la asistencia a un cumpleaños, a un funeral, al médico, una familia que se muda, un hombre que sale a trabajar, una mujer que se queda en el hogar, un grupo de niños que va a la escuela, el ómnibus de todos los días, los camiones que transitan lento marcando un surco... no son hechos aislados sino prácticas que nutren un tejido social. Gallinal, y así la vida de sus habitantes, sigue construyéndose también a través de los caminos que llegan a él. Una noticia de un diario departamental hablaba de ello:

En la mañana del pasado martes, el intendente Caraballo<sup>26</sup> recorrió la zona de obras de bituminización del camino de 1,5 km que une Gallinal con la ruta 26 [...] expresó su satisfacción por resolver un reclamo históricamente postergado y confirmó que se trata de una muy importante inversión, que alcanza los 44 millones de pesos y cuya inauguración se hará el 1 de octubre 'junto a la gente' (Portal web Intendencia Departamental de Paysandú, 21/09/2016).

La alusión al «reclamo histórico» habla de una realidad que parece disolverse en un pasado indefinido. La primacía de la figura del intendente y su satisfacción colocan en un segundo plano a quienes «históricamente» han reclamado. Ellos/as tal vez sean poco importantes para el relato de la prensa pero son quienes transitan ese camino a diario. A través de él los habitantes de Gallinal y la zona mantienen un vínculo cotidiano con el entorno que los rodea, pues mientras el pueblo es su morada, las tierras anexas son su lugar de trabajo. Al pavimentarse este camino,

---

26 Guillermo Caraballo perteneciente al partido Frente Amplio es el intendente del departamento de Paysandú, electo para el período 2015-2020. La mayor parte del trabajo de campo en el que se basa esta investigación se realizó durante el mandato de Bertil Bentos, del Partido Nacional, electo intendente para el período 2010-2015.

que conduce a la ruta, los tránsitos se tornan más veloces y eso disminuye (aunque de forma mínima) las distancias temporales; los vehículos se dañan menos, pero aumentan los riesgos de accidentes.

Imagen 5. El camino vecinal que conecta la ruta 26 con Pueblo Gallinal, Cerro Chato y otros lugares durante la obra



Fuente: Portal web de la Intendencia Departamental de Paysandú

Imagen 6. La obra inaugurada



Fuente: Portal web de la Intendencia Departamental de Paysandú

La circulación por este trayecto es parte ineludible de la historia de Gallinal y su carácter mediador implica el sentido de dificultad, sea por el polvo que se levanta en tiempos de lluvias escasas o por el riesgo de volcar o quedar empanzanados cuando llueve; y también el sentido de ayuda mutua, cuando alguno de estos imprevistos acontece. Dificultad, sacrificio y ayuda mutua son sentidos corrientes al rememorar el origen del pueblo:

«[...] a veces venían camiones que los caminos eran espantosos, acá no había como entrar [...] por ejemplo a veces llegaban camiones de noche

y llovía en el invierno, veníamos tres o cuatro con tractor a remolcar los camiones, porque no había cómo llegar, entonces era la forma de llegar al galpón de acopio a descargar los materiales, y la gente que siempre estaba pronta y dispuesta a colaborar» (Jorge, poblador de Gallinal).

## Trabajo, familia y vivienda

Gallinal narra una historia atravesada por discursos y prácticas en torno al trabajo. Como exceso o ausencia, como aprendizaje o cambio, como norma institucional o costumbre, «trabajo» es un núcleo simbólico y práctico presente en la sensibilidad de todos sus habitantes; se trata de un valor y una práctica estructurante del lugar y su gente. Con la categoría familia sucede de modo similar<sup>27</sup>; como fue mencionado, las viviendas que conforman el pueblo son el resultado de sucesivos planes de viviendas de MEVIR, cuatro en total hasta ahora, a partir del sistema de ayuda mutua. En el terreno donde se emplaza el pueblo no había ocupación humana previa a estas construcciones; décadas atrás era una zona de cultivos, algunos dicen de maní, otros de cereales, pero para el momento en que se inicia la edificación estaba en desuso. ¿Qué motivó, entonces, su fundación?:

«El pueblo nace porque Azucitrus, que en realidad se forma porque Azucarlito ve que el negocio de la industria azucarera no está tan bueno como históricamente lo fue y que el cultivo de remolacha estaba en decadencia [...] reinvierte fondos que tenía en dos rubros, la forestación en el departamento de Rivera y la citricultura, en Tres Bocas-Cerro Chato<sup>28</sup>. El proyecto era bastante ambicioso, eran dos mil hectáreas de cultivo, cosa que en el país no existía como unidad productiva, entonces requería una infraestructura, técnicas avanzadas de riego, viveros y con el correr de los años iba a requerir gente, tanto para tender el cultivo como para

---

27 Lo que dice Bourdieu con respecto a la familia también es aplicable al trabajo, por la centralidad que tiene en este caso: «la familia es un principio de construcción de la realidad social [...] y que es común a todos los agentes que han sido socializados de determinada manera. Dicho de otro modo, es un principio de visión y división común, un *nomos* que todos tenemos en el espíritu, porque nos ha sido inculcado a través de un trabajo de socialización operado en un universo que estaba, en sí mismo, organizado según la división en familias» (Bourdieu, 1997: 129, cursivas del autor).

28 Cerro Chato es una localidad ubicada a 10 km de Gallinal, sobre el mismo camino vecinal que conecta con la ruta 26; contaba en 2011 con 333 habitantes y 123 viviendas. Tres Bocas es un paraje que se encuentra entre Gallinal y Cerro Chato y toma su nombre de la intersección de tres caminos. La información censal disponible no muestra datos de este paraje. Se sabe que su construcción es anterior a la de Gallinal y hay allí una escuela pública. Otro paraje de la zona llamado Pueblo Soto se encuentra a unos 14 km de Gallinal; sus pobladores también se emplean en la *naranja* y la *forestación*, y son un grupo significativamente más pequeño (43 habitantes según el Censo 2011). Pueblo Soto recién cobra estabilidad en 2005, con un plan de MEVIR que entregó 22 viviendas ese año; con anterioridad, estaba conformado por viviendas de condiciones precarias.

la cosecha. Los primeros años, creo que las plantaciones son del 78, 79, empezaron algunas plantas a dar algo y por el 85, 86 se instala esta planta industrial con un *packing* de fruta» (Roberto, empleado de Azucitrus)<sup>29</sup>.

Azucarera del Litoral S.A., conocida como Azucarlito, fue un ingenio azucarero surgido en 1943 en la ciudad de Paysandú. Entre 1950 y 1993 tuvo como actividad principal la producción de azúcar de remolacha a partir de materia prima local. Con la creación del Mercado Común del Sur (Mercosur) en 1991, la producción nacional de azúcar comenzó a competir con la de Brasil, hecho que obligó a las empresas a transitar por procesos de reconversión. Cabe señalar que desde mediados de siglo XX y hasta la conformación del Mercosur, este sector gozó de un crecimiento sostenido promovido por políticas proteccionistas (Correa, 1995). Es así que en 1993 Azucarlito sustituye la producción a partir de materia prima local por el refinamiento de azúcar crudo importado. La empresa se anticipó en cierta medida a los cambios en la política económica, puesto que en 1978 inició una fase de diversificación en los dos rubros mencionados: citricultura y forestación. Un año después, en 1979, las perspectivas de reconversión cristalizaron en las primeras inversiones y en 1985 cobró forma definitiva el proyecto agroindustrial exportador de Azucitrus, que desde entonces integra el Grupo Azucarlito. En 1988 se inauguraron las plantas de empaque y jugos en la ciudad de Paysandú. La explotación forestal cesó en 1991, volcándose a partir de entonces enteramente a la explotación citrícola<sup>30</sup>. Asimismo, otras compañías de este rubro también comenzaron a operar en la zona, como El Repecho S.A. y Las Acacias S.A.

Cuando se gesta Azucitrus la citricultura como actividad agropecuaria no era nueva en el país. A comienzos del siglo XX el río Uruguay ya constituía una vía de circulación de cítricos proveniente de ambas márgenes del litoral para su comercialización internacional; Buenos Aires era el centro desde donde se distribuía a otros países. A partir de los años treinta, con los cambios introducidos en la estructura del mercado, Uruguay limitó su producción al abastecimiento local (Ruffier, 2005). Dos décadas más tarde, al amparo de las políticas del Estado de bienestar, el mercado volverá a extenderse más allá de las fronteras nacionales (ibíd.).

El terreno donde se construye Gallinal forma parte de las tierras adquiridas por Azucitrus para el desarrollo de sus plantaciones de citrus; esa era la función que originalmente se proyectó para ese lugar. Sin embargo, las estimaciones de crecimiento de este negocio hicieron ver la necesidad de disponer de mano de

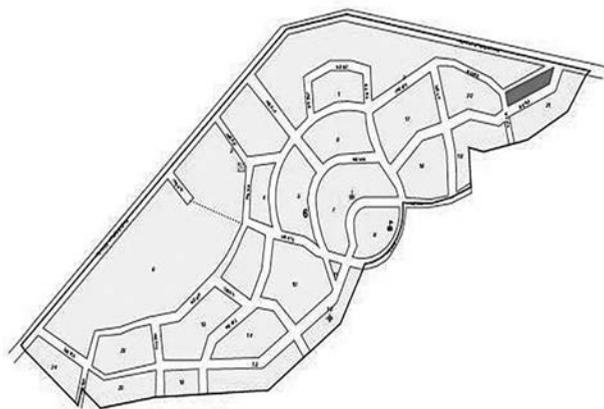
29 La creación de centros poblados a partir del desarrollo de industrias no es un fenómeno nuevo ni exclusivo de Uruguay y ya ha sido documentado. En su etnografía sobre jóvenes de clase obrera, Paul Willis (1988) investigó en una pequeña localidad en Inglaterra cuya población creció de manera súbita durante la revolución industrial. El desarrollo de una industria de fundición de metal, a mediados del siglo XVIII, transformó el lugar de una pequeña aldea a una ciudad de residencia del proletariado industrial. El proceso de asentamiento ya no en las proximidades, sino en el terreno de la propia industria, dando lugar a una configuración que unifica fábrica y villa obrera, fue tratado por José Sergio Leite Lopes (2011 [1976]) en su etnografía sobre los obreros del azúcar, en la llamada *Zona da Mata de Pernambuco*.

30 Datos tomados de <<http://www.azucarlito.com/empresa.html>>.

obra próxima a las plantaciones, y así cobra fuerza la idea de fundar un pueblo. Los poblados y parajes de la zona como Cerro Chato, Puntas de Buricayupí y Tres Bocas nutrieron al emprendimiento de la fuerza de trabajo requerida en los comienzos, pero el proyecto siguió creciendo:

«[...] como eran pueblos muy chiquitos, mucho menos de lo que son ahora, no brindaban toda la mano de obra necesaria, y así fue en el 86, 87 el proyecto estaba andando prácticamente como se pensaba que iba a andar y Azucitrus dona un predio que inicialmente iba a estar destinado a plantación de citrus, por eso si tú visitas Gallinal vas a ver que todas las calles son curvas, porque ese predio había sido forestado en curvas de nivel porque el citrus se plantaba en aquel entonces en curvas de nivel con hileras de eucaliptos como cortinas para romper los vientos que había en la zona» (Roberto, empleado de Azucitrus).

Imagen 7. Las calles curvas son un rasgo característico de Pueblo Gallinal que lo distingue de otros poblados con viviendas MEVIR donde prima una estructura en cuadrícula



Fuente: Instituto Nacional de Estadística

El crecimiento de esta agroindustria durante los noventa trajo la necesidad de contratar personal extra para los períodos de zafra. Al desarrollarse las plantaciones y adquirir el rubro posicionamiento en las exportaciones, el contingente poblacional de *zafrales*<sup>31</sup> cobró notoriedad; ya no era suficiente el personal efectivo para las actividades de cosecha y para sustentar la adaptación de la producción nacional al mercado internacional. Este punto es de especial interés por sus implicancias para la trama social de Gallinal, cuyos habitantes comienzan a relacionarse con una población masculina en su totalidad, ya no de la zona sino de otras partes del departamento y del país. Retomaré este tema en el capítulo 4.

31 Denominación nativa que reciben las personas que se emplean de forma temporaria, en los períodos de zafra.

Se dona predio a MEVIR, que para entonces se encontraba en pleno auge. La intervención de MEVIR en territorio está pautada por distintas etapas que van desde una investigación territorial, difusión de los llamados y selección de las familias beneficiarias, la obra y adjudicación de las viviendas, y una posterior etapa de evaluación y seguimiento.

Elena, una de las asistentes sociales que participó en este proceso recordaba:

«[...] fuimos otra asistente social, un arquitecto y yo y mantuvimos entrevistas con la gente que estaba en la empresa Azucitrus que se estaba instalando y alguna otra empresa que andaba en la vuelta, tuvimos entrevistas con los vecinos, fue como una primera aproximación para traer insumos para la decisión política de MEVIR y después de un par de años se decidió hacerlo [...] Estaba la duda de dónde asentar la comunidad y había demandas que llegaban pero ninguno de los pueblos estaban muy conformado [...] Tenía sentido fortalecer una de las localidades, Cerro Chato era un pueblito que ya se estaba desarmando en aquellos años, que no tenía perspectivas de crecimiento y en todo caso las fuentes de trabajo eran las mismas que las de Gallinal, entonces en una distancia tan corta más vale fortalecer un lugar, pero eso es una discusión no saldada, si hacemos fuerza para que un pueblo no se desarticule y fortalecemos otro».

La alusión a Cerro Chato es importante pues es la localidad de mayor población más próxima a Gallinal, con la cual mantienen un vínculo constante. Hacia mediados de los ochenta cuando se realizan estas exploraciones en territorio, la población de Cerro Chato se encontraba en franco descenso, de ahí que se pensara que iba a desaparecer. Según los datos censales pasó de contar con 464 habitantes en 1963, a 296 en 1985. En 2004 tuvo un aumento leve, alcanzando los 360, pero en 2011 había disminuido nuevamente a 333<sup>32</sup>. Dos planes de viviendas de MEVIR posteriores a los primeros concretados en Gallinal pueden explicar el tímido incremento poblacional en la primera década de los dos mil, pero la explicación es parcial pues para que se construya un plan de viviendas debe existir una demanda previa, o pruebas de que habrá destinatarios. Al iniciarse la construcción de Gallinal sobre fines de los ochenta, Cerro Chato se hallaba en el momento más álgido de abandono poblacional y Azucitrus ya estaba funcionando; por lo que no deja de ser llamativo, encontrándose esta localidad tan solo unos kilómetros más distante de las plantaciones de lo que estaría Gallinal, que se confía en que aparecería población con el deseo de asentarse en la zona.

Sin duda, la decisión de fundar un pueblo tuvo su cuota de osadía, pues no se trata únicamente de construir viviendas, también se demandan servicios y esto implica la intervención de otras instituciones; pero estuvo respaldada por las proyecciones de acumulación de capital en el rubro de la agroindustria citrícola y, más tarde, de la forestal. Además, MEVIR proveía la ingeniería, organización y materiales necesarios para comenzar la construcción desde el punto cero; se

32 Datos tomados de: <<http://www.ine.gub.uy/>>.

emprendía un proyecto nuevo, pero estudiado. Con un mercado auspicioso y una política de vivienda que se robustecía, el maridaje resultó efectivo.

Con la decisión tomada se desata en la zona una fuerte movilización que se suma a la intensidad que estaba adquiriendo el citrus:

«[...] cuando empezó el tema de la vivienda fue una revolución en la zona, porque de ver solo campo, ir como yo te digo a la ruta a caballo para ir a Paysandú, empezaron las viviendas y camiones que traían ladrillos, que MEVIR empezó y no decía ‘no va camión porque no hay ladrillo’, no, cuando empezó la vivienda aquello era... arena y pedregullo» (Pedro, poblador de Gallinal).

Los relatos están cargados de imágenes que aluden a la transformación de los usos del tiempo, actividades y del entorno. Fue en este sentido una transformación recíproca:

«[...] todo esto era un pajonal... empezamos a construir las viviendas, los primeros pasos que dimos fue de medir los terrenos, íbamos formando grupos para ir trabajando, ‘tal fecha te toca a vos’, íbamos como haciendo horas de banco se decía en aquel tiempo, en el 87 empezamos a medir los terrenos y los caminos, a fraccionar los terrenos y ya en junio-julio del 87 aparece el famoso galpón de acopio que se hizo allá arriba donde es el salón multiuso (Jorge, poblador de Gallinal).

Varias de las familias jóvenes que fundan el pueblo ya estaban trabajando en Azucitrus y encontraron aquí la posibilidad de obtener una vivienda propia, con perspectivas de trabajo estable. Así, Gallinal adquiere una impronta de «lo familiar» particular y significativa. Luis, que estuvo entre los primeros pobladores hacía memoria:

«había solamente una señora jubilada, dos de sesenta años y después todos matrimonios jóvenes de treinta y tres, treinta y cuatro años, de veinticuatro otros, recién casados, familias que nos trasladamos».

Trabajo y familia constituyen una dupla de valores y prácticas que sintetiza la sensibilidad generalizada de esos inicios y que toma una dinámica de reciprocidad: se trabaja «para la familia» y la reproducción de la familia hace a la necesidad del trabajo. Esta dupla produce una matriz moral desde la cual los pobladores fundacionales actúan y valoran su vida y la de otros (sus padres, sus hijos, los trabajadores zafrales). Es una matriz heredada de las generaciones anteriores pero que se exagera en el contexto de emergencia agroindustrial, que privilegia la productividad. La correspondencia entre acumulación del capital y familia nuclear tradicional (léase: grupo social signado por la norma heterosexual y la división del trabajo por sexo) marca este lugar, como ya lo ha señalado con lucidez Silvia Federici (2013) para otros contextos.

El acontecimiento de la fundación del pueblo no es lo suficientemente lejano como para constituir un relato mítico, pero sí es una experiencia que

corresponde a una generación y, así, es un relato que se transmite y actualiza entre una generación y otra. En este sentido puede decirse que los valores implicados en ese relato contienen una eficacia simbólica (Lévi-Strauss, 1995 [1958]) que regula el comportamiento de los sujetos. Asimismo, aunque la (in)corporación de valores<sup>33</sup> procure la reproducción de las prácticas, también se forjan cambios, pues, como intentaré mostrar, ni las familias ni el trabajo se mantienen exactamente iguales con el paso del tiempo, ni los hijos de los pobladores fundacionales tienen las mismas expectativas que sus padres, si bien aparecen puntos de coincidencia. Siguiendo a Sahlins<sup>34</sup>:

la transformación de una cultura es uno de los modos de su reproducción [...] [y] en la acción o en el mundo —técnicamente, en los actos de referencia— las categorías culturales adquieren nuevos valores funcionales. Cargados con el mundo los significados culturales son por lo tanto alterados. Se deduce que las relaciones entre las categorías cambian: la estructura se transforma (Sahlins, 1997 [1985]: 130-131).

La sensibilidad por lo familiar aparece, por ejemplo, en la preocupación por contar con un centro educativo. De concretarse, se evitaría tener que llevar a los niños a otro lugar —la escuela más cercana se encontraba en Tres Bocas—<sup>35</sup> pero, principalmente, no se los expondría a los riesgos de un camino intensamente transitado por camiones y maquinaria. Mariela y Jorge, un matrimonio joven en aquellos años, y que conocían al detalle estos riesgos por recorrer en moto el camino a diario, narraban como un logro de los padres la construcción de la escuela:

«[...] nosotros que estábamos más o menos empapados en el tema de Azucitrus, [sabíamos que] la idea de don Carlos Fraschini<sup>36</sup> era que iba a haber un promedio de 70 u 80 camiones viajando en el día, sacando fruta, entrando y saliendo, entonces [...] en un viaje que hizo me llamó y me dice ‘¿cuál es la inquietud que tienen?’’, le digo la inquietud de nosotros es el problema de los gurises viajar 5 kilómetros con el gran

33 La idea de (in)corporar valores busca subrayar la dimensión fenomenológica y performática. En acuerdo con Mauss, la noción de *persona* se configura en las culturas latinas (estoicos y romanos) pero será el cristianismo el que la dotará de carácter metafísico al hacer de ella un «hecho moral» (Mauss, 1979 [1950]: 327 y ss.). La dimensión moral, como aquí la entendemos, es cultural, no universal, y los valores son un atributo que se (in)corpora a los sujetos en sus corporalidades, estéticas y visiones del mundo.

34 Lévi-Strauss y Sahlins formularon teorías que difieren en su concepción de la estructura social. Para Lévi-Strauss «en relación con el acontecimiento o la anécdota, estas estructuras —o para ser más exactos, estas leyes de estructura— son verdaderamente intemporales [...] son las mismas para todos y para todas las materias a las cuales se aplica la función» (1995: 225-227). Sahlins critica la oposición entre historia y estructura, considerándola una visión occidental que no encuentra fundamento universal; propone, en cambio, que la estructura es en sí misma histórica (1997: 134-135).

35 Algunos entrevistados dicen que la distancia entre Gallinal y Tres Bocas es de 5 km, otros señalan que es de 8 km.

36 Carlos María Fraschini presidió el primer directorio de Azucarlito y ocupó ese cargo de forma ininterrumpida hasta 1993. Carlos Fraschini hijo es el actual presidente de dicho directorio.

tránsito de camiones que va a haber; nosotros lo que queremos es que MEVIR haga una escuela, no sé si el ciclo completo de primero a sexto o por lo menos tres clases para los gurises más chicos; dice ‘bueno... yo voy a ir a Montevideo y le voy a plantear a don Alberto Gallinal’, que era el presidente del directorio de MEVIR, y a los quince, veinte días nos llega una carta de que sí, que se había aprobado el proyecto y que la escuela iba a ser la 110, porque era la escuela 110 que hacía MEVIR» (Jorge, poblador de Gallinal).

Imagen 8. Actividad en el Centro Educativo Integrado



Fuente: Blog de Pueblo Gallinal <[www.gallinaldigital.blogspot.com](http://www.gallinaldigital.blogspot.com)>

Además, reunir en un mismo espacio los hogares y la institución educativa generaba desplazamientos importantes en las relaciones familiares, como permanecer viviendo juntos padres, madres e hijos, situación que previamente había cobrado otra organización. Azucitrus comenzó a ofrecer puestos de trabajo a las mujeres de la zona; a su vez, como el lugar de trabajo implicaba desplazarse varios kilómetros y los horarios no permitían llevar y traer los niños a la escuela, algunos matrimonios dejaban sus hijos con familiares que vivían en lugares cercanos durante los días de trabajo, y se reunían con ellos los fines de semana. El ingreso de mujeres como asalariadas<sup>37</sup> en el medio rural no es un hecho menor, es indicio de la influencia de las dinámicas de mercado sobre las relaciones familiares y de género, y tiene efectos también en la redistribución de los cuidados y los vínculos intergeneracionales. Es un cambio que trae repercusiones sobre la matriz moral de familia y trabajo que se sostiene en una división tajante del trabajo (remunerado y no remunerado) por sexo, pero que lejos de desbaratarla termina por afirmarla, pues al reorganizarse, los cuidados pasan a ser asumidos

37 Para profundizar sobre relaciones de género en el trabajo asalariado rural, en particular en la industria citrícola, se sugiere ir al aporte de Rodríguez (2014).

por otras mujeres de la familia y porque las tareas que les ofrecían a ellas eran consideradas de manera implícita «para mujeres», como las labores del vivero. Cuando a Mariela se le presentó la oportunidad de ingresar a trabajar en el vivero de Azucitrus, Jorge le dijo «¿qué vas a hacer?, porque yo no la puedo cuidar», refiriéndose a la hija de ambos, a lo que ella respondió «voy a hablar con la tía, capaz se anima a cuidármela y yo le pago».

El período de construcción de las viviendas fue particularmente intenso pues tenían que dedicar horas a la obra; eran tiempos de expectativas y exigencias que requirieron esfuerzos familiares organizados. El primer plan —y así el pueblo— se inauguró el 27 de enero del 1990. Contó con 50 viviendas, un salón comunal y la escuela; no había por entonces luz eléctrica ni agua corriente, servicios que se adquirirán luego de unos dos años. La recolección de residuos la realizó durante algunos años un señor con una carreta hasta que fue sustituida por los servicios de la intendencia; luego de su fallecimiento la carreta se transformó en un monumento en homenaje a su labor y para recordar las circunstancias de aquellos primeros años. Gallinal es la forma coloquial que emplean para referirse al pueblo, pero su nombre completo es «Dr. Alberto Gallinal Heber», adoptado en homenaje al impulsor de MEVIR y figura política del Partido Nacional.

Imagen 9. La carreta con la que se realizaba la recolección de la basura en los primeros años ubicada como monumento en plaza del pueblo



Fuente: Blog de Pueblo Gallinal <[www.gallinaldigital.blogspot.com](http://www.gallinaldigital.blogspot.com)>

El negocio de *la naranja*<sup>38</sup> demandaba cada vez más fuerza de trabajo, por lo que casi de inmediato se proyectó la edificación de nuevos planes. Es así que en 1995 finaliza la construcción del segundo plan que constó de 74 nuevas viviendas, un destacamento policial, un juzgado y una policlínica y, tan solo un año más tarde, en 1996, se inauguró el tercer plan que sumó otras 55 viviendas, una

38 Al igual que *la forestación*, que alude a la industria forestal, la *naranja* es la denominación nativa que refiere a la industria cítrica. A lo largo del texto estas denominaciones aparecerán resaltadas en cursiva.

capilla y otras tres construcciones. El cuarto y último plan hasta la fecha tardará algunos años; fue inaugurado en 2009 y el número de viviendas fue menor, tan solo 35, además de un CAIF y cuatro unidades productivas (MEVIR, 2014). El ritmo de edificación del pueblo es reflejo de la evolución poblacional que promovió el negocio del citrus: tuvo un fuerte impulso en los primeros años y un crecimiento desacelerado en los últimos. En 1996 había en Gallinal 472 habitantes, en 2004 ascendía a 655 y en 2011 a 700 (ibíd.); esto quiere decir que más de la mitad de sus habitantes llegó al pueblo en los primeros seis años desde la inauguración del primer plan, en tanto que la porción restante arribó en los siguientes quince. Entre 2014 y 2015, mientras realicé el trabajo de campo, la situación era prácticamente la misma que en 2011, pauta de cierto estancamiento productivo de la *naranja* en los últimos años que se refleja en la población; esta no crece, pero la trama entre generaciones se transforma con el transcurso del tiempo.

Al inaugurarse el cuarto plan, un grupo inició gestiones solicitando la construcción de nuevas viviendas para atender las necesidades de una creciente población juvenil, hijos/as de los pobladores fundacionales que permanecía viviendo junto a sus padres, pero que deseaba una vivienda propia. La directiva de MEVIR desestimó esta demanda a pesar de ser elevada en distintas instancias. Volveré sobre este punto más adelante en este capítulo.

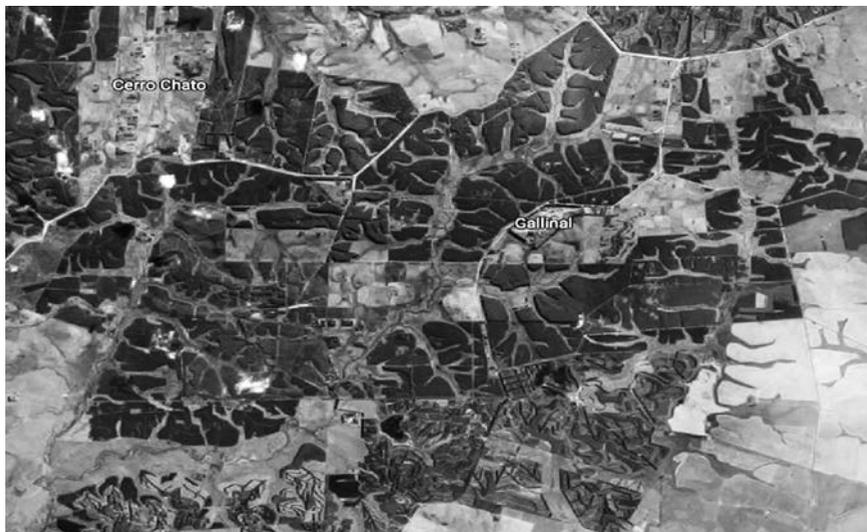
La industria forestal en la zona sigue un proceso más cercano en el tiempo y ocupa un lugar de menor destaque en las narraciones, puesto que no está relacionada a la creación del pueblo y demanda menor fuerza de trabajo. MEVIR, que fue un eslabón clave, aparece como el actor que condujo en términos pragmáticos el proyecto de Azucitrus. Difícilmente se pueda equiparar el peso simbólico de la empresa Azucitrus en las memorias de los gallinenses y el vuelco que significó en sus trayectorias vitales, pues se mudaban y adquirirían una vivienda que ellos edificaron; y a su vez, porque el auge de la citricultura supuso para muchos el ingreso a un trabajo que mantendrían durante años, incluso hasta jubilarse. No es extraño escuchar en el pueblo voces que se hacen eco de un discurso enunciado desde esta empresa y que versa: «nosotros trajimos el desarrollo a la zona».

La forestación prosperó en la primera década de los dos mil, cuando el pueblo ya estaba en pie y adquirió un impulso más notorio en años recientes, como parte de un crecimiento generalizado en distintas partes del país. Pedro, cuya vida se desarrolló por completo en la zona rural que comprende a Gallinal, recordaba que las primeras plantaciones las realizó la empresa Colombade y que más tarde apreció UPM-Forestal Oriental. Marcos, empleado de UPM aportó algunas precisiones:

«Forestal compró esos campos plantados, los plantó Colombade en su momento, que fue entre 2000 y 2003 [...] plantó pinos y eucaliptos grandes, después Forestal [entre] 2005-2007 creó esta región y ahí fue que compró los campos de esa empresa y a su vez adquirió nuevos campos, hubo un segundo empuje forestal que ahí fue muy importante en toda la vuelta de Gallinal».

El desarrollo de la forestal agudizó la tónica industrial y tecnológica que se plasmó en los campos de la zona. Montes de eucaliptos crecieron con celeridad acoplándose a la cadencia estética de las plantaciones de citrus.

Imagen 10. Detalle de la vista aérea en la zona que comprende a Gallinal y Cerro Chato. En la parte superior las plantaciones son principalmente de montes forestales; en la inferior y con menor extensión, de citrus. La diferencia estética entre las plantaciones es sutil



Fuente: Google Earth

Maquinaria de dimensiones inusitadas, con brazos y dientes mecanizados, sugieren una actividad agresiva, y un tránsito incesante de camiones de carga deja su huella en el paisaje sonoro y en los caminos y carreteras. El deteriorado estado de la ruta 26 es reflejo del empuje industrial conjunto de estas agroindustrias.

Decía Pedro:

«[...] de primero, me acuerdo bien, a la gente le cayó mal ese impacto de la forestación acá, y la gente decía ‘esos van a plantar todos los campos de montes’, porque se están terminando las estancias, pero seguro, viste que cambió todo el país, todo cambió».

Luis, de unos cincuenta años, me decía que «la forestal fue un viento que pasó». Evidentemente, la actividad forestal genera opiniones controversiales; el despliegue de plantaciones de árboles y la circulación de camiones y maquinaria le otorgan una fuerte visibilidad, pero requiere menos fuerza de trabajo, con lo cual la demanda no es comparable a lo que muchos vivieron en los tiempos de crecimiento pujante de la citricultura. A su vez, las dinámicas de trabajo son distintas: las empresas citrícolas contratan personal directamente y no es necesario, en general, contar con formación técnica o conocimientos específicos, se aprende en la práctica y a los cargos jerárquicos se accede por ascenso luego de

años de trabajo; la empresa forestal terceriza la mayor parte de sus actividades y solicita personal calificado para tareas específicas:

«Forestal [Oriental] contrata empresas y esas empresas hacen el trabajo y contratan gente donde ellos tengan su origen [...] han venido empresas de cosecha que van y se instalan, empresas de caminería que hay un par instaladas ahí, esa gente ya viene con sus empleados de donde sea [y] son básicamente empleados especializados, ya sea choferes de máquina, operadores de *Harvester* y de *Forwarder*<sup>39</sup> [...] la gente que generalmente contratan de Gallinal es gente con poca especialización, básicamente peones que se utilizan para las tareas de aplicación de herbicidas» (Marcos, empleado UPM).

Un aspecto que interesa observar es que, salvo excepciones, esta forma de contratación no permite el ingreso de trabajadores que vienen recomendados por sus padres, como en la citricultura, donde las generaciones adultas pueden negociar un lugar para sus hijos como parte de un vínculo no mediado por otras empresas. Además, la forestal representa un interés transnacional, en tanto la citricultura es significada como un emprendimiento local; esas son las percepciones más allá de las conexiones que cada una sostiene con capitales y accionistas del extranjero. Por último, se aprecia diferente el vínculo con la tierra. Para algunos la forestación tiene un sentido extractivista, talar es sinónimo de dañar, de arrancar; la fruta de citrus, en cambio, se recoge del árbol cuando está madura, en lo que simula un «ofrecimiento de la naturaleza».

Estos matices, sin embargo, no son lo suficientemente trascendentes como para generar más que opiniones, y no impiden que la población responda a los llamados laborales que la industria forestal difunde, o que ofrezcan algún servicio que le sea de utilidad. En Gallinal funcionan varios talleres mecánicos que reciben maquinaria y algunas personas arriendan viviendas a cuadrillas de trabajadores contratados para tareas del proceso forestal, si bien el arrendamiento no está permitido por la normativa de MEVIR<sup>40</sup>. Como decía Pedro, «cambió todo el país» y frente a esos cambios las personas ven la manera de adaptarse. Después de todo, es de común reconocimiento que los sueldos en la forestal son mejores que los de la *naranja* y que en esta última las tareas requieren mayor esfuerzo físico.

En definitiva, la gente busca prosperidad económica y más allá de la seducción que las narraciones expresaban al referirse al papel de Azucitrus en el origen del pueblo, se tiene conciencia de que el trabajo no solo es una actividad en la que se forjan amistades, conocimientos y posibilidades de sostener

39 Harvester y Forwarder son respectivamente cosechadoras de tala a longitud que cortan y trozan árboles, y vehículos que transportan los troncos hacia un lugar de aterrizaje.

40 En distintos momentos a lo largo del texto refiero a prácticas informales que no están contempladas en la normativa de MEVIR, por lo que hacerlas explícitas me colocó un interrogante ético. Finalmente decidí incluirlas entendiendo que hay un reconocimiento público de ellas, incluso por parte de MEVIR; en el pueblo, además, varias de estas prácticas no solo son toleradas, también se las considera legítimas.

económicamente una familia, sino que también es explotación de su fuerza de trabajo. En el contexto rural la relación capital-trabajo que plantea el empleo asalariado queda desnuda a los ojos; la vida de las personas se divide de forma rotunda entre el tiempo de trabajo y el tiempo de descanso, al no disponerse de espacios de recreación y consumo como los que puede ofrecer la ciudad.

El impacto de las agroindustrias cítrica y forestal en Gallinal y la zona es contundente: transformación del paisaje, de las actividades y sus tiempos, de la organización familiar, de la circulación poblacional, etc. La mediación institucional de MEVIR, que estuvo en la base de todo el proceso de conformación y expansión del poblado, sincronizó estas fuerzas pujantes (la de un contingente poblacional disperso que necesitaba un lugar donde asentarse y la de las agroindustrias). La presencia de esta política de vivienda en la zona y en el resto del país es digna de un estudio específico. El desarrollo productivo y el despliegue de esa ingeniería geográfica y social pueden considerarse como parte de un mismo proceso.

Un último comentario merece la pena antes de continuar al siguiente apartado: el marcado carácter androcéntrico de las narrativas del pueblo como de las transformaciones económico-productivas de la región. La perspectiva implícita es que los protagonistas del trabajo son los hombres, y el aporte cotidiano y constante de las mujeres en los cuidados y en los espacios domésticos se invisibiliza. Las actividades de los hombres emergen con facilidad en los relatos, mientras que las de las mujeres aparecen cuando hurgamos en los intersticios del discurso masculino. En nuestros intercambios ellas con frecuencia les cedían la palabra; en más de una ocasión las mujeres dijeron que era mejor entrevistar a sus maridos porque sabían más que ellas del asunto; ellos, por su parte, tomaban la palabra con celeridad. Asimismo, los interlocutores que encontré ocupando cargos jerárquicos en las empresas Azucitrus y UPM-Forestal Oriental fueron hombres, y la presencia de mujeres en la fase agrícola de una y otra agroindustria es mínima. Es un desafío, pero necesario, desarmar esta trama narrativa y hacer visible que como trabajadoras, cuidadoras, madres, pero al margen de los roles sociales, como mujeres, ellas tienen sus experiencias y memorias particulares y hacen parte fundamental de este engranaje productivo. Lo rural está fuertemente atravesado por lo androcéntrico-heteronormativo y alcanza también fenómenos relacionados, como la política de vivienda de MEVIR, que estructura su propuesta a partir de un constructo ideológico de familia tradicional. Es inevitable alertar sobre las conexiones entre ruralidad, desarrollo agroindustrial y jerarquías de género, asunto que también invita a un estudio a fondo<sup>41</sup>.

---

41 Algunas de estas ideas pertenecen al texto (inédito) «Pensamiento feminista y quehacer etnográfico: reflexiones a partir del caso de Pueblo Gallinal», que elaboré durante la maestría.

## De matrices, agroindustrias y etapas «neo»

La decisión de numerosas familias por asentarse en el incipiente y prometedo Gallinal, al igual que las maniobras empresariales desplegadas, no son un mero accidente o producto de la buena fortuna. Para comprenderse de manera cabal, se los ha de convocar en un contexto de desplazamientos políticos, sociales y económicos multilocales, nacionales y transnacionales. Siguiendo a Yamandú González Sierra observamos que:

la evolución histórica de la producción agropecuaria nacional se ha articulado y ha dado lugar a la conformación de distintas clases sociales. Sus diferencias conciernen a la relación con la propiedad de los medios de producción, al papel en el proceso de generación de los bienes producidos y a la forma de distribución de la riqueza obtenida (González Sierra, 1994: 23).

En otras palabras, el caso constituye una síntesis situada del proceso histórico de extensión y predominio de relaciones sociales capitalistas de producción en el escenario rural, donde se ensambla una burguesía agropecuaria industrializada y un conjunto de trabajadores asalariados.

Cuando comienza la reconversión de rubros de Azucarito y se crea Azucitrus, Uruguay se encontraba en plena la dictadura militar (1973-1985). Los países del Cono Sur atravesaban situaciones similares, lo que produjo un escenario regional de violación sistemática de los Derechos Humanos. En el plano de la política económica se ha tornado un lugar común señalar a modo de acoplamiento indisoluble, neoliberalismo, dictadura y crisis económica. Sin desestimar esta visión, algunas observaciones desde una lente de largo alcance son de orden.

Previo al golpe de Estado ya se consideraba que la economía experimentaba un estancamiento. En un artículo publicado en 1985, Danilo Astori arguyó que el origen de los problemas económicos más arraigados del país se hallaban en la paralización de la producción agropecuaria que tuvo lugar durante los años treinta. Esta situación, entiende el autor, tenía una raíz tecnológica debido a que no se renovaron lo suficiente los métodos de trabajo, acarreando dificultades como la imposibilidad de competir en el mercado internacional y de funcionar adecuadamente en el mercado interno (Astori, 1985: 125-126). Desde comienzos del siglo XX y hasta mediados de la década del cincuenta, Uruguay asumió una política de industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), y consolidó tempranamente un Estado de Bienestar (Fernández, 2002). Desde entonces y hasta los setenta, la tónica dominante será el «progresivo abandono de las políticas macroeconómicas neokeynesianas» (ibíd.: 403). Le sigue la crisis social y la ineficacia del aparato estatal para manipular la situación de desequilibrio económico.

En líneas generales esa es la antesala de la arremetida neoliberal que tendrá lugar durante el proceso dictatorial y en los años posteriores, escenario en el cual se gesta buena parte de las decisiones que harán de Gallinal un lugar en el mapa. Para el período dictatorial se han distinguido tres etapas. La primera abarca el

período 1974-1978 y se inicia con la aplicación del Plan Nacional de Desarrollo elaborado por la Oficina de Planeamiento y Presupuesto para un período de cinco años. Con este Plan se generó apertura económica con libertad de cambio de moneda extranjera; se favorecieron las inversiones y la circulación de activos financieros y se liberaron los precios. A partir de 1976 se inicia la llamada «dolarización» y se disminuyen los impuestos aduaneros. Entre 1978 y 1982 se desarrolla la segunda etapa, donde el modelo tiene su momento álgido de acumulación de capital y crecimiento del producto bruto interno, pero esto no se traduce en mejoras salariales; de hecho una de las disposiciones más salientes fue la contracción de salarios y jubilaciones. Su inicio está marcado por la implementación de «la tablita» o fijación del valor del dólar, medida que se quiebra en noviembre de 1982 con el consecuente «estallido de la crisis». Se disparó el valor del dólar y, asimismo, la deuda interna y externa. Entre 1973 y 1984 la deuda externa se septuplicó (Astori, 1985: 134). Fernández (2002: 403) señala que en este período la desaparición de predios agrícolas es de gran magnitud, arrasando a casi un 25 % de los existentes en 1970; pero, advierte el autor, «ya antes de la crisis de la deuda, habían desaparecido unas 9000 explotaciones» (ibíd.), ponderando así las consecuencias que se atribuyen a la crisis financiera. La fase recesiva (o tercera etapa) se extiende entre 1982 y 1984. La reactivación fue tardía y gradual y las condiciones internacionales no propiciaban lo contrario (Antía, 2009). Transcurrían los años de la transición democrática y el complejo clima político tampoco coadyuvó en la aceleración de este proceso.

La industria cítrica vivió cambios durante esos años. En diciembre de 1970 se aprobó la Ley N.º 13 930 que reglamentaba el Plan de Mejoramiento y Extensión Cítrica, el cual tuvo entre sus principales cometidos el incremento de la producción de las plantaciones mediante la promoción de técnicas adecuadas de manejo, poda, sanidad, fertilización, riego, cosecha, empaque y comercialización de los productos cítricos; la introducción, selección y difusión de material genético de alta productividad; y la preparación y ejecución de Planes decadenarios para la expansión del área cítrica (Artículo 1, Ley N.º 13 930). Poco más de dos decenios después, en 1992, se aprobó y reglamentó la Ley N.º 16 332 a través de la cual se creaba un Fondo de Apoyo a la Citricultura. El aumento de la exportación (en miles de dólares) es notable, pasando de 8154 en el período 1977-1979, a 20 704 en 1986-1988 y 54 063 en 1995-1996 (Piñeiro, 1998a, citado por Tubío, 2001: 14).

El incentivo a la actividad forestal está delineado por dos mojones normativos. El primero es el que marca la Ley N.º 13 723 de Promoción Forestal de 1968. Aquí el objetivo principal fue abastecer la demanda interna de madera para su uso como combustible; también aumentó la industria papelera local y se promovieron estrategias como inversión de ahorro (Piñeiro y Carámbula, 2006: 66-67). A partir de 1987 con la aprobación de la Ley Forestal N.º 15 939, se inicia una segunda fase donde queda claramente establecido el interés por incrementar y mejorar la producción de este rubro. Se persigue el cometido de promover las plantaciones

artificiales para uso industrial y proteger el monte nativo (ibíd.). Con este marco, «el área forestada en Uruguay se multiplica más de 15 veces en el período 1988-2005» (Riella y Ramírez, 2008: 86).

Tubío (2001: 12) menciona que la década del setenta es un período clave en lo que hace al apuntalamiento de los rubros ligados a las cadenas agroindustriales; estos recibieron fuerte apoyo estatal como acciones de una política destinada a fomentar las exportaciones no tradicionales. Las medidas de desregulación y desprotección que cobran impulso por entonces favorecerán el crecimiento de algunos sectores agropecuarios como el citrus, el arroz, la lechería, la soja, la cebada y, posteriormente, la forestación (Piñeiro, 2005; Tubío, 2001). Estos no son tan solo desplazamientos de tipos de exportaciones o cifras de productividad. Detrás de las categorizaciones conceptuales y estadísticas está la tierra, los animales y están las personas que dedican su tiempo vital a forjarse recíprocamente. Ellos son la energía transformándose en «economía», «mercado», «consumo». La síntesis entre política económica e innovaciones técnicas ha conducido a la disminución de la fuerza de trabajo, aumento de la productividad, concentración de la propiedad de la tierra y expulsión de productores agrarios familiares. En suma, se ha profundizado el desarrollo capitalista en el medio rural (Piñeiro, 2001b).

Los últimos quince años luego del retorno a la democracia (1985-2000) estuvieron caracterizados por el aumento de la apertura económica. Fernández (2002: 403) subraya que «la nueva estructura agraria está medianamente estabilizada antes de iniciarse el proceso de integración regional Mercosur, de nueva liberalización comercial, desindustrialización, y de reestructura del Estado». Los cambios en la estructura agraria barrerán a los actores más débiles (los productores familiares) que habían adquirido impulso en la primera mitad del siglo con el modelo ISI, pero no afectarán a los terratenientes, a pesar de los efectos financieros de la crisis de 1982 (ibíd.: 406). Bajo este marco se comprende con mayor nitidez el despoblamiento que por esos años azotó la zona rural donde se emplazaría más tarde Gallinal (recordemos el caso de Cerro Chato). Con anterioridad a que Azucitrus comenzara a dibujarse como un proyecto a largo plazo, hacia mediados de los setenta, allí se extendían cultivos de productores familiares, por lo que es probable que la población se haya movilizado hacia otros lugares en busca de estabilidad económica.

El «campo», sin embargo, nunca queda sin dueños. La dramática reducción de la tenencia de la tierra de los pequeños productores está acompañada por la capitalización de nuevos actores que ingresan el terreno agrario desplegando una impronta industrial: «He aquí la emergencia de los complejos agroindustriales (CAI)» (ibíd.: 407). Cambian también las pautas de circulación de población y lugares de residencia. La disminución de la población residente en establecimientos agropecuarios fue de 6000 personas entre 1951 y 1990 (ibíd.: 408). Un aspecto pertinente identificado por Fernández es que esta disminución se inicia de forma previa al período de concentración de la tierra, de ahí que haya que identificar otros factores que esclarezcan el fenómeno. Para este autor, una

explicación posible para las décadas del cincuenta y sesenta sería la atracción hacia la ciudad, ya sea por la búsqueda de trabajos mejor pagos en el sector industrial o de servicios, o por la calidad de vida. Su apunte es valioso para este trabajo puesto que coloca en escena a un conjunto de *otros* y *otras* que, con frecuencia, quedan imperceptibles tras la figura del «trabajador rural»; hablamos de las esposas e hijos:

A partir de 1970 la emigración cambiaría de sentido correspondiendo más directamente a la concentración y la desaparición de predios. Si esto es así, podría pensarse que hay diferencias etarias en la población que emigra antes y después de 1970. Habría pasado de ser emigración de fuerza laboral a una emigración de familias enteras, es decir, matrimonios con sus hijos pequeños. Como evidencia indirecta de esta hipótesis, se puede observar la evolución de la matrícula escolar rural [...]. Allí se observa que hasta 1970 no hay prácticamente cambios en el número de alumnos matriculados. Tal vez esto pueda deberse a un incremento sostenido de la cobertura rural, pero es más plausible sostener que hasta ese año seguía habiendo niños en el campo. En cambio, en 1980 ya se registraba una caída de 22 % que para 1999 ha llegado a ser de 60 % de los alumnos existentes en el comienzo del período. Resulta más significativo aún que las políticas educativas no previeron componentes especiales de educación media para el medio rural hasta el retorno a la democracia. Es en ese momento donde surge un debate intenso pero breve sobre propuestas de ruralizar la educación media con base en el argumento de que los jóvenes emigraban porque queriendo seguir sus estudios medios, no encontraban una oferta adecuada en el campo. Es así que en los últimos quince años se constituyen las Escuelas Agrarias de Alternancia (1987), los Liceos Rurales (1991), los Centros Educativos Integrados (1994) y los cursos de 7.º a 9.º grado en las Escuelas Primarias Rurales pluridocentes (1998) (ibíd.: 410).

Está claro que el factor trabajo es determinante en la vida de los sujetos insertos de manera inevitable en el engranaje capitalista. Pero vale la pena observar la complejidad de variables que operan sobre los comportamientos y decisiones individuales y familiares. El desarrollo del sistema educativo en el contexto rural y la multiplicación de las viviendas MEVIR no son fenómenos menores a la hora de analizar el grupo familiar y el devenir de las trayectorias generacionales, y han de ser sopesados en conjunto. Para el caso que nos convoca la «promesa» de la citricultura impulsó el reasentamiento de familias provenientes de espacios urbanos y rurales en un pueblo nuevo, que creció en forma sostenida durante los noventa, pero que se desaceleró desde el dos mil en adelante. Algunos de los hijos de los pobladores fundacionales comienzan a elegir mudarse a la ciudad. En este tablero una ficha específica es la que juegan los asalariados zafrales, grupo que impregna el territorio de características específicas.

La fase agraria de la forestación no trajo una demanda de fuerza de trabajo tan notoria como lo hizo la *naranja*, al menos en el caso de Paysandú. Es desde esa óptica que fue, como dijo Luis, «un viento que pasó». No puede decirse lo mismo al reparar en la intervención que viene teniendo en la «matriz productiva» y en la «matriz ecológica». Solo en Paysandú había en 2004 136 880 hectáreas

forestadas (MGAP, 2006), siendo el tercer departamento con mayor superficie forestada del país<sup>42</sup>. Asimismo, la creciente presencia de empresas transnacionales con estándares de eficiencia ya aceptados en su funcionamiento empujó la concreción de cambios en las modalidades de contratación como la tercerización laboral. Esta modalidad convoca a trabajadores que no son necesariamente pobladores de las zonas con presencia forestal. Además, flexibiliza los procesos de trabajo, externaliza costos de producción y maximiza la extracción de plus valor (Piñero y Fernández, 2013: 146). Si en algo coinciden las dos actividades revisadas, es en que producen impacto.

Los cambios del agro local mantienen conexiones con procesos macroeconómicos transnacionales<sup>43</sup>. En esta dirección, la literatura de las últimas décadas ha insistido con respecto a que se transicionó hacia una «nueva ruralidad»<sup>44</sup>, industrialización, globalización y neoliberalismo mediante. En el marco de estos cambios, América Latina exhibe una imagen donde se eslabona firmemente riqueza y desigualdad, producción de materia prima y subdesarrollo, tecnologías tradicionales y modernas. El funcionamiento de los CAI ofrece un ejemplo contemporáneo de esta situación y son una pieza clave a la hora de comprender un punto que distintos investigadores sobre lo rural enfatizan para el caso uruguayo: la estrecha conexión entre lo rural y lo urbano, debido a la circulación de población (y las modalidades de hacerlo) que promueven. El caso de Gallinal y su entorno, que ubica en el contexto rural a familias de diversas procedencias y mantiene en permanente circulación la «población flotante» de los zafrales de la *naranja* y la forestación, sirve para ilustrarlo.

La línea del tiempo que buscamos trazar no concluye al promediar el siglo. Si hasta entonces se sientan las bases económicas y sociales que permitirán armar este escenario, del 2000 en adelante se afianzan tendencias que conviene tener en cuenta en tanto repercuten en la vida de sus habitantes, jóvenes y adultos.

---

42 Por debajo de Tacuarembó con 211 576 hectáreas, y Rivera con 181 196 hectáreas (MGAP, 2006).

43 Creo pertinente aclarar, volviendo a Latour, cómo se entiende aquí una díada conceptual de uso extendido en la literatura académica contemporánea: lo local y lo global. Dice Latour que las estructuras globales se fabrican en sitios locales y así «lo macro ya no describe un sitio más *ancho* o más *grande* en el que lo micro quedaría inserto como una muñeca Matrioshka rusa, sino otro lugar igualmente local, igualmente micro, que está *conectado* con muchos otros a través de algún medio que transporta tipos específicos de rastros. No puede decirse que un lugar sea más grande que cualquier otro lugar, pero sí que algunos se benefician de contar con conexiones mucho más seguras con muchos *más* lugares que otros» (Latour, 2008: 253, énfasis del autor). Desde esta perspectiva lo «local» y lo «global» siempre han existido bajo manifestaciones múltiples y cambiantes y denotan relaciones de poder; lo que ocurre es que en el contexto de la globalización nos resultan más evidentes que en otras épocas.

44 No me explayaré sobre la llamada «nueva ruralidad» en América Latina por no ser el asunto medular de este trabajo. La bibliografía disponible es abundante; para ampliar se sugiere consultar, entre otros, a Bengoa (2003, 2014), De Grammont (2004), Giarraca et ál. (2001), Kay (2007, 2009).

Santos, Narbono, Oyhantçabal y Gutiérrez (2013) sostienen que Uruguay se encuentra en una nueva etapa de acumulación del modelo neoliberal, llamada «neodesarrollismo». El neodesarrollismo se define como «la fase capitalista donde la hegemonía económica está en manos del capital financiero» (ibíd.) y se diferencia del modelo que se aplicó durante la dictadura y los posteriores gobiernos de derecha al menos en tres planos: el papel del Estado, la relación gobierno-movimiento popular y la correlación de fuerzas entre clases sociales (ibíd.: 14). De acuerdo a los autores, el neodesarrollismo se despliega en el país a partir del primer gobierno del Frente Amplio, en 2005. Las manifestaciones salientes de esta fase se resumen en: la profundización del régimen de acumulación favorable al capital transnacional; el establecimiento de un modelo de regulación social sustentado en el incremento de derechos y políticas sociales compensatorias; la adquisición de legitimidad social basada en avances socioeconómicos coyunturales; la reproducción y profundización de los principales problemas estructurales —la desigualdad y la dependencia—; el fin del ciclo de luchas contra el neoliberalismo, con paso hacia un consenso liberal progresista que obstaculiza la configuración de un nuevo ciclo de lucha; y un escenario de conflictos sociales que sigue respondiendo a la lógica dual de la acumulación capitalista: reproducción ampliada y acumulación por desposesión (ibíd.: 15-26).

Estos lineamientos generales se expresan en mayor o menor medida en aspectos puntuales en Gallinal. De un lado, la citricultura se ha mantenido estable en sus ritmos de producción; del otro, la forestación no ha cesado de incrementar su productividad. En Gallinal, a poco más de 25 años de su creación, la tónica de la trama social está lejos de ser la de aquella efervescencia sugestiva que daba para imaginar «desarrollo». La red creció y (re)territorializó el espacio, ahora funcionan en acitada articulación; la tierra y la acción humana se agencian dando lugar a un estado de la matriz. Luego de la escuela se avanzó a un Centro Educativo Integrado; en años más recientes se instala un Centro MEC y el destacamento policial se reestructura como seccional. Ambas industrias se ciñen a la normativa sobre empleo juvenil, surgiendo nuevos mojonos a los que la red social se acopla; el valor del trabajo sigue impregnando las subjetividades, pero empieza a encontrar estos condicionantes que vienen «desde arriba».

Los pobladores que vivieron el proceso de Gallinal desde su origen al presente perciben los cambios de ritmo, se preocupan y especulan sobre el porvenir de sus hijas, hijos y nietos: ¿han de quedarse y trabajar como lo hicimos nosotros?, ¿han de buscar distintos horizontes?, ¿acaso surgirá otra Azucitrus alguna vez? La reflexión a futuro suscita visitar las memorias y experiencias del pasado: «lo que le falta al pueblo, para que dentro de veinte años no quede un pueblo fantasma, es más desarrollo, más actividad, otra cosa que se le pueda dar a los jóvenes», me decía Jorge con tono meditativo. En este transcurso tal vez Gallinal ya haya devenido o esté deviniendo pueblo adulto.

## Un hogar MEVIR

La vivienda rural o, mejor dicho, las políticas de la convivencia, de la intimidad y de lo cotidiano dentro del hogar rural contemporáneo como en su vínculo con el medio, es una cuestión pendiente en la producción académica nacional. Ya vimos que los antecedentes han privilegiado lo que atañe a lo laboral. Distintos trabajos antropológicos han arrojado luz sobre las relaciones entre viviendas y formas de convivir, entre ellos Abín (2014, 2016), Álvarez (2013), Fraiman y Rossal (2009) y Romero (2003), pero se trata sobre todo de abordajes en contextos urbanos. También hay algunos antecedentes sobre las políticas habitacionales en Uruguay (Aristondo, 2005; Barenboim y Cardenas, 2010; Di Paula, 2007), destacándose desde una perspectiva de ordenamiento territorial, el reciente estudio sobre vivienda rural nucleada de MEVIR de Venturini (2017). La dispersión de los estudios indica que desde la antropología como desde otras disciplinas, los aportes en este sentido resultarían oportunos. Mientras tanto, allá afuera, transcurre la vida de *otras y otros*.

Las noticias sobre MEVIR no son una rareza. Cada tanto escuchamos o leemos en los medios que fueron entregadas viviendas, que se proyectan nuevos planes o que se llama a interesados; sin embargo, quizás no dimensionamos la magnitud de su intervención territorial y su incidencia en la construcción de configuraciones sociales específicas. MEVIR es una persona pública de derecho privado, es decir, una institución privada que maneja fondos proporcionados por el Estado destinados a una política de vivienda específica. Surge en 1967 —Ley de Presupuesto Nacional N.º 13 640—, con el cometido de mejorar las condiciones habitacionales de la población rural en general, si bien su nombre alude a un particular: el trabajador rural.

Es importante notar que, en un momento histórico signado por la agitación social (en particular cabe mencionar la movilización de los trabajadores cañeros de Artigas reclamando una reforma agraria [Curbelo, 2015; Merenson, 2010]), esta institución emerge del lado del poder y aparentemente sin un vínculo con ese fenómeno que viene «desde abajo». Aunque cabría indagar en mayor profundidad si existieron conexiones entre el movimiento de cañeros y la creación de MEVIR<sup>45</sup>, indicios del desconocimiento del reclamo popular es la mención a la figura del Partido Nacional Dr. Alberto Gallinal Heber como su exclusivo mentor<sup>46</sup>.

---

45 La visión actual que sobre MEVIR tienen los «peludos» arroja elementos para comprender aquel contexto. En una entrevista en 2004, el dirigente sindical Luis Carlos López señalaba: «Nosotros creemos que la reforma debe pasar por el tema de la salud, la vivienda, implementar viviendas no sé si a través de MEVIR, porque el plan del MEVIR tiene viviendas muy lindas pero ha sacado a la gente del campo, creando barrios suburbanos y además la gente al sacarla del campo no pudo seguir pagando porque no le dieron un pedazo de tierra para seguir produciendo... y bueno hay que buscar como sea solucionar el tema de vivienda» (Diario *La República*, 27-12-2004).

46 El portal web de MEVIR ofrece una reseña de los acontecimientos que estuvieron en la antecámara de su creación, donde se retoman las visiones de intelectuales, maestros y autoridades

Es así que en apariencia, MEVIR no surgió, como su nombre lo indica, de un «movimiento» o una sublevación de los sectores populares rurales por redireccionar su destino, o su condición subordinada, sino como política de Estado.

La situación de la población de sectores populares que vive en el campo ha sido conocida, históricamente, por su precariedad y dependencia a los cambios políticos, técnicos, económicos (véase Barrán y Nahum, 1967-1977). Su historia es, se puede decir, una historia de adaptaciones a las fluctuaciones normativas de un espacio que no poseen, pero en el cual han sido el principal capital humano que lo transforma; en síntesis, una historia de desigualdad. Una de las labores que realizó mi abuelo por años fue construir alambrados<sup>47</sup>, tarea que, al mismo tiempo que proporcionaba un empleo, reducía paulatinamente la presencia de peones como él en el campo, pues uno de sus efectos fue reducir costos (Nahum, 1968). Esta es la parte «invisible» de las políticas de progreso, como fue antaño el cercamiento de los campos y más recientemente las políticas de promoción de las agroindustrias. Los «desplazamientos» (entendidos en sentido amplio como técnicas corporales, formas de la organización familiar o migraciones) a los que el proletariado rural se ha visto forzado para sobrevivir, puede que en ocasiones le proveyera un mejor pasar, pero siempre estuvo sujeto a disposiciones de orden macroeconómico. En la actualidad no podemos dejar por fuera de estos desplazamientos a la población masculina marginada de los sectores urbanos que se emplea temporariamente en el campo.

En el transcurso de poco más de cuatro décadas MEVIR colaboró sustantivamente en la transformación del paisaje y de la vivienda rural de Uruguay, pero esto no equivale a decir una completa transformación de las desigualdades. Ese orden continúa vigente y para constatarlo basta con ver la distribución de la propiedad de la tierra y los trabajos en que se emplea la población destinataria de estas viviendas, además de los regímenes de subordinación generacional que producen sus normas, como a continuación veremos. Entre 1971 y 2013 MEVIR construyó 22 573 viviendas y 3337 unidades productivas. De estas, 2498 viviendas y 117 unidades productivas corresponden al departamento de Paysandú<sup>48</sup>, entre ellas las de Gallinal (UEMAI-MEVIR, 2013).

---

en relación al fenómeno de los rancheríos. En ningún momento aparece la voz de quienes allí vivían, o al menos una aproximación a su perspectiva, pero no porque ese «otro» no pueda hablar, como sugiere Spivak (2003 [1988]), sino porque su voz es desacreditada en la performance discursiva del poder para legitimarse.

47 Aun cuando el período decisivo de alambramiento de los campos en Uruguay corresponde al período 1872-1882 (Nahum, 1968), el proceso siguió desarrollándose por décadas, incluso ya entrado el siglo XX, acompañando los cambios en el medio rural.

48 MEVIR cuenta con diferentes modalidades de construcción. Por un lado las viviendas nucleadas, es decir viviendas para un grupo de familias; es el caso de Gallinal. Por otro, las unidades productivas, destinadas a productores rurales y familias rurales dispersas. Otras construcciones son, por ejemplo, instituciones educativas, salones comunales, destacamentos policiales, policlínicas, etc.

Un aspecto relevante de su operativa es que se basa en el sistema de ayuda mutua —en el caso de las viviendas— y autoconstrucción asistida —en el caso de las unidades productivas—; es un requisito para las y los beneficiarios aportar horas de trabajo en las obras. Cada núcleo familiar aporta 96 horas de trabajo mensuales, participando indistintamente en la construcción de todas las viviendas, recibiendo orientaciones por parte de un equipo técnico. Promediando la obra es cuando se sortean las viviendas. En líneas generales, la «población objetivo» de MEVIR son núcleos familiares cuyo ingreso es inferior a 60 unidades reajustables, mayores de 18 años y que cuenten con al menos un año de residencia en la zona donde se hace el llamado<sup>49</sup>.

## Convivencia y mediaciones normativas

Los habitantes de Gallinal accedieron a una vivienda que ellos mismos construyeron y, al tomar la decisión de vincularse a ese proyecto, asumieron el acogerse a una serie de disposiciones de convivencia que establece MEVIR. No se trata solo de un cambio en las condiciones habitacionales de los pobladores del medio rural —y pobladores urbanos que migran al campo—, sino de una regulación que cala en la vida y los modos de relacionarse de las personas. A lo que se accede, en última instancia, es a un tipo de espacio normativo que abarca y excede el ámbito del hogar. Al respecto converso con Elena, una asistente social vinculada laboralmente a MEVIR hace años:

Elena: Los salones comunales que MEVIR construye en los pueblos en los que actúa son para uso comunitario, son para reuniones, se pueden hacer festejos de cumpleaños, esas cosas, para actividades educativas, a veces los usan las propias escuelas, en fin, productores de la vuelta, organizaciones de productores, pero no se puede utilizar ni para tener bares permanentes o cantinas, ni para fines religiosos, de ninguna religión, ni para fines políticos, que eso es para mantener la convivencia porque seguramente en un grupo hay distintas ideas y hay que respetar las ideas de todos, entonces para no generar esa conflictiva se usa para cuestiones comunitarias y neutras, bares y eso, no.

Luisina: ¿En viviendas particulares tampoco?

Elena: En viviendas particulares tampoco, la vivienda es para uso de la familia, está dimensionada al tamaño de la familia. MEVIR construye dos dormitorios cada dos hijos del mismo sexo y uno para la pareja, y construye viviendas de dos y tres dormitorios, y en aquel tiempo [se refiere a los años de construcción de los primeros planes en Gallinal] se hacían también de cuatro dormitorios y hasta alguna de cinco puede que había.

---

49 Tomado de: < <http://www.mevir.org.uy/index.php/institucion/que-es-mevir> >.

Luisina: Se construyen en función de la familia que la está solicitando.

Elena: Exacto, y tiene los dormitorios con esa distribución y un estar comedor, una cocina y un baño, la vivienda no tiene previsto adentro otro lugar para otra actividad que no sea la familiar. Se prevé en el plano de construcción, no se construye, se lo deja para que la familia lo construya si lo quiere usar, un galponcito o una piecita de cuatro por cuatro, que está puesta en el plano y la familia lo puede construir.

Puesto en estos términos, la propuesta de MEVIR se organiza básicamente en torno a dos espacios: el destinado a la familia y el de uso «comunitario». Sobre las reglas que coloca pueden realizarse distintas lecturas. Desde un enfoque restrictivo constituyen demarcaciones de las prácticas de los sujetos; es decir, lo que esta política hace es producir un formato de comunidades. Desde otro lugar se puede suponer, además, que las normas generan posibilidades, marcos de creación de prácticas y significaciones; aquí no tendría solo un sentido de restricción, sino también de producción. Junto con Latour (2008) se las podría considerar mediadores que hacen parte de una concatenación más amplia de agencias. Lo que quiero decir es que lo restrictivo y lo productivo no son posturas excluyentes, sino que funcionan relacionalmente. Ahora bien, ¿qué configuración toma esta relación en Gallinal?

Un primer apunte es que las condiciones que enumeró Elena armonizan con el discurso adulto<sup>50</sup> que pone énfasis en la familia como entidad básica del entramado social. Estas condiciones simbólicas y prácticas reterritorializan el entramado social y, al colocarse como normas, subalternizan otras expresiones posibles. Asimismo, encontramos una relación de continuidad entre las pautas del espacio privado/familiar y del espacio público/colectivo, manifiesto por ejemplo en que el salón comunal puede utilizarse para un cumpleaños, las clases de costura que ofrece Cruz Roja a las que asisten solo mujeres —aunque no sea exclusivo para ellas—, o incluso un velatorio, pero no es tan fácil que sea cedido para las propuestas de los jóvenes o para otras no «neutrales». Estas no reciben la misma aceptación y requieren negociaciones más engorrosas para que acontezcan. En definitiva, las actividades admitidas por las normas de mevir que tienen lugar fuera del hogar colaboran en reafirmar las posiciones generacionales al interior de las familias, como en el espacio público. Aquí los jóvenes son subordinados desde la perspectiva de un orden adultocéntrico, por lo que lejos está de constituir una neutralidad. Así, desde esa concatenación entre lo colectivo/público y lo familiar/privado se actualizan de forma permanente los ejes normativos de este entramado y también, como nos detendremos a ver más adelante, las posiciones de «establecidos» y «outsiders» (Elias, 2003 [1976]).

50 Al referir a lo adulto estamos también hablando de una multiplicidad. Hay matices entre los adultos beneficiarios de las viviendas MEVIR, padres y madres de familia, efectivos policiales, maestras y docentes del centro educativo. No obstante, su lugar común está dado por el hecho de que son ellos quienes ocupan la posición de enunciación dominante con respecto a las y los jóvenes.

El despliegue que ha alcanzado MEVIR en el medio rural sugiere la construcción de un andamiaje extendido territorialmente que tiene el efecto de perpetuar los valores tradicionales del trabajo y la familia y, así, los lugares de lo productivo, en términos de acumulación de capital. Lejos ha quedado la anarquía del medio rural que describieron Barrán y Nahum; desde hace algunas décadas se transita hacia un orden casi metódico de la arquitectura de las tierras profundas del Uruguay y aquí tiene un lugar MEVIR, pero también el conjunto de agentes y poderes que operan en el campo —como los complejos agroindustriales— y que tienen un peso decisivo en los desplazamientos territoriales de las personas y grupos familiares que buscan empleo.

En segundo término, apelar a lo «neutro» es solo en apariencia una forma de inclusión; se trata, en realidad, de normas de pretensión universal que reafirman un particular, como ya ha mostrado Žižek (1998)<sup>51</sup>. Pareciera ser que la única manera de convivir con otras personas es desdibujando las diferencias, volviéndose «idénticos», movimiento que, sin embargo, es imposible de concretar por completo. Detrás de este conjunto de reglas se atisba el supuesto de que sin esa regulación externa hay conflicto y que los pobladores no sabrían estar entre sí sin ellas. Esto no habría por qué negarlo si sucediera, pero lo hay que decir a la luz de lo que sí acontece, es que este tipo de orden, al margen de su valor como política que mejoró las condiciones de vida de los pobladores rurales, implica una jerarquización de las prácticas sociales y los sujetos.

Subordinar o incluso subalternizar las diferencias en pos de una igualdad no es un recurso nuevo en el tratamiento de la alteridad en Uruguay; por el contrario, «el igualitarismo culturalmente descaracterizante constituyó la piedra angular de la construcción de la nación» (Guigou, 2010b: 164) y dio lugar a la creación de un imaginario colectivo integrador (Caetano, 2000: 17) cuyos efectos de realidad son excluyentes. Este mecanismo puede entenderse como un instrumento de homogeneización como sinónimo de igualdad (Guigou, 2003). Desde este ángulo se puede pensar lo comunitario, puesto que, por definición, lo común —implicado en lo comunitario— excluye lo diferente. Es así que el discurso de lo comunitario referido más arriba se presenta como un «significante vacío» (Laclau, 2015 [1996])<sup>52</sup> pues por un lado, apelando a *todos* contempla solo a *algunos*; y, por

51 Discutiendo sobre multiculturalismo, Žižek introduce interesantes puntualizaciones con respecto a la relación universal-particular: «este giro específico —un contenido particular es divulgado como ‘típico’ de la noción universal— constituye el elemento de fantasía, el soporte o fondo fantasmático de la noción ideológica universal. Para decirlo en términos kantianos, desempeña el papel del ‘esquematismo trascendental’ al convertir el concepto universal vacío en una noción que se relaciona o se aplica directamente a nuestra ‘experiencia real’. Esta particularidad fantasmática no es, de ninguna manera, una ilustración o ejemplificación insignificante: es en este nivel que las batallas ideológicas se ganan o se pierden» (Žižek, 1998: 138).

52 La propuesta conceptual de Laclau encuentra un antecedente en la noción de «significante flotante» que introdujo Lévi-Strauss en su *Introducción a la obra de Marcel Mauss*. Allí dirá: «Nuestra opinión es que precisamente las nociones de tipo *mana* representan, por muy diversas que parezcan [...] ese *significante flotante* que es la servidumbre de todo pensamiento completo y acabado [...] En otras palabras: al inspirarnos en la norma establecida

otro, el significado que tiene en el entramado de Gallinal —el de inclusión— es justamente el opuesto al que estamos sugiriendo. Retomando la pregunta de «¿qué tipo de comunión es la que la comunidad propicia?» (Fraiman y Rossal, 2009: 86), se podría decir que es una comunión selectiva, excluyente. Se hace más fácil comulgar «entre nosotros», en lugar de «con los otros».

En el pueblo las idénticas viviendas dispuestas en ordenada geometría contribuyen a desplegar este manto igualitarista. En ellas el margen para la diferencia es acotado, no se pueden construir habitaciones que no estén previstas y tampoco puede dársele usos que no atañen a lo familiar. Entonces podemos preguntarnos ¿cuáles son y cómo se definen las actividades estrictamente familiares? ¿en qué lugar quedan, con relación a lo familiar, las prácticas de las y los jóvenes?

Este mecanismo que, apelando a lo común, tiene el efecto de excluir diferencias —*diferentes*— encuentra expresión no solo en algo tan puntual como es el uso del salón comunal, sino en los distintos espacios donde transcurre la vida de las personas: las calles, las instituciones, los almacenes, etc. Luego observaremos que en los espacios comunes y públicos «la diferencia» —sean los zafrales circulando por el pueblo, los jóvenes queriendo organizar actividades o incluso, como adiciona Elena, las expresiones religiosas y políticas— recibe escasa tolerancia. Si estos sujetos y prácticas representan la alteridad en la configuración socio-territorial de Gallinal, por oposición es la familia nuclear ese particular que se establece como canon dominante, y esta encuentra en la vivienda, en tanto hogar, su lugar propio. Siguiendo esta línea de reflexión lo familiar y lo juvenil serían mutuamente excluyentes. Asimismo, algo interesante de observar en este conjunto de normas, es que los mecanismos promovidos por el Estado y orientados a la igualdad —en este caso la política de vivienda, pero podríamos también pensar en los centros educativos y el trabajo— producen alteridad y exclusión en las formas de ser y de estar.

Encontramos también que hay prácticas que se salen de la norma pero son toleradas porque tienen por cometido último reproducir dimensiones

---

por Mauss de que todos los fenómenos sociales pueden quedar asimilados por el lenguaje, nosotros vemos en el *mana*, *wakan*, *orenda*, así como en las demás nociones del mismo tipo, la expresión consciente de una *función semántica*, cuyo papel consiste en permitir que se ejerza el pensamiento simbólico a pesar de las contradicciones que le son características» (Lévi-Strauss, 1979: 40, énfasis del autor). Así, el mana no sería sino «una simple forma o un puro símbolo, susceptible, por tanto, de adquirir cualquier contenido simbólico» (ibíd.). Laclau redobla la apuesta y coloca la noción de «significante vacío», que, en sentido estricto, consiste en «un significante sin significado» (Laclau, 1996: 85); esto no equivale a decir que el mismo significante puede vincularse a distintos significados según el contexto, pues en ese caso se trataría de un significante *equivoco* (ibíd., énfasis del autor). La clave para Laclau está en el modo en que se conceptualizan los límites de los sistemas simbólicos: «un significante vacío solo puede surgir si la significación en cuanto tal está habitada por una imposibilidad estructural, y si esta imposibilidad solo puede significarse a sí misma como interrupción de la estructura del signo» (ibíd.: 86), agregando luego: «Una consecuencia primera y capital que se deriva de lo anterior, es que los límites auténticos nunca son neutrales sino que presuponen una exclusión» (ibíd.: 87).

elementales de este orden, como la construcción de un hogar o la conformación de una familia, mientras que las que no van en esta línea, como por ejemplo la interrupción de las trayectorias educativas de los jóvenes, son reprobadas. Quisiera brevemente comentar un caso que me llevó a observar este aspecto. Se trata de una pareja que llegó a Gallinal siendo ellos muy jóvenes, cuando el lugar recién estaba tomando forma y, al igual que otros, mantuvieron una práctica no aceptada en las normas de MEVIR pero completamente legítima desde su perspectiva. Transcribo un pasaje del diario:

«Conocí a Gladys en el comercio que instalaron con su esposo; él trabaja en la naranja y entre los dos sostienen el negocio. Al recibirme, me reconoce como alguien de fuera del pueblo y nos damos charla mutuamente, buscando saber una de la otra. Le comento de mi interés por la historia del pueblo y se interesa en contarme sobre su vida. Llegó a Gallinal con 18 años, estando embarazada; se vino con su pareja (actual marido), hace 21 años (recuerda el tiempo transcurrido porque es la misma edad que tiene su hijo). En un primer momento alquilaban una “piecita” en la casa de una señora, siendo lo más discretos posible para no ser sancionados. Se vinieron al pueblo por el trabajo de su marido; él conocía la zona, pues tenía parientes cerca. Logran entrar en el segundo plan con un año de retraso, el equivalente a 800 horas de trabajo, a partir de alguien que renuncia. Me dice: “empezamos el mismo día, me acuerdo que el capataz me hablaba y yo no entendía nada lo que quería decir. Después fui aprendiendo todo”» (Diario de campo, abril de 2015).

Estas son las fisuras productivas en el contexto de un espacio restrictivo. Otra forma que puede incluirse aquí es el empleo informal por parte de jóvenes que aún no tienen edad para trabajar, los varones en «changas» fuera de los espacios domésticos y las mujeres en tareas de cuidados. En el discurso público y común, donde se instalan los sentidos de los marcos normativos de signo civilizatorio, estas formas pueden ser criticadas, pero en los hechos acontecen y son consideradas legítimas por los sujetos.

Dado que las disposiciones de MEVIR no se restringen al ámbito de las viviendas, sino que en buena medida se detienen en la regulación del espacio común, cabe hacer mención a las percepciones sobre lo público y lo privado en el pueblo<sup>53</sup>. Veremos más adelante las precauciones que se han tomado en los

53 Tomo aquí la distinción público/privado como una convención con fines analíticos. Si bien en lo coloquial ciertas prácticas, manifestaciones o dimensiones pueden considerarse propias de uno u otro espacio, no existe una división absoluta entre un espacio y un conjunto de prácticas «públicas» por un lado y «privadas» por otro. Hay conexiones, yuxtaposiciones y repercusiones complejas que no pueden reducirse a una dualidad. En este sentido, adhiero a la puntualización de Rabotnikof (1998: 11) que indica: «el par conceptual, lejos de referirse a dos ámbitos ‘ontológicamente diferenciados’, constituyen una diferencia cuyos límites se han

lugares públicos cuando aparecen los zafrales y también con relación a los jóvenes que allí viven, para mostrar cómo el lugar de expresión de las diferencias es vigilado con rigurosidad e intervenido con frecuencia. Toda manifestación que sobrepase los límites arbitrarios de la convivencia es pasible de recibir sanción y así, el espacio común deja de ser plenamente de todas y todos, pues se acotan las expresiones de diversidad. Entre otros, Caetano (2000) ha reflexionado sobre las recíprocas implicancias de los ámbitos público y privado y, en un sentido más amplio, sobre las conexiones entre la vida íntima y la construcción de la ciudadanía y la nación. Él señala que:

las formas de la vida privada también dependen mucho de cómo se combina en una sociedad determinada las nociones de igualdad y particularismo, de cómo se concilian o se oponen la esfera pública con los '*nudos de vida particulares*' de las personas o comunidades, de las exigencias establecidas ante las filiaciones y experiencias originarias y particulares para la adopción de '*un punto de vista general*' (ibíd.: 14, énfasis del autor).

Caetano imagina las conexiones entre estos dos espacios como proyecciones de espejos y esto puede observarse en Gallinal, donde las relaciones de alteridad se deslizan desde los vínculos genealógicos del tipo padres/madres-hijos/as a las posiciones generacionales entre adultos y jóvenes.

Hay un elemento que no podemos perder de vista a la hora de pensar desde qué lugares se habitan los hogares y el pueblo: las generaciones adultas erigieron ese lugar; allí no había, como me decía Carla, otra cosa que caraguatases<sup>54</sup>. Ellos transformaron radicalmente con sus propias manos ese territorio. Las generaciones jóvenes, en cambio, aparecen cuando el pueblo ya está construido. Algunos guardan recuerdos de los años de obra, pero ellos no tuvieron una participación activa en la construcción. Es difícil determinar en qué medida incide, solo podemos decir que hay significados sobre el espacio público y privado marcados por la posición generacional, pero es en el primero de ellos donde las diferencias se performativizan de un modo más exacerbado y visible. A su vez, al recorrer el pueblo, la uniforme arquitectura, la ausencia de lugares de esparcimiento como bares y restaurantes y su pequeño tamaño —para quienes estamos acostumbrados a la ciudad— producen la sensación de que el lugar en su conjunto es un espacio privado. Este es un elemento importante para comprender esa apropiación excluyente que se practica, con una tónica proteccionista —pero no por eso menos autoritaria— hacia los jóvenes del pueblo, y una actitud expulsiva hacia la población de trabajadores zafrales.

---

modificado históricamente. Y que el conflicto por la definición de esos límites ha formado y forma parte de maneras específicas de concebir la vida social y política».

54 Caraguatá es una planta espinosa y perenne.

## Las peripecias de la emancipación

La situación desde hace algunos años a esta parte es distinta a la de los momentos fundacionales, cuando los hijos eran niños o aún no habían nacido. Hoy, la descendencia de las generaciones que construyeron Gallinal tienen edades que pueden ir desde los años de la adolescencia a casi adultos. Entre los más grandes que permanecen en el pueblo comienza a plantearse la necesidad de emanciparse, es decir, dejar de vivir en el hogar del núcleo familiar para conformar uno propio. Pero esto presenta sus dificultades en un espacio socio-territorial donde la juventud se rige por determinadas normas institucionalizadas.

En 2010 hubo elecciones departamentales. En Gallinal, un grupo de pobladores mantuvieron reuniones para poner en común los reclamos a manifestar a los candidatos políticos, que por entonces aparecían en el pueblo en sus recorridos de campaña electoral. Si algo estaba en consenso, es que se necesitaban «cambios». Producto de esas reuniones es el documento «Inquietudes y necesidades de Pueblo Gallinal». Entre otros puntos allí señalaban:

Necesidad de un 5<sup>to</sup> plan de viviendas para jóvenes hijos de participantes, esta necesidad surge a partir de realidades como:

— Jóvenes no casados mayores de edad y con trabajo en la zona conviven con sus padres al no tener la posibilidad de acceder a una vivienda propia.

— En la zona hay buena demanda de mano de obra lo que motiva no emigrar y seguir viviendo en el pueblo (Documento *Inquietudes y necesidades de Pueblo Gallinal*, 20-02-2010).

Un año antes, en 2009, se había inaugurado el 4.<sup>to</sup> plan y ya en ese momento se escucharon reclamos que bregaban por un 5.<sup>to</sup>, pero la iniciativa no prosperó. La perspectiva de los distintos actores involucrados varía; mientras para los pobladores de Gallinal contar con más viviendas constituye una necesidad de convivencia, pues los jóvenes quieren emanciparse y los adultos no en todos los casos quieren vivir con sus hijos crecidos, para MEVIR puede resultar innecesario:

«Elena: Estábamos en la ejecución del 4.<sup>to</sup> y ya estaban pidiendo ese [el 5.<sup>to</sup>] [...] En Gallinal nos pasó, que en ese momento no se justificaba hacer un 5.to plan, sobre todo porque... es cierto, había gente joven y demás, pero que todavía estaba soltera y no sabían todos qué iban a hacer de sus vidas, viste que a esa edad... bueno si conseguís una compañera por ahí te quedás ahí, pero conseguís una compañera o compañero en otro pueblo y te vas, como que la demanda que quedaba era bien gente joven que por supuesto que iba a necesitar una vivienda en algún momento, pero en ese momento la que ya tiene su familia y estaba segura que se iba a quedar ahí ya había sido atendida en ese 4.<sup>to</sup> plan, entonces ahí hubo una especie de tironeo con MEVIR fuerte en esa etapa.

Luisina: ¿Para personas solteras es más difícil justificar la construcción de un plan?

Elena: Sí, en general tiene que haber familias consolidadas y bueno, algún soltero puede ingresar, hay pueblos muy chiquitos que son pueblos muy aislados que vos decís si hay un soltero que trabaja en la zona, que se sabe que tiene cierta estabilidad laboral, ingresa, pero si no, no se prioriza, porque el tema es ese, no construir viviendas con mucha posibilidad de que queden vacías o mal utilizadas, son fondos públicos y hay que actuar lo más racionalmente posible, racionalizar los recursos.

Luisina: ¿Y en el caso de mujeres solteras o mujeres que tengan hijos a su cargo?

Elena: Sí, ellas pueden entrar, mujeres con hijos a cargo se consideran como familias e ingresan en las mismas condiciones que familias constituidas, igual hombres con hijos a cargo y MEVIR tiene en torno a un 25 % en toda su población que son mujeres solas con hijos a cargo (Elena, asistente social de MEVIR).

Está claro que la inversión económica y de recursos humanos que supone impulsar un nuevo plan de viviendas es significativo, pero no podemos dejar de notar que esta postura expresa un accionar típico de las políticas públicas: intervenir sobre hechos consumados —en este caso familias ya constituidas— antes que sobre la proyección de escenarios posibles. Mientras MEVIR sopesa la pertinencia para volver a intervenir, el hogar de la familia nuclear continúa siendo el espacio de convivencia entre una generación que envejece y otra que se convierte en adulta. De manera tácita subyace en esta visión la vieja idea de «un proyecto de vida» —por ejemplo cuando Elena señala que no todos los jóvenes sabían qué iban a hacer de sus vidas—, determinando cuál será finalmente la población destinataria de las viviendas. Acuerdo con Medan (2012) que los modelos de «proyecto de vida» sugeridos o esperados por los programas estatales constituyen una forma de exclusión. En el escenario de Gallinal vemos coexistir esfuerzos institucionales que apuntan en distintas direcciones: por un lado, el Estado instala políticas de «juvenilización», por ejemplo a través de la construcción de centros educativos que ofrecen enseñanza media y políticas culturales que convocan principalmente a jóvenes, pero restringe al mismo tiempo otros lugares de expresión de esa juventud, como la obtención de una vivienda. Esta situación alimenta también el sentimiento de los jóvenes de que en Gallinal no hay espacio para ellos y, considerada en conjunto con otros elementos, como una oferta laboral acotada a la *naranja* y la forestación, deja la sensación de no tener posibilidades por las cuales optar. El «proyecto de vida» está prefigurado, expresión normativa de la ilusión biográfica que criticó Bourdieu (1989). Este tipo de configuraciones dan cuenta, otra vez, de la centralidad de las concepciones adultas —expresadas en la articulación entre trabajo, familia y vivienda— y

la subordinación de la condición juvenil en este escenario rural. Esta adultez a la que aludo, cabe aclarar, trasciende a las personas de carne y hueso que viven en el pueblo y se expresa en un conjunto heterogéneo de disposiciones sociales e institucionales que son, al igual que la juventud, fabricadas históricamente.

De acuerdo a las estadísticas que la administración de MEVIR elabora sobre sus beneficiarios, la población joven es numerosa. En 2008 se estimaba que la edad promedio de los titulares era 37 años y los titulares de vivienda hasta 29 años representaban el 39 % (UEMAI-MEVIR, 2008: 10). Si nos guiamos por un criterio biológico que privilegia la edad para definir si se es adulto o joven, podemos coincidir con la conclusión de que MEVIR «contempla de manera significativa la demanda de población joven» (ibíd.). Pero cabe preguntarse de qué jóvenes estamos hablando. Datos de 2010 mostraban que entre los titulares de 18 a 29 años un 19 % estaba casado, un 60 % vivía en concubinato, 2 % tenían pareja y un 19 % era soltero. Entre los «hogares jóvenes» los unipersonales son una minoría (3 %); mientras que la mayor parte son nucleares (76 %) y en menor proporción monoparentales (16 %). También se señala que «el tamaño promedio de los hogares jóvenes es de 3,5 personas» (ibíd., 2010: 3). Estas informaciones corroboran que los jóvenes que acceden a una vivienda MEVIR son aquellos que presentan o tienden a prácticas características de la adultez: vivir en pareja y tener hijos, en suma, estar conformando una familia. El dato que más elocuentemente pone en evidencia que las juventudes que no se condicen con este modelo no acceden a la titularidad de una vivienda, es ese 3 % de hogares jóvenes unipersonales. Es que si, como decía Bourdieu (1997: 129), la familia es un principio de visión y división común, no sorprende el encontrarlo permeando el funcionamiento de una política orientada a una función tan ligada a la familia, como es la vivienda.

## Una de cal, una de arena

Por último, merece algunas líneas las dificultades de participación de los jóvenes menores de 18 años en la construcción de las viviendas. Si, como revelan los registros que lleva MEVIR, buena parte de las familias beneficiarias tienen hijos a cargo, ¿qué lugar se les da a ellos en el proceso de edificación del lugar que constituirá su hogar? Retomemos la conversación con Elena:

«Elena: Nos pasa con la construcción, que no nos deja INAU que trabajemos con menores de 18 años, a veces las familias precisan que un hijo ayude, por ejemplo las madres solas por ahí tienen un hijo de 16, 17 años y puede hacer un trabajo, que nosotros en la obra le encontraríamos un trabajo liviano para hacer, pero tenemos que hacer permiso de menor y a veces no nos autorizan, aun por ayuda mutua.

Luisina: ¿A veces sí y a veces no?

Elena: A veces sí y a veces no. Hay una inspección regional, departamental de INAU que autoriza o no, en algunos períodos hemos logrado acuerdos macro con INAU y en otros no han sido posible esos acuerdos».

Le comento de los jóvenes de Gallinal que no continúan estudiando, pero todavía no tienen edad para trabajar y sigue diciendo:

«Ese era uno de los argumentos que MEVIR utilizó siempre para que los menores puedan trabajar con sus padres en la obra, porque por un lado *los sacás del ocio de no hacer nada*, por otro lado trabajan en un ambiente protegido, porque nuestros capataces tenían clarísimo que no podían hacerlos hacer trabajos pesados ni riesgosos, pintaban, alcanzaban cosas y por otro lado estaban siempre con un adulto de su familia que también era una protección más, a su vez *aprendían un oficio* y se interesaban, porque ellos al estar en la obra, la obra es motivante, estar con sus vecinos, con sus amigos, con sus familias y están aprendiendo un trabajo, que es lo mismo que empezar a esquilar con el padre que lo aprendió en condiciones mucho peores, esta es una situación de mayor protección pero aun así tenemos restricciones y es una contradicción, porque por un lado protegés al menor de la explotación que puede darse en las empresas privadas, pero por otro lado lo desprotegés en esa cuestión de que *está todo el día haciendo nada* y que eso también tiene una parte mala para los muchachos, de autoestima, de estigmatización de los demás (Elena, asistente social de MEVIR, énfasis propio).

Las posibilidades de acción de los jóvenes menores de 18 años están enmarcadas en una estructura que conjuga protección y subordinación de la juventud; en realidad, habría que decir que en este caso la sanción recae sobre todo en los varones — «los muchachos»—, puesto que es el trabajo en el ámbito público el que se está regulando, donde se espera que ellos se encuentren, en tanto las tareas del ámbito doméstico pueden perfectamente ser llevadas adelante por mujeres «menores» sin que esto esté visibilizado y regulado. Asimismo, lo peligroso es, en cierto punto, relativo, pues al tiempo que se «protege» de la realización de determinadas tareas, se construyen compartimentos estancos dentro del desarrollo vital y se desconocen las diferencias de género que atraviesa la juventud, en tanto condición que vivencian multiplicidad de sujetos.

La perspectiva adulta y normativa sostiene que hay que protegerlos y ofrecerles tareas no riesgosas, siendo parte del cuidado «sacarlos del ocio» y del estar «todo el día haciendo nada», como si únicamente la institucionalización, sea en los espacios educativos o en los laborales, fuesen formas de «hacer algo». Esta perspectiva no tiene por qué hacer sentido para los jóvenes, quienes desean asumir riesgos y tomar sus propias decisiones. La valoración negativa de las barreras normativas para incorporar a los jóvenes al trabajo de construcción de las viviendas, permite sugerir que hay flujos de reciprocidad que están interrumpidos pues mientras los adultos aportan su fuerza de trabajo, los jóvenes no aportan «nada».

Las relaciones de reciprocidad entre generaciones son un terreno pertinente en relación al cual pensar las obligaciones morales atribuidas a la adultez y a la juventud y el modo en que se construyen las posiciones de unos y otros. Sabemos a partir de Mauss (2009) que el «don» está basado en las obligaciones recíprocas de dar, recibir y devolver y que la obligación tiene un fundamento moral. Pero también se ha señalado que esta definición universal no se condice por completo con la multiplicidad de prácticas que se observan en las distintas sociedades humanas (Narotzky, 2002). Susana Narotzky desarma esa idea abstracta de la reciprocidad señalando que:

los afectos que sustentan las transferencias recíprocas, las solidaridades voluntarias o forzadas, son, sobre todo, el resultado de la experiencia histórica de cada cual respecto a las diferentes posibilidades de ganarse la vida que han tenido. Esta moralidad de los afectos que subyace a la reciprocidad está densamente tramada en la historia regional del mercado de trabajo y de las prácticas reguladoras del Estado, por ejemplo. Simplemente no es natural aunque se piense como ‘natural’. Y tampoco es ‘mejor’ que las prácticas capitalistas o las políticas liberales: las relaciones de reciprocidad también están imbricadas en diferencias de poder que sustentan prácticas de explotación (ibíd.: 26).

La autora propone que estas relaciones —si bien no son beneficiosas de forma unívoca, puesto que están cargadas de desigualdades de poder, tensiones y ambivalencias—, albergan unas potencias y posibilidades de adaptarse que cabría explorar en mayor detalle (ibíd.); en particular subrayo la idea de que hay afectos mediando las relaciones de intercambio, y enfatizo el papel organizador de la dimensión de género en los flujos de reciprocidad, como en su (in)visibilización. En este sentido me pregunto qué ocurre cuando un sistema de reciprocidad establecido entre generaciones se ve reconfigurado por elementos que son externos a ese vínculo. En tiempos pasados, cuando no había una regulación legal rigurosa o extendida de las prácticas en el medio rural, las relaciones de intercambio entre las distintas generaciones se adecuaban a la concepción moral de la familia. Las obligaciones eran definidas fundamentalmente en el ámbito «privado» e implicaban, entre otras cosas, diferenciación de las tareas por sexo, disciplinamiento en roles heteronormativos y socialización con el trabajo en edades más tempranas a las actuales. Esta valoración sobre el trabajo como actividad productiva y moralmente formativa del sujeto, por contraposición a la degradación que supondría la inactividad, está presente en el relato de Elena, que es, en suma, una perspectiva institucional y también compartida con los adultos del pueblo.

Con la incorporación de la normativa sobre trabajo rural y juvenil —que profundizaré en el capítulo siguiente—, estas obligaciones morales ya no pueden expresarse en la práctica como lo venían haciendo hasta ahora y requieren reorganizarse. Como resultado, los adultos comienzan a enfatizar en su discurso la idea de que los jóvenes «tienen que seguir estudiando», y ellos lo toman cada vez más como un camino a seguir.

Una porción de los jóvenes se convierte en espectadores de un proceso de transformación que comprende también sus vidas, como lo es el construir una vivienda y mudarse a ella, incluso cuando es de consenso que tienen energía vital para aportar en esta tarea. Ellos están imposibilitados de responder a la necesidad de apoyo que demandan sus familiares adultos y de responder también a su propio deseo de participar (o no). En suma, se reestructura la direccionalidad de las relaciones de reciprocidad al ingresar nuevos elementos al entramado de agenciamientos; pero esto no sucede sin que se establezcan ciertas sanciones a quienes se vieron impedidos de continuar el intercambio de dones y contra dones, por ejemplo la reafirmación de la autoridad adulta expresada en la propiedad y, como bien sugería Elena, la estigmatización dentro de los grupos sociales a los que pertenecen.

### Ser joven en Gallinal

*People try to put us down (talking about my generation) / Just because we get around (talking about my generation) / Things they do look awful cold (talking about my generation) / I hope I die before I get old (talking about my generation).*

«My generation» (1965) The Who

### Engranaje cotidiano y virajes generacionales

«Han llegado los duros días de invierno, pero hay que ir a trabajar igual. Mientras en Gallinal se levantan quienes más madrugan, maestras y docentes del centro educativo aguardan que den las 5 a. m. para tomar, en Paysandú, el ómnibus que les lleva al pueblo. Espero junto a ellas (son casi todas mujeres) con la misma posición encorvada del cuerpo y las manos en los bolsillos o debajo de los brazos, buscando retener el calor. Las maestras llevan las túnicas puestas debajo de camperas, ponchos e incluso alguna que otra bolsa de agua caliente. Algunos guapos ya tienen su mate ensillado y se ve el vapor caliente que desafía la helada temperatura ambiente; el chofer y el guarda también tienen el suyo. A esa hora en la terminal de transportes tres modernos coches de la misma empresa parten hacia Montevideo, mientras a su lado uno más pequeño, desbaratado y sin calefacción, será el que nos lleve a las tierras profundas del departamento. Marchamos. En la mañana, aún oscura, el campo está cubierto con un manto de helada que se ve y se huele.

Recién amanece pasadas las 7 a. m. Entre las 6:30 a. m., cuando llegamos, y las 7:30 a. m., momento en que ingresan los estudiantes al centro educativo, nos resguardamos en el comedor. Las maestras desayunan un café y pan con mermelada, mientras se hace la hora para arrancar las clases; yo pido calentar agua para el mate. El salón comedor tiene dos largas mesas con tabloncitos de madera, manteles de hule y bancos de igual largo. Es posible que sean los mismos bancos que donó el establecimiento citrícola Las Acacias cuando inauguraron la escuela en 1991. Comienzan a llegar otras personas que trabajan en el centro educativo y viven en el pueblo: la

cocinera y la auxiliar de limpieza. La cocina es pequeña en sus dimensiones, en cambio las ollas y cucharones que la habitan son enormes. No hay duda que la escuela aún es un sitio de lo femenino.

Encienden la televisión con el informativo de la mañana y, afortunadamente, también un calefactor, obtenido a través del Presupuesto Participativo<sup>55</sup>. El día anterior Ignacio me había dicho que “se manejan bastante con el Presupuesto Participativo”, se consiguieron varias reformas de infraestructura, entre ellas el inicio de cerramiento de la cancha deportiva, que ahora tiene techo.

El centro educativo ofrece desayuno y almuerzo a todos los estudiantes, escolares y liceales. Milka, la directora, me explicó que “por ser medio rural se les da desayuno y almuerzo a todos, ya que muchos de los chiquilines pasan el día solos porque sus padres se van a trabajar afuera”. Los liceales que ingresan 7:30 a. m., desayunan a las 8:20 a. m., luego de la primera hora de clase, y los escolares desayunan en los salones. Al mediodía se encuentran todos en el comedor.

Ese día almuerzo con ellos y la directora. El menú de fideos con tuco servido en un plato de plástico, la rodaja de pan y el vaso con agua me retrotraen a mis tiempos de escuela. Entre conversaciones y risas los platos van quedando vacíos; al terminar, cada niño levanta su plato y lo lleva a la cocina mientras las migas de pan exhiben un diseño de sobremesa en el mantel» (Diario de campo, julio de 2014).

En tres instituciones parece dividirse el tiempo cotidiano de las y los gallinenses: trabajo, familia y centros educativos. En una matriz socioterritorial de densa articulación entre las estrategias «neo» del capital (neoliberales las de los setenta, ochenta y noventa, neodesarrollistas las de ahora [Santos et ál. 2013]) y la existencia concreta de un grupo humano, ese es, se puede decir, el engranaje básico para que el pueblo viva. Sin embargo, a las personas no solo las constituye su tránsito por las instituciones, sus agenciamientos son más amplios. Es así que no hay un único lugar donde se encuentre «la juventud», aunque sí hay espacios preestablecidos para quienes la encarnan. Hay jóvenes que ya finalizaron el ciclo educativo o se desvincularon de él y están los que se van del pueblo y los que ingresan al mercado de trabajo.

55 Política estatal de participación de alcance nacional. Se comienza a definir en 1990 en Montevideo, permaneciendo en la órbita de la capital hasta 2009, momento en que se aprueba la Ley Nacional de Descentralización y Participación Ciudadana y se inician gestiones para ampliar su cobertura. En 2010 se introduce el tercer nivel de gobierno a nivel nacional y en 2011 se reinicia en Presupuesto Participativo como programa departamental, gestionado a través de la figura de los municipios. Tomado de: <<http://presupuestoparticipativo.montevideo.gub.uy/presupuesto-participativo>>.

También se gestionan otras actividades como los talleres de panadería y costura que ofrece Cruz Roja, con una sesión por semana cada uno y las propuestas del Centro MEC; ambos espacios son abiertos a todo público. Una pluralidad de juventudes y actividades juveniles desborda el espacio institucional educativo, y una variedad de momentos en los devenires vitales adicionan complejidad a la trama. Procuraré en este capítulo abrir ese tejido, hacerlo comprensible.

En el sentido que propone Grimson (2011: 172-177) se puede pensar a este espacio relacional en términos de «configuración», en tanto campo de posibilidad, con una lógica de interrelación específica, una trama simbólica común y aspectos culturales compartidos. Se trata de mostrar cómo esta configuración produce determinadas formas de juventud, adultez y conexiones específicas entre ellas. ¿Qué hace que unos sean jóvenes y otros adultos?, ¿a qué representaciones y prácticas están «sujetados»? ¿qué papel tiene el género en las juventudes?, ¿cómo, cuándo y por qué se pasa de un estado al otro?, ¿son acaso excluyentes? Las respuestas a estas preguntas no son sencillas ni lineales y examinar las etapas de transición coloca el desafío de no caer en reduccionismos.

Una primera apreciación es que los tiempos y lugares de circulación y socialización están asociados simbólicamente a unos u otros sujetos —adultos y jóvenes, varones y mujeres—. Hay una experiencia individual y subjetiva del tiempo cotidiano, pero hay también elementos estructurales que lo moldean. Las instituciones, sean estas el trabajo, la familia o el Estado en su multiplicidad, ordenan los tiempos de vida de las personas y delimitan las características y funciones de las posiciones que ocupan. De ahí que las instituciones educativas sean nichos de construcción de un tipo de juventud y las fuentes de trabajo, de un tipo de adultez, así como ambas influyen en la conformación de masculinidades y feminidades. Hay otras juventudes y adoltesces que —aunque de diferentes maneras y disímil visibilidad— están en lugares de alteridad: los jóvenes que están por fuera del sistema educativo y el mercado de trabajo y los adultos que ya no trabajan. La familia, a su vez, es el ámbito de reunión de ambos, donde se reafirman los lugares generacionales. Dicen Berger y Luckmann (1999 [1966]: 45): «Descubro que el tiempo en la realidad cotidiana es continuo y limitado. Toda mi existencia en este mundo está ordenada continuamente por su tiempo, está verdaderamente envuelta en él». El tiempo del «mundo» o la «configuración» que es Gallinal, se organiza en torno al funcionamiento institucional. Los fines de semana, cuando no hay escuela y no hay trabajo, emerge otra temporalidad que es complementaria con aquella; en este entre-tiempo no hay inversión de posiciones, sino otra faceta de la distinción entre jóvenes y adultos: los primeros que buscan un espacio propio para encontrarse (es decir, sin adultos), y los segundos que solicitan descanso.

A su vez, la estructura del pueblo conformado por viviendas destinadas principalmente a familias nucleares, coadyuva a que las instituciones educativas adquieran el sentido de lo colectivo por excelencia, pues allí es donde los intereses comunes confluyen. La forma en que se despliega la arquitectura de un lugar habla por un lado de un tipo de relaciones establecidas, en función de las

cuales se imaginan y construyen los espacios, pero también, como vimos, refiere al tipo de relaciones que se reproducirán y los límites que se propondrán entre lo público y lo privado, lo individual/familiar y lo colectivo.

A través de las instituciones se nutren significados de determinados significantes. En el espacio escolar, por ejemplo, las conversaciones entre las maestras y los profesores, las propuestas que surgen en las reuniones de padres y docentes, el tipo de actividades que generan, las interacciones con los niños y jóvenes son prácticas del cotidiano que afianzan percepciones sobre la institución, las personas y las relaciones entre ambos. En este sentido estos espacios son *locus* de producción de significados, identidades y posiciones sociales. Ilustrativo de ello es la visibilidad que en el pueblo tiene la alusión a «los jóvenes», frente a otro colectivo más numeroso pero menos convocado discursivamente, el de «adultos». «Los jóvenes» son «el problema del pueblo», la principal preocupación de los adultos.

En cuanto al trabajo, salvo las personas que tienen almacenes, talleres u otro tipo de negocio en el pueblo, y las que están en el centro educativo y el CAIF, el resto trabaja en los territorios anexos donde están las plantaciones de cítricos y los campos forestales. Hay quienes se emplean en estancias, pero en cualquier caso también requiere su salida del poblado. Esto hace a la opinión común de que niños y jóvenes «pasan todo el día solos», y que Gallinal es un «pueblo dormitorio». Esta percepción extendida tiene un sustrato concreto, y se me reveló en su complejidad al ser testigo del siguiente incidente:

«Transcurría la primera jornada de gimnasia, niños y jóvenes disfrutaban de juegos y deportes en la cancha. Algunos adolescentes que no quisieron participar, habían sin embargo, llevado parlantes y música y desde un costado musicalizaban la actividad, aumentando el bullicio y la diversión de los que entre lanzadas y atrapadas de pelota, daban pasos de baile. Era divertido verlos en su jolgorio. La actividad había captado la atención de la mayor parte de los niños y jóvenes que se encontraban en el pueblo, y lo que ocurrió no muy lejos de ahí pasó por completo desapercibido.

Una adolescente que se encontraba sola en su casa intentaba prender la estufa, cuando el fuego alcanzó una botella de queroseno, desatando una llamarada. Un muchacho enfrente se dio cuenta y fue a socorrerla, ayudándola a lanzar baldes de agua y así, apagar el fuego. Casualmente Ignacio y yo, que habíamos dejado la actividad en la cancha por un momento y nos dirigíamos hacia una panadería, pasábamos por allí y fuimos de los pocos testigos de lo que estaba ocurriendo, junto a otros vecinos que se acercaron. De la casa salía abundante humo por la ventana, pero el peligro ya había cesado. El fuego no llegó a propagarse pero la casa quedó completamente tiznada. Desde la humareda salió la joven con su cara toda sucia de tizne y los ojos llorosos, que al instante quebraba en llanto, temblando de nervios. “No debe tener más de 13 o 14 años”

me decía Ignacio. Junto a nosotros llegaron las auxiliares de limpieza del CEI, conteniendo a la chica que no había dado aviso a sus padres porque creía que la iban a retar. “¡Cómo te van a retar! —exclamó una de las mujeres—, fue un accidente, estas son cosas que pasan, quedate tranquila”. Horas más tarde, al dejar el pueblo, pasamos frente al lugar con Paula; ventanas y puertas con los marcos oscurecidos por el tizne aún permanecían abiertas. Había dos motos en la puerta de la casa y un hombre sentado bajo el alero hojeaba un diario» (Diario de campo, setiembre de 2014).

El «susto» es representativo de la configuración relacional y territorial que se produce en Gallinal. No es casualidad que hayan sido las auxiliares de limpieza del centro educativo las que rápidamente llegaron y contuvieron a la niña, pues la escuela tiene los ojos del pueblo. Por ahí circulan todos los asuntos, desde la intimidad de las familias (pues corresponde a la escuela contemplar la situación de cada alumno/a), a los eventos colectivos, y a todos ellos es posible encontrarle conexiones con ella, como hacía con astucia Inés, una mujer que estuvo vinculada laboralmente al centro educativo:

«[...] ahora por ejemplo un grupo está invitado a un cumpleaños de 15 que se hace en Paysandú, están felices, realizados, dicen que no saben lo qué hacer; les digo: profesores, ustedes aprovechen a eso de los 15 que se acerca, para ver si rinden un parcial, para tener un estímulo».

La escuela ha ocupado tradicionalmente un lugar importante en lo que hace a la construcción del tejido social de los territorios rurales. Sea un poblado o un asentamiento humano más disperso, la escuela reúne en torno a una cuestión común —el cuidado y disciplinamiento de la prole— a los habitantes de la zona. Lo educativo es importante, pero para lo que nos interesa aquí, el estar en un lugar bajo la supervisión de adultos no es menor. Es así que mientras los padres no se encuentran, la institución educativa asume la función tutelar.

## Jóvenes como estudiantes

Gallinal tiene una fuerte presencia de instituciones estatales, entre ellas las educativas. El CAIF, inaugurado en 2009, recibe a los bebés y niños de 0 a 3 años; en 2014 contaba con 84 alumnos considerando las tres localidades que cubre (Soto, Cerro Chato y Gallinal). Al Centro Educativo Integrado (CEI) concurren los que cursan primaria y ciclo básico. La escuela funciona desde 1991, incorporando ciclo básico rural en 1996 y pasando a ser desde entonces el CEI. En 2014 reunía aproximadamente a 153 estudiantes, de los cuales 100 eran escolares y 53 liceales. De estos últimos 24 cursaban primero, 20 segundo y 9

tercero<sup>56</sup>. Solo entre los que concurren al centro educativo se encuentra casi un cuarto de la población total de Gallinal. La evolución de la matrícula a lo largo de los años también es representativa del proceso habitacional/familiar del pueblo: 45 alumnos en 1994, 142 en 1999, 156 en 2004 y 149 en 2009. El salto mayor se da entre el 1994 y 1999, período en que el alumnado se triplica y coincide con las inauguraciones, en 1995 y 1996, del 2.<sup>do</sup> y 3.<sup>er</sup> plan de MEVIR que incorpora en conjunto 129 nuevas casas.

Mientras son estudiantes, los jóvenes tienen un lugar asignado en el engranaje cotidiano<sup>57</sup>. Es relevante notar que desde la conformación de Gallinal casi no quedaron períodos sin cobertura de las instituciones educativas. Los niños más grandes, que ya estaban finalizando la escuela cuando se crea el pueblo, si continuaron el liceo lo tuvieron que hacer en otro lugar, o hubo algún caso en el que comenzaron más tarde. Carla y Manuel estuvieron entre los estudiantes que conformaron la primera generación que cursó ciclo básico y guardan recuerdos valiosos de esa experiencia. Carla se acuerda que el grupo inicial era de 11 o 12 jóvenes; de esa época contó con entusiasmo:

«fui parte del primer primero, el primer segundo y el primer tercero y después me vine a estudiar a Paysandú y después a Salto, pero siempre vinculada porque mis padres todavía viven allá».

Eran momentos iniciáticos, donde se redefinían recorridos y espacialidades. Por estos años, al generarse las condiciones de posibilidad para seguir a la primera etapa de secundaria, se afianzaron los sentidos en torno a la continuidad de lo educativo como un objetivo a seguir. Convertirse en estudiantes dejaba de ser un privilegio para alguno de los integrantes del núcleo familiar, pasando a ser el «deber ser» de los jóvenes y la responsabilidad de los adultos.

Este momento ha de encuadrarse en el proceso de universalización de la educación obligatoria en Uruguay. Veamos rápidamente sus etapas. La Constitución de 1967 (art. 70) introdujo la obligatoriedad de la enseñanza media, agraria o industrial, elevando la apuesta de la Constitución de 1952 que definía a la enseñanza primaria como único tramo obligatorio (De Armas y Retamoso, 2010: 13). En 1973 (Ley N.º 14 101) se estableció que la «educación será obligatoria, común y general, en el primer nivel para la escolar o primaria y en el segundo nivel hasta tres años mínimos de la educación secundaria básica». Así, en la Constitución como en la ley, hacia fines de los sesenta y comienzos de los setenta la obligatoriedad de la

56 Datos proporcionados por el CEI. Son aproximados a los de MEVIR (2014) donde se apunta para 2014 una matrícula escolar de 100 estudiantes y una liceal de 45.

57 Bourdieu (1990) dirá que la expansión y normalización de la enseñanza secundaria, al convertir en estudiantes a sujetos que, de otro modo, estarían trabajando, lo que hace es dejarlos «socialmente fuera de juego», aunque está pensando sobre todo en las instituciones educativas que aíslan a los jóvenes en un recinto apartado. En este caso se podría afirmar lo contrario: mientras permanecen en las instituciones educativas del pueblo, los adolescentes tienen un lugar asignado en el juego, entendiendo por «juego» al orden de tiempos y espacios que hacen a la dinámica cotidiana del lugar.

enseñanza media ya estaba instalada, si bien se trata de un debate que viene de los años cincuenta. Con la aprobación de la Ley General de Educación (N.º 18 437) en 2008, se concluye el proceso germinal de la Constitución de 1967 y la Ley de 1973 (ibíd.), pues la obligatoriedad alcanza la educación media superior.<sup>58</sup>

Los mojonos normativos que encontramos en el campo de la educación y del trabajo se configuran en una relación de dependencia con el discurso transnacional de los Derechos Humanos, muestra de lo cual es la incorporación de distintos instrumentos internacionales, entre ellos la Convención sobre los Derechos del Niño de 1989, ratificada por el Estado uruguayo en 1990. Lo que toma el aspecto de un giro civilizatorio no deja de ser, al mismo tiempo, un modelo de regulación del Estado-nación y, en su expresión más concreta, de las identidades y vidas de las personas. La incorporación de normativa que amplía los derechos y las obligaciones es uno de los rasgos señalados como característicos de la fase «neodesarrollista» del modelo capitalista (Santos et ál., 2013). Rita Segato (2007) piensa a este fenómeno como una política de las identidades globalizadas. Para ella la «diferencia» ha sido apresada por un «imperialismo moral» que tiene como principal instrumento los Derechos Humanos. En los formatos que impone, considera Segato, este imperialismo moral obstruye la emergencia de una conciencia clara de la profundidad de la diferencia (ibíd.: 18), promoviendo, en su lugar, una diferencia preformateada, superficial.

En el caso de Gallinal, parte de esta secuencia normativa cristaliza en la creación del CEI, pero la obligatoriedad del bachillerato no es percibida, justamente, como una obligación, sino más bien como una opción que va permeando, de manera paulatina, la sensibilidad colectiva. En esta línea es posible sostener que la «elección» de continuar estudiando encuentra impulso en la regulación de otros campos, como el laboral, como veremos en el siguiente apartado de este capítulo. En el escenario rural la articulación entre estos campos es compleja y no puede ser comprendida sin sopesar el conjunto de otras variables que están en juego, como las valoraciones de las generaciones precedentes y las estrategias que adoptan las empresas agroindustriales dominantes en la zona; estas calan simultáneamente en los vínculos interpersonales y en la dinámica socioterritorial del pueblo.

En la conjunción de estos elementos múltiples podemos ubicar un giro generacional, nuevos elementos de esta «cartografía genealógica» o, yendo al terreno de las narrativas y memorias, una «bifurcación del tiempo» (Guigou, 2010a). Pues en buena medida los padres de estos jóvenes no tuvieron estudios secundarios y, si recibieron esa instrucción, fue en general alejado de sus localidades de residencia.

---

58 «Es obligatoria la educación inicial para los niños y niñas de cuatro y cinco años de edad, la educación primaria y la educación media básica y superior. A tales efectos, se asegurará la extensión del tiempo pedagógico y la actividad curricular a los alumnos de educación primaria y media básica. [...] Los padres, madres, o responsables legales de niños, niñas y adolescentes, tienen la obligación de inscribirlos en un centro de enseñanza y observar su asistencia y aprendizaje» (Art. 7.º, Ley N.º 18 437).

La propia creación del pueblo produjo, como vimos, desplazamientos en los arreglos familiares y las relaciones de género, con lo que una agitación silenciosa en las relaciones primarias ya venía cristalizando. No estamos aquí frente a una mudanza superficial, un barniz que mantiene en su núcleo las mismas concepciones; la transformación progresivamente alcanza el núcleo significativo adoptando nuevos «valores funcionales» (Sahlins, 1997: 131): la juventud se desplaza hacia otras concepciones de sentido. Son tiempos de acontecimientos que dibujan en distintos términos la relación estructura-historia, al trazar una «redefinición programática de las categorías que altera las relaciones entre ellas» (ibíd.: 134).

Sin embargo, este no es un suceso rupturista en el sentido de borrar tajantemente los valores y pautas del pasado; se trata de acontecimientos que definen temporalidades «que provienen y se alimentan de más y más fragmentaciones» (Guigou, 2011: 165). Las generaciones más viejas rememoran y ponen en perspectiva su experiencia para estimar los escenarios del presente, en tanto las generaciones más jóvenes construyen sus significados al vivenciar de primera mano los movimientos institucionales que los tiene como protagonistas. Nuevamente, en palabras de Sahlins (1997: 135) «la cultura funciona como una síntesis de la estabilidad y el cambio, el pasado y el presente, la diacronía y la sincronía».

En la trama cotidiana coexisten y se articulan las concepciones producto de distintos momentos, generando un espacio relacional que no es por completo igual al de antes, ni es del todo nuevo. Esto se trasluce, por ejemplo, en el hecho de que el valor social y moral que se atribuye al trabajo sigue estando presente y operando como principal organizador de los sentidos sobre las experiencias vitales, pero no excluye que se aspire a continuar los recorridos educativos como símbolo de prosperidad. A su vez, la idea del «estudio» como actividad generadora de capital y distinción, no es una novedad entre estos interlocutores: en los relatos de los adultos sobre sus años de juventud también emerge la búsqueda familiar de alcanzar mejores condiciones de vida para los hijos, siendo el estudio uno de los caminos posibles. Lo que sucede es que antes había menos facilidades —o más dificultades— para concretarlo. Se trata entonces de un relato que se desenvuelve en forma espiralada y que se actualiza en articulación con los elementos contextuales de cada generación. Ilustrativo de esta síntesis es que en los discursos de los adultos conviven —en una relación no armónica, pero tampoco en un evidente conflicto— proyecciones sobre los jóvenes de reproducir sus valores de referencia, pero también de habilitar distintos rumbos de sus experiencias.

Las instituciones educativas se configuraron como un espacio de homogeneización, de borramiento de las diferencias (manteniendo, claro está, diferencias que por el momento son insuperables, como las que se basan en el género), al mismo tiempo que como un mecanismo de distinción social, en la medida en que se accede a mayores niveles de instrucción y acumulación de capital cultural. En particular la escuela pública en Uruguay se nutrió desde los tiempos varelianos del mito del igualitarismo, de subsunción de la alteridad en la producción de un «todos» (Guigou, 2003).

Manuel, unos años mayor que Carla, me mostró que su vivencia cobró otros matices en medio de este giro generacional:

«Manuel: Yo hice ciclo básico acá también, después de grande porque el liceo salió después [...] empecé como a los 14 años, yo y dos o tres muchachos más éramos los más grandes, y bueno, empezamos con los niños normales del liceo, pero lo hicimos, lo terminamos.

Luisina: ¿Había posibilidad de ir a estudiar a otro lado?

Manuel: No tanto como ahora, era más difícil, en particular mis padres no podían pagarme. No es como ahora que te facilitan el ómnibus, tenés la boletera... nosotros tenemos un chiquilín que estudiaba en la Agraria y claro, ahora te facilitan mucho para viajar y muchas otras cosas más que han ido surgiendo, que nada que ver a ese tiempo que yo fui, a mi edad después de salir de la escuela. Pero también recuerdo que salíamos a trabajar, yo siempre de chico trabajé en la panadería y me acuerdo que trabajaba y surgió eso del liceo, me invitaron mis compañeros y empezamos y lo terminé... fue una experiencia preciosa también».

En la experiencia de las generaciones precedentes, al no existir el ciclo básico rural había que irse a la ciudad a comenzar el liceo o a la escuela agraria, con apenas 12 o 13 años. Así, aunque los muchachos estuvieran lo suficientemente disciplinados para trabajar, al haber aprendido en el seno familiar o incluso empleándose en tareas del medio rural, aún se los consideraba chicos para emprender la hazaña educativa. Este sentido de vulnerabilidad de los jóvenes en la ciudad persiste entre quienes habiendo cursado ciclo básico en Gallinal, continúan bachillerato en Paysandú. Allí se desdoblan trayectos múltiples; hay quienes se van y siguen vinculados a las instituciones educativas, otros que no, hay quienes retornan, e incluso quienes se vuelven a ir:

«Carla: Casi todos los del grupo nos vinimos acá a Paysandú el mismo año [...] ponele que éramos 6 o 7, y que terminamos de esos 6 o 7 sexto... 2 o 3.

Luisina: De los que vinieron a Paysandú y no terminaron el liceo, ¿sabés qué fue de sus vidas?

Carla: Algunos se volvieron al pueblo y viven allá, se pusieron a trabajar y formaron su familia y viven allá... acá debe de haber dos o tres capaz, de ese grupo».

Hay distintos elementos en juego: por un lado la creciente valoración hacia lo educativo; por otro, el peso gravitante del sentido de conformar una familia. Si bien no son excluyentes, el primero va en la línea de ampliar la «moratoria social» y el segundo es considerado un indicador de «transición a la adultez». Al respecto se ha mostrado que la continuación de las trayectorias educativas suele

retardar la edad de tener hijos (Filardo, 2011). Con todo, «seguir estudiando» es una aspiración y una práctica presente<sup>59</sup>.

Imagen 11. Actividad realizada en el transcurso de la investigación en el Centro Educativo Integrado con los jóvenes de tercer año de ciclo básico



Fuente: fotografía cedida por una persona presente en la actividad

Insistiré con respecto a que las implicancias de las distintas posiciones de género no son menores; ellas otorgan a varones y mujeres diferentes responsabilidades e involucramientos en lo que hace a conformar una familia, y en lo que tiene que ver con forjarse como trabajadores o estudiantes. Si algo reflejan los relatos de los jóvenes de Gallinal, como los de Carla y Manuel citados más arriba y el que sigue a continuación, es que la linealidad de las trayectorias es, como propuso

59 Algunos datos de la población juvenil rural dan cuenta de la tendencia. Se observa para localidades pequeñas y zonas rurales de todo el país un aumento de 47,6 % a 51,1 % entre 2006 y 2014, en jóvenes de 14 a 17 años que completaron el ciclo básico de educación media. La finalización del bachillerato aumentó de 18,5 % a 19,6 % entre 2006 y 2014, en la franja de 18 a 20 años, en tanto para personas de 30 años y más, se pasó de 8,6 % a 12,0 % en el mismo período (Observatorio de la Educación-Codicen, 2015). Una característica relevante es que la asistencia es mayor en las mujeres, en el primero como en el segundo ciclo de secundaria. En 2014 la asistencia a educación media (12 a 17 años, para localidades pequeñas y zonas rurales de todo el país) fue de 79,5 % entre mujeres y 66,9 % entre varones. En forma desagregada tenemos, respectivamente para mujeres y varones en 2014, que la asistencia al primer ciclo fue de 78,1 % y 68,5 %, y al segundo ciclo de 46,3 % y 26,5 % (ibíd.). Las cifras muestran en abstracto la tendencia del giro generacional hacia lo educativo, pero también revelan distancias significativas entre quienes culminan ciclo básico y quienes finalizan el ciclo completo de enseñanza media, con una clara diferencia según el sexo.

Bourdieu (1989), una «ilusión biográfica»<sup>60</sup> y que los acontecimientos en los ciclos vitales están «sujetos» al lugar que tienen en un campo relacional.

Integrante de una familia de varios hermanos y con jefatura femenina, Ignacio hilvana sus idas y vueltas, desde que cursó el liceo:

«Ignacio: Mi madre trabajaba, yo iba a clases y salía 12:20 h, o un poco más tarde, 1:30 h. Salía del liceo y no iba para casa, me ponía a vagar por la calle, dejaba la túnica tirada y los libros por ahí y después los pasaba a buscar. Era bastante desprolijo, más que nada en primer año cuando arranqué, que salí de la escuela al liceo y... de hacer los deberes nada, de estudiar, cero.

Luisina: ¿Cómo te fue en el liceo?

Ignacio: Repetí, ese año repetí sí, claro, el tema era que... un abandono total, tenía otro compañero también que era como yo, y lo que menos hacía era acatar órdenes, pensar en mí, en mi futuro. Era jugar al fútbol, salir por ahí a caminar.

Luisina: ¿Cuándo terminás el liceo?

Ignacio: Ahí ya estaba bastante más maduro, me fui a Paysandú a estudiar, terminé tercero y me fui para allá y no logré terminar el año y me vine. Estaba haciendo electromecánica [en UTU], me iba bien, pero empecé a extrañar, a extrañar, a extrañar... es algo que todavía no logro convencerme de cómo pude dejar de estudiar, cómo me pudo haber pasado eso [...] Extrañaba la realidad en que vivía, extrañaba mi entorno, me cambiaron de hábitat, no logré inculcar la ciudad en mí, adaptarme a lo que yo estaba acostumbrado.

Luisina: ¿Dónde vivías en Paysandú?

Ignacio: En el hogar estudiantil, había sacado beca y me habían dado esa y la económica también [...] Me dijeron en casa, 'Ignacio, no te vengas', me voy, me voy... me fui y me fui, fue algo de una semana, algo súper rápido, creo que nunca había estado tan seguro en mi vida de tomar una decisión como esa, quiero irme, irme, irme, cerrado [...] era buena la relación con todos y mis notas no eran malas ni nada, aparte ya me estaba acostumbrando, ya algunas cosas las había adaptado y de un día para el otro apareció eso y... después me llamaron de UTU, y dijeron:

---

60 Bourdieu considera equivocada la idea de una «historia de vida». Advierte que esta visión «conduce a construir la noción de trayectoria como la serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en devenir y sometido a incansables transformaciones. Intentar comprender una vida como una serie única y suficiente en sí misma de acontecimientos sucesivos sin otro nexo que la asociación a un 'sujeto' cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre, es por lo menos tan absurdo como intentar dar razón de un trayecto en el metro sin tomar en cuenta la estructura de la red, es decir, la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones» (Bourdieu, 1989: 31).

‘¿Ignacio por qué dejaste?, si hay problemas en el hogar estudiantil nosotros lo hablamos’, no no, está todo bien, ‘pero mirá que podés regresar’, yo dije bueno, la semana que viene voy, y no fui nunca. Después empecé a trabajar acá, porque antes de irme, ya en segundo año, eso del descontrol mío fue en primer año, en segundo año de liceo y tercero trabajaba, terminaba el liceo y me iba a trabajar.

Luisina: ¿En qué trabajabas?

Ignacio: En la apícola, con un hombre que tiene unas colmenas, él me empezó a llevar y le agarré la mano como quien dice y trabajé dos años con él. Después que me vine de allá seguí trabajando con él hasta que cumplí los 18 y ahí entré en un trabajo formal, arrancaba naranjas. Después me fui para Río Negro, estuve trabajando allá y después me vine otra vez».

Por último, merece consideración la frecuente mención al esfuerzo familiar y a la imposibilidad económica de sustentar la continuidad del ciclo educativo, aspecto también ligado a la posición territorial. «Mandar a los hijos a estudiar» nunca fue sencillo. Entre las generaciones adultas que integraron en muchos casos familias de productores, o que se empleaban como peones desde adolescentes, irse a estudiar implicaba perder el aporte de su fuerza de trabajo o, en su defecto, la ayuda que su ingreso significaba para la economía del núcleo familiar. Quienes defienden a capa y espada el sentido emancipatorio de la educación, sienten que algunos adultos no lo han entendido y no apoyan lo suficiente:

«[...] vinieron cantidad de chicos [a Paysandú] pero volvieron para atrás, como que no se adaptaron, y no tienen mucho lo del estudio, no tienen conciencia de la importancia que es que ellos estudien y sigan adelante, recién ahora que el pueblo ya tiene 24 años se están dando cuenta que hay chicas que se han recibido de maestras, otros hicieron cursos en la UTU y están trabajando en ANTEL, entonces recién están viendo la importancia del estudio. A los padres les cuesta gastar en estudio, piensan que están gastando, y están invirtiendo. En pueblo Gallinal las familias con la memoria despierta se dan cuenta que tienen que estudiar y estudian y obligan y exigen y controlan, ahora, los demás vuelven para atrás y se arrepienten después» (Inés, exdocente en Gallinal).

Entre los jóvenes de hoy, tener la posibilidad de completar ciclo básico de secundaria en el pueblo coloca la expectativa de continuar hacia el bachillerato y, aún más, hay quienes imaginan alcanzar una carrera terciaria. Con la descentralización de la Universidad de la República y la creación de la Universidad Tecnológica del Uruguay esta última aspiración no queda finalmente tan lejos como años atrás.

Al mismo tiempo que se legitima un sentido de valoración hacia lo educativo, otros dos desplazamientos tienen lugar: por un lado cobra fuerza la idea

de que con una mayor instrucción se puede llegar a mejores puestos de trabajo que los inmediatamente accesibles en el pueblo (los escalafones más bajos de la *naranja* y la forestación), lo que por transitividad alimenta la expectativa de radicarse en la ciudad; y, por otro, cambios en la estructura normativa del trabajo rural, que incorpora los 18 años como edad mínima para emplearse en «trabajos peligrosos», ponen en jaque al principal *locus* significante (el trabajo) y traza una línea divisoria entre los que pueden y no pueden acceder a este mercado.

La juventud no termina al finalizar el ciclo básico, allí apenas está comenzando. Lo que sí termina es un período de «moratoria social» compartida para los jóvenes que residen en el pueblo. La salida del ciclo básico da paso a una etapa diferente que puede tomar básicamente dos rumbos. Uno es el de continuar estudiando en la ciudad de Paysandú, iniciando de este modo una fase híbrida entre la protección familiar e institucional y la emancipación. Aquí los jóvenes aún son estudiantes y son en edad aún relativamente pequeños (entre 15 y 18 años aproximadamente); suelen recibir becas de alojamiento y de transporte, lo que facilita enfocarse en los estudios al permanecer próximos al liceo, pero también, contar con la posibilidad de volver con regularidad al nicho familiar. En algunos casos, incluso, van y vienen entre Gallinal y Paysandú todos los días, opción que no puede ser menos que una proeza: salen temprano en la mañana cuando el ómnibus que va desde Paysandú hasta Cerro Chato retorna (pasando nuevamente por Gallinal), y emprenden el regreso a las 17:30 h, cuando tiene salida la otra frecuencia que realiza el mismo recorrido, llegando al hogar sobre las 19 h. Pasan prácticamente todo el día afuera. Si alcanzan un ómnibus más temprano, de los que salen con destino a la ciudad de Tacuarembó, se bajan en la intersección de la ruta 26 y el camino que conduce al pueblo, y allí procuran «conducción» o los van a buscar sus padres. El otro rumbo, menos valorado por cierto, es el de permanecer en el pueblo, «esperando» la edad de trabajar. Sobre esto hablamos más adelante en este capítulo.

## Centro MEC

Fue mencionado más arriba que desde hace algunos años funciona en Gallinal un Centro MEC. «Centros MEC» es una política cultural del Ministerio de Educación y Cultura (MEC) que se inicia en 2007 y llega a Gallinal en 2008. Merece una mención específica porque se trata de una propuesta de política pública inédita en Uruguay, que funciona en pequeñas localidades del medio rural y ha influido en las prácticas juveniles en el pueblo, más allá de que su propuesta no es exclusiva para jóvenes. En poco más de diez años que lleva la iniciativa se han creado más de 125 centros en todo el país (Elissalde et ál., 2015); por la huella territorial que produce, puede trazarse una analogía entre su despliegue y el de MEVIR. No es un tema menor cómo la presencia institucional en territorio

produce un efecto —tal vez no drástico, pero sí acumulativo— en la vida de las personas y esto es lo que aquí nos interesa observar.

La apertura diaria del Centro está a cargo de su «animadora»<sup>61</sup>, y sus actividades se gestionan entre la Intendencia y la Dirección de Centros MEC. Abre de lunes a viernes seis horas cada día, por la mañana o por la tarde según se esté en vacaciones o en el transcurso del año lectivo, pues se procura que se superponga lo menos posible con el centro educativo. Está situado en uno de los locales que conforman la galería de la «avenida principal» y comparte las instalaciones con un puesto de ANTEL donde se pagan facturas, adquieren teléfonos o recargan crédito en sus celulares.

Imagen 12. El Centro MEC visto desde la galería



Fuente: fotografía cedida por la animadora del Centro

Dentro tiene dispuestas seis computadoras, una pequeña biblioteca, un par de mesas, sillas y un escritorio. La biblioteca está compuesta por revistas y libros de literatura, poesía y dramaturgia editados por el MEC, muchos de ellos a través de los Fondos Concursables<sup>62</sup>; en menor cantidad hay publicaciones de otras procedencias. Las paredes lucen decoradas con productos provenientes del taller de manualidades. Hubo otros talleres, por ejemplo, de guitarra y jornadas de educación física para los niños y jóvenes. Estas propuestas se definen año a año y se trata de buscar docentes que vivan en el pueblo para facilitar la logística, aunque no siempre es posible. Los talleres funcionan fuera del horario en que el Centro ofrece las computadoras para su uso, pues es inviable por el tamaño del lugar superponer actividades.

61 Animador/a es la categoría institucional con que se identifica a quienes trabajan en el local de los Centros MEC a diario. Hay otras figuras como los talleristas y alfabetizadores digitales.

62 Programa del Ministerio de Educación y Cultura que destina fondos públicos a Proyectos Artísticos Culturales a través de mecanismos concursables.

Imagen 13. Actividad en el Centro con niñas/os del CAIF



Fuente: Blog de Pueblo Gallinal <[www.gallinaldigital.blogspot.com](http://www.gallinaldigital.blogspot.com)>

La incorporación del Centro MEC en el pueblo no produjo un cambio drástico en las prácticas y percepciones de los moradores; su aporte se puede considerar en una temporalidad que fluye y que de forma sutil va produciendo cambios en las dinámicas cotidianas, sin que eso modifique las posiciones sociales; al contrario, termina reafirmandolas. Veámoslo. Hay un orden *mainstream* de las actividades y del tiempo que está dado por lo laboral, lo que se hace notorio al observar quiénes concurren al Centro y qué hacen allí. En el tiempo que realicé el trabajo de campo fueron niños y adolescentes los principales usuarios del Centro MEC. Eventualmente aparecían jóvenes más grandes y adultos. En los talleres también eran mayoría los niños y adolescentes, salvo en el de manualidades, que se había convertido en un espacio de mujeres. En efecto, había un grupo de «madres de familia» a las que se sumaban algunas muchachas jóvenes, quienes encontraron en el Centro una manera de pasar un tiempo entre mujeres y fuera del espacio doméstico. La actividad, con todo, no desafiaba el estereotipo de género que atribuye a ellas una sensibilidad específica para lo manual, y quizás por eso mismo había reunido concurrencia y permanecido en el tiempo. El modo en que operan los «roles de género» y lo esperable de las posiciones generacionales se hacía evidente en la selectividad que tenían las actividades que proponía este espacio: los hombres adultos «trabajadores» del pueblo eran figuras ausentes. Cuando puntualmente aparecían hombres adultos era para solicitar una fotocopia o imprimir algún documento. Estas observaciones permiten aventurar la idea de que el modo en que funcionan las construcciones del género, así como las «identidades juveniles», son dimensiones relevantes para comprender el desarrollo que toma esta política cultural.

La presencia masculina que sí había, pero que se consideraba indeseable, era la de los jóvenes zafrales. Tan incómodo y difícil de conducir resultaba su

modo de actuar, que se propuso un mecanismo para los días en que aparecían en grupos numerosos:

«Es bastante complicado el tema con la gente ahí, siempre fue y claro, cada vez peor. Entonces con esta gente en el Centro MEC cuando llovía que no trabajaban en la citrícola se iban a instalar allá, porque hay un ciber y es gratis, y cuando querías acordar tenías una patota de ocho o diez sucios, con olor a vino, todos embarrados, mojados, eran un asco, todos metidos ahí queriendo entrar, y de repente había gurisas adolescentes ahí adentro en las máquinas, y empezaban a mirar con cariño a las gurisas, [entonces se habló] a ver qué se hacía en ese caso, porque era un caso particular, hablaron con el jefe comisario de la zona y dispusieron que los días de lluvia un policía recorriera, fuera al Centro, estuviera ahí controlando, viera cómo estaba la cosa y si estaba muy turbio el ambiente que se cerrara el Centro [...] Eso fue... vinieron un par de veces y se cortó, porque se buscó una solución. Es complicado tener niños y adolescentes ahí y a esta gente, hay de todo, porque te digo no todos son malos, pero...» (exanimadora del Centro MEC).

El vínculo del pueblo con los trabajadores zafrales se aborda con mayor profundidad en el capítulo siguiente. Lo que aquí merece atención son los modos a través de los cuales se van moldeando las posiciones de unos y otros sujetos a través de puntuales arreglos institucionales. No es que el Centro MEC ideológicamente no fuera inclusivo<sup>63</sup>, sino que la situación concreta desbordaba sus posibilidades, instalando, en suma, prácticas selectivas y de exclusión. El lugar convocaba a los zafrales porque ofrecía Internet y, al mismo tiempo, porque es una configuración institucional nueva, distinta a las otras presentes en el pueblo, cuyas funciones son tradicionalmente conocidas.

El Centro MEC requirió de un tiempo para darse a conocer y para que se generara una idea de qué era, qué ofrecía y a quiénes convocaba. Su aparición se agenció muy bien con el discurso compartido entre las distintas generaciones de que «para los jóvenes en el pueblo no hay nada» con lo que se le atribuyó de forma implícita el significado de un espacio juvenil. Sin embargo, en general los jóvenes que concurrían eran quienes ya ocupaban un «lugar institucional»: los escolarizados. No nos olvidamos que también hay impedimentos de orden práctico, por un lado, una porción de la población juvenil de Gallinal está radicada en Paysandú estudiando, por otro, en el horario que está abierto el Centro MEC la mayor parte de los jóvenes grandes (mayores de 18) y los adultos están trabajando. No obstante una ausencia era notoria: la de los jóvenes que permanecen en el pueblo desvinculados

63 «Centros MEC es una red de casas del Ministerio de Educación y Cultura —en sociedad con gobiernos locales y ANTEL— que funcionan como puntos de encuentro entre trabajadores del Ministerio, las intendencias, las alcaldías y organizaciones sociales y de vecinos de cada localidad. La red está organizada sobre la base del territorio departamental y su objetivo es contribuir a la integración social y a la formación ciudadana, operando como lugares de encuentro, animación, intercambio y generación de propuestas» (Elissalde et ál. 2015: 5).

de lo educativo y sin edad suficiente para ingresar al mercado de trabajo. Ellos son probablemente los más desamparados en cuanto a propuestas y a quienes más les cuesta integrarse a actividades en el marco de instituciones.

Lo interesante a puntualizar es la articulación entre la producción discursiva e institucional, que colabora en reforzar los sentidos y así, los límites, entre distintas juventudes y entre juventud y adultez. Tan afirmada estaba la idea de que los jóvenes padecen la falta de propuestas, que incluso surgiendo actividades y espacios el discurso persistía; a su vez, los adultos anclados en su imaginario de trabajadores difícilmente participaran de un espacio que, no obstante, también los convocaba. No cabe duda que la inclusión es un asunto complejo de llevar a la práctica. En este caso vemos que aun siendo los jóvenes los sujetos subalternos en este entramado, son los adultos quienes quedan «fuera de juego», recurriendo a la expresión de Bourdieu, y las múltiples posiciones generacionales y de género lejos de desdibujarse se tornan nítidas, por ejemplo a través de una disposición sencilla como puede ser definir un horario de funcionamiento del lugar.

¿Qué más ocurre dentro del Centro MEC?, ¿qué comportamientos y qué juventudes contribuyen a trazar una política cultural de este tipo en un escenario rural? Florencia, una de sus técnicas, me contaba de su experiencia intentando dar un orden al lugar:

«Florencia: Y costó... fue nuevo para la gente porque para todo el Uruguay fue nuevo; mucha gente no sabía para qué servía ni qué tenía que ir a hacer, para algunos era un cíber, sobre todo para los chiquilines, porque son de la época del cíber y costó sacarles esa idea. Al principio eso, después el hecho de que no tuvieran que pagar, que tenían que respetar un reglamento, un horario, por ejemplo, no podés entrar descalzo, no podés entrar sin remera, respetemos que es un lugar educativo, eso costó mucho, esto es un centro educativo y cultural, acá no pueden venir como si fueran a la canchita de fútbol.

Luisina: Entonces sucedía eso y vos les recordabas...

Florencia: Sí, yo siempre fui muy rigurosa con eso, medio bruja, la vieja del MEC me decían [*risas*] porque siempre los tenía cortitos, los mismos hábitos de cuando vas a la escuela, bueno acá también... a veces es difícil decirle a un chiquilín 'no m'hijo, acá no puede entrar descalzo' porque de repente no tiene que ponerse... pero alguna chinelita, alguna zapatillita, no sé... y les hablaba bien, 'bueno, hoy entrás pero la próxima vez vení con zapatos porque esto es como ir a la escuela'

Internet se convirtió en el principal llamador de niños y jóvenes. Iban con la intención de acceder a Facebook, al correo electrónico o a juegos en línea. En más de una ocasión intentaron promover otras prácticas, como la lectura, pero no tenían éxito. En el Centro había problemas de conectividad; durante el año que visité el pueblo hubo varios intervalos sin Internet. Cuando ocurría,

en un pizarrón se anunciaba: «Centro MEC sin conexión». Las ceibalitas<sup>64</sup> y el despliegue de las tecnologías de la comunicación habían colocado al uso de Internet como actividad predilecta de los niños y jóvenes, quedando otras en segundo plano. De este modo cuando no había conexión, las jornadas en el Centro transcurrían en calma, con escasa concurrencia. Promediando diciembre de 2014 se logró restablecer la conectividad, lo que, sumado a las vacaciones que estaban iniciando, devolvió un aire movido al espacio, que ahora abría en las mañanas:

«Hoy hay tres chiquilines ocupando dos de las 6 computadoras y hacia el mediodía se llena. El “sin conexión” ya un tanto borroneado que versaba en el pizarrón, fue sustituido por “Centro MEC con Internet”. Los chiquilines que están en las computadoras entran a Facebook y recorren los “muros”, comentando entre risas las fotos que han posteado. Otros juegan carreras de autos *on line*. Ya sobre las 14 h la animadora les dice “vayan cerrando”, recordándoles el cambio de horario con un “ahora tienen que madrugar”. Minutos más tarde el Centro MEC cierra sus puertas, hasta el lunes a primera hora» (Diario de campo, diciembre de 2014).

El uso casi naturalizado e incorporado con las tecnologías de la comunicación por parte de los niños y jóvenes constituye un viraje generacional relevante. Sus padres también han aprendido a utilizarlas, incluso los adultos que concurren a las clases de alfabetización digital que ofrece el Centro<sup>65</sup>. Sin embargo el uso que le dan y el modo en que lo hacen no es el mismo. Los más jóvenes no temen al ensayo y error, mientras los adultos aprenden más lento y con mayor cautela. Si la construcción del pueblo y la expansión de las agroindustrias fue lo que marcó una diferencia de los actuales adultos con la generación anterior, socializada en un trabajo rural más tradicional, la extensión de las trayectorias educativas y el uso de dispositivos de comunicación están entre los fenómenos que imprimen una marca diferenciadora entre ellos y sus hijos. En ambos casos los cambios implicaron reconfiguraciones en los aspectos más elementales de la vida: sus corporalidades, posiciones de género, hábitos y maneras de relacionarse. Es que una institución educativa o cultural no solo educa o promueve la cultura, marca al sujeto en su forma de ser y estar en el mundo.

64 Expresión coloquial que refiere a las computadoras xo entregadas a escolares por el Plan Ceibal.

65 Los talleres de alfabetización digital para adultos fueron la propuesta insignia de Centros MEC en sus comienzos, puesto que a través de su infraestructura territorial se podía llegar a los adultos de múltiples localidades. Se diseñó un Plan Nacional de Alfabetización Digital que tenía por objetivo disminuir la brecha generacional a través de la utilización de las TIC (MEC, 2010). Los talleres siguen realizándose, pero con la incorporación de otras actividades la impronta de Centros MEC se diversificó.

## Los otros jóvenes

Cuando de jóvenes y trabajo o, más bien, de jóvenes y desocupación se trata, en el pueblo todos tienen algo para decir. Preocupada, Inés intentaba poner sobre la mesa las complejidades del tema:

«Inés: Me acuerdo un chiquilín de 14 años que dejó el liceo, no terminó tercero, dejó, entonces quería trabajar en una estancia. Fue a sacar el permiso a INAU, le dieron permiso, sí, una hoja así [*gestualiza con sus manos una lista extensa*] con todo lo que no podés hacer, no podés andar a caballo, no podés no sé qué más, nada, y cuando llevó eso al propietario de la estancia, le dijo ‘bueno, serás trabajador y todo pero no puedo darte trabajo’, y ahí está el chiquilín en la casa, va a buscar a la hermana al liceo, va, viene...

Luisina: ¿Dejó en tercero?

Inés: Sí, porque no le gusta, porque no quiere irse, porque sueña con el campo, tiene 14 años, imaginate que tiene que esperar ¡4 años!, ¡eso está mal! Los primeros pobladores de Gallinal empezaron a trabajar a los 15 años en Azucitrus, no les pasó nada, al contrario, son los que trabajaron, los que se sacrificaron y todo lo demás. En esos 4 años te desviás totalmente, pueden pasar muchas cosas [...] es como que se contradice, como que estás dando a entender que el chiquilín haga cualquier cosa, yo interpreto así [...] eso es una problemática para los padres [...] me acuerdo cuando recién empezó esta ley, en el liceo había una señora que limpiaba y tenía una nena de 10 u 11 años, y estaba con la idea de ayudarla, ‘traeme el tarro, traeme el lampazo, llevame aquello’, y empezó esta ley y se presentó otro padre a decir que permitir eso estaba mal.

Luisina: ¿Y esa chiquilina si no la acompañaba a la madre?

Inés: Se tenía que quedar sola en la casa».

En el otro extremo de la contienda, Roberto, el interlocutor de Azucitrus, exhibía la versión empresarial:

«La gente trabaja desde los 18 años, antiguamente entraban más jóvenes, con 16, hoy en día por un tema de riesgo, la empresa ha decidido que los trabajadores tengan 18 años cumplidos. La legislación te permite trabajar con 16 con permiso de los padres, pero por una serie de condiciones, de trabajo con agroquímicos, con maquinaria pesada, poder llegar a trabajar en horas de la noche, para evitar cualquier riesgo de esos la empresa decidió que el trabajador empiece con 18 años cumplidos».

Recuerdo las palabras de Genoveva: «ahora está todo cambiado». Antes no era así de notoria la presencia polifacética del Estado en el campo, tampoco había

grandes empresas extendiéndose por hectáreas y hectáreas. Mis abuelos, por ejemplo, medían las distancias en leguas y aunque físicamente permanezcan, sus percepciones denotan a una trama menos abigarrada que la actual. Pero ¿cuál es el límite entre el antes y ahora, de una generación a la otra o entre ser joven o adulto?, ¿qué pauta de la transición entre ambos momentos? Estamos otra vez en el terreno de las temporalidades, en tanto incorporación subjetiva y compartida del tiempo. La referencia a distintas temporalidades sin límites precisos (antes/ahora) es parte de la construcción del pensamiento y la sensibilidad generacionales; es también esa mediación «sin centro o centralidades» (Guigou y Tani, 2001). La experiencia de un tiempo pasado es el capital que acumulan las generaciones adultas, la acción diferenciadora en el tiempo presente, es la de los jóvenes. Pero no hemos de pensarlas en una confrontación irremediable; en esta relación hay también continuidades y recíproca transformación. Adultos y jóvenes no en todo piensan distinto, pero a pesar de eso son sujetos diferentes, y son, además, grupos que conservan heterogeneidad interna: no hay *un* o *una* joven, o *un* o *una* adulto/a. Existen también pautas de diferenciación que no las producen ellos y ellas, sino que son parte de su contexto de vida, como en este caso la regulación de lo laboral.

La edad de ingreso al mercado laboral es uno de los eventos vitales que enfocan los estudios sobre regímenes de transición a la adultez (Filardo, 2011; Fernández, Bonapelch y Anfitti, 2013). En términos generales, estos estudios muestran que históricamente los ciclos de vida han estado sujetos a las leyes civiles que obligan a estudiar, legitiman o prohíben edades para trabajar, contraer matrimonio o votar. Así, implícitamente la alteración de la secuencia se torna indicador de desviación social, como ocurre por ejemplo con la maternidad adolescente (Fernández et ál. 2013: 133).

También pensemos el contexto histórico. Recordemos que, como fenómeno socio-cultural, se ha dicho que la «juventud rural» se produce en los países latinoamericanos de la mano de la modernización de la agricultura (Bevilaqua, 2009), de modo que la evolución de ambas condiciones han de observarse relacionamente. Los estudios realizados en Uruguay sobre el período de la modernización agraria de la segunda mitad del siglo XX, revelan modificaciones en el mercado de empleo que colocan a la población juvenil como protagonista del proceso productivo de distintos rubros (Piñeiro, 2001a; Tubío, 2001; Romero, 2004; Piñeiro y Carámbula, 2006; Carámbula, 2009). Con anterioridad ya existía la idea de juventud pero en este período se afianza en el establecimiento de un mercado de trabajo juvenil. En síntesis:

[...] los jóvenes rurales se insertan en el mercado laboral, en las actividades tradicionales, como la cría de ganado, aves y otros, pero con especial énfasis en las actividades agro-exportadoras como la producción frutícola, de hortalizas y forestal. Se presentan no solo como reposición de la mano de obra existente, sino también como mano de obra flexible ante los cambios productivos, que han ocurrido en el agro uruguayo en los últimos treinta años (Romero, 2004: 197).

Dicho esto, me veo interpelada a preguntar qué hace a la población joven «más flexible» que la adulta, y si esta expresión no es, en definitiva, un eufemismo de precarización laboral y subordinación generacional.

Para el escenario de Gallinal, entonces, el trabajo remunerado —y su contraparte necesaria e invisibilizada: el trabajo no remunerado, de la mano de la regulación estatal de lo laboral, lo productivo y lo educativo— no solo conforma el eje organizador de la vida cotidiana, sino que también contribuye a delimitar el estatus sociogeneracional de las personas. En la «coyuntura de estructura» (Sahlins, 1997) que se presenta en el pueblo, esta cuestión involucra a todos desde distintos ángulos, por lo que podríamos llamarlo «drama generacional».

Tracemos una línea en el tiempo para echar un vistazo más amplio al proceso normativo que tejió las bases del contexto actual. En 1934 el Ministerio de Protección a la Infancia aprobó el primer Código del Niño. Allí se prohibía el trabajo en establecimientos industriales a menores de 14 años, y a menores de 12 en la ganadería y agricultura. Contar con educación primaria era un requisito para ingresar al mundo del trabajo, y que esto se cumpliera, es decir que no se empleara a niños que debieran estar en la escuela, era competencia del Estado. Una causal que hacía a la concesión del permiso para emplearse entre los 12 y 14 años era que su trabajo fuera «indispensable para el sustento de ellos mismos, de sus padres o de sus hermanos» (Consejo del Niño, 1934). Asimismo, se prohibía el trabajo a los menores de 18 años en toda actividad que «perjudique su salud, su vida o su moralidad, que sea excesivamente fatigante o que exceda sus fuerzas» (ibíd.), siendo nuevamente esta entidad la que determinaría qué trabajos son de carácter insalubre o peligrosos.

Un año antes de la aprobación del Código del Niño, en 1933, Uruguay ratificó distintos Convenios de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), entre ellos los tres que establecían los 14 años como la edad mínima para trabajar en el rubro marítimo, industrial y agrícola<sup>66</sup>. En 1950 se prohibió el trabajo nocturno de menores de 21 años en actividades insalubres (Ley N.º 11 577) y en 1953 se homologaron los Convenios 59 y 60 de la OIT —ambos de 1937— que elevaban a 15 años la edad mínima de trabajo (Ley N.º 12 030). Este momento es significativo pues todos los instrumentos posteriores mantendrán esta edad. En 1967, la Constitución de la República incorporó que el trabajo de los menores de 18 años —junto con el de las mujeres— sería especialmente reglamentado y limitado (art. 54), y estableció la obligatoriedad de la enseñanza a niños, niñas y adolescentes (art. 70). En 1973 la OIT sintetizó en el Convenio 138 las disposiciones en materia de regulación de la edad mínima para trabajar establecidas en los anteriores y Uruguay lo ratificó en 1976.

Aunque la edad mínima para el primer empleo (15 años) y la edad mínima para trabajos peligrosos (18 años) quedaron fijadas en 1953 y 1934 respectivamente, la primera década de los dos mil será de desplazamientos varios en lo que

66 Se trata del Convenio sobre la edad mínima (industria), de 1919; el Convenio sobre la edad mínima (trabajo marítimo), de 1920 y el Convenio sobre la edad mínima (agricultura), de 1921.

hace a la regulación del trabajo juvenil. En 2000 se crea el Comité Nacional para la Erradicación del Trabajo Infantil, en 2001 el Estado ratifica el Convenio 182 de la OIT, que obliga a erradicar con la mayor celeridad posible las peores formas de trabajo infantil, y en 2004 se aprueba el Código de la Niñez y la Adolescencia (Ley N.º 17 823), que actualiza el Código del Niño de 1934. Este confiere al por entonces Instituto Nacional del Menor (INAME, actual INAU)<sup>67</sup> la competencia exclusiva para habilitar de forma excepcional el trabajo de los adolescentes mayores de 13 años (art. 165), y establece un régimen regulatorio especial de la jornada laboral para todos los menores de 18 años, para prevenir la desvinculación del sistema educativo (arts. 169 y 170). Asimismo, se encomienda al INAME la elaboración de un listado de las tareas consideradas «trabajo peligroso», el cual aparece en 2006 (Resolución 1012/006 del Directorio de INAU). Con este andamiaje se llega a 2013, año en que se aprueba la Ley de Empleo Juvenil (N.º 19 133), y su decreto reglamentario en 2015. La actual ley no incorpora modificaciones en lo relativo a las edades, sino que establece una serie de medidas de promoción y regulación del empleo de los sectores público y privado. Por último, el Estatuto del Trabajador Rural de 2012 (Ley N.º 14 785), suscribirá los 18 años como edad mínima para el trabajo en el medio rural (art. 25).

Este panorama nos permite notar que si bien la normativa que busca proteger a los jóvenes menores de 18 años tiene más de ocho décadas —no sin contradicciones claro está, pues «proteger» puede significar distintas cosas según el momento y el contexto—, el listado de «trabajos peligrosos» —que incluye la agricultura, la forestación y la ganadería—, elaborado por INAU, data de 2006. Puede considerarse a este un año de inflexión en lo que hace a la firme determinación, por parte de las empresas que se encuentran en la zona de Gallinal, de no contratar a menores de 18 años, aunque de acuerdo a la normativa podrían hacerlo siempre que garanticen condiciones de protección (por ejemplo, asignándoles otro tipo de tareas, no peligrosas), y les permitan continuar sus estudios.

El quid del asunto es que en el período comprendido entre la finalización del ciclo básico y la edad mínima para ingresar al mercado de trabajo, esa porción específica de la población juvenil (ente 15, 16 y 18 años) está excluida de dos de las principales actividades que rigen la vida del pueblo: el estudio y el trabajo, aun cuando en la actualidad la educación media superior es por ley obligatoria y, también por ley, se promueve el trabajo en la población juvenil. Los pobladores de Gallinal viven en carne propia este dilema, que los ha llevado a bregar por un retorno a las ruralidades de antaño. En un documento elaborado por vecinos en 2010, en el contexto de la campaña política previa a las elecciones departamentales, reclamaban con respecto al trabajo:

—Límite de edad: se solicita mínimo de 15 años para jóvenes para involucrarse en el campo laboral.

---

67 En 2004 el Instituto Nacional del Menor (INAME) se transforma en el Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU).

—INAME: Revertir condiciones para el desarrollo de tareas en el medio rural, ejemplo: no poder andar a caballo (Documento *Inquietudes y necesidades de Pueblo Gallinal*, 20-02-2010).

La ampliación de derechos de los jóvenes ha dejado sus baches en el medio rural, pues aunque se establezcan precisiones en la normativa sobre lo rural, no dejan de ser marcos entre cuyas fisuras se deslizan realidades. De modo que se protege, pero no se tratan con suficiente detenimiento otros efectos que estas medidas generan; en verdad cabría cuestionar el sentido de esa «protección» si sus medidas son solo restrictivas y no producen respuestas ya no a lo que los adultos consideran sobre los jóvenes, sino a lo que los jóvenes quieren para sí mismos. Incluso, es probable que no se visualicen con claridad los virajes específicos que el modelo de acumulación capitalista produce en los territorios y las vidas de las y los pobladores rurales<sup>68</sup>. En este caso la puntual combinatoria entre normativa y empresas de gran porte establece una base de inevitable producción de desigualdad inter e intrageneracional, al trazar un límite para acceder a la principal actividad de ese lugar: el trabajo. A su vez, la marcada presencia de estas empresas deja un ínfimo margen para la emergencia de prácticas informales, aunque hay que decir que fuera de ellas también es una herramienta de la que se hecha mano, cuando se puede, ya sea para hacer frente a necesidades económicas, como para generar sentido en sus vidas.

La desigualdad se traduce en alteridad: los jóvenes que «se quedaron» en el pueblo, y todavía no tienen edad para trabajar en la *naranja* o la forestación, encarnan a *otros* jóvenes: los que quedan por fuera del engranaje productivo e institucional cotidiano. Hay que señalar que esta alteridad se configura sobre todo (pero no exclusivamente) en relación a los varones, puesto que las muchachas que atraviesan la misma situación son rápidamente involucradas en lo doméstico. Aunque no parecería ser una población numerosa, dada la aceptación y estímulo que recibe el irse a la ciudad a continuar estudiando, sí es construido como un problema importante. Al habitar una temporalidad distinta a la dominante, se refuerza en estos jóvenes la idea de que están suspendidos en el tiempo: ya no son los estudiantes, pero todavía no pueden ser trabajadores.

Si no se puede hacer lo que se indica que los jóvenes deben hacer —estudiar—; y si no se accede a lo que indica que los adultos han de hacer —trabajar—, entonces ¿qué se es?, ¿en qué posición se está? Arnold van Gennepe (2008),

---

68 Mucho se ha hablado sobre la invisibilización de —o la imposibilidad de ver, sería más adecuado decir—, las condiciones de vida de los pobladores rurales. Para el caso de Uruguay y en particular sobre las y los jóvenes rurales, Rama y Filgueira mencionaban en una temprana publicación en el campo de las juventudes en este país, que «la sociedad uruguaya no fue ajena a esta identificación de la juventud con el perfil de la universitaria [...] Ciertos grupos de jóvenes como los rurales (no comprendidos en la Encuesta Nacional de Juventud) los marginales urbanos, los obreros, los ‘pequeños’ funcionarios del comercio y la administración han sido escasamente percibidos por la sociedad uruguaya y su ‘opacidad’ ha sido acompañada por un vacío de políticas de protección social» (Filgueira y Rama, 1991: 12 y 15).

interesado en explicar cómo las personas cambian de posición social, elaboró la noción de «ritos de paso»<sup>69</sup>. Su supuesto de partida fue que:

[...] todo cambio en la situación de un individuo comporta acciones y reacciones entre lo profano y lo sagrado, acciones y reacciones que deben ser reglamentadas y vigiladas a fin de que la sociedad general no experimente molestia ni perjuicio [...] la vida individual consiste en una sucesión de etapas cuyos finales y comienzos forman conjuntos del mismo orden: nacimiento, pubertad social, matrimonio, paternidad, progresión de clase, especialización ocupacional, muerte. Y a cada uno de estos conjuntos se vinculan a ceremonias cuya finalidad es idéntica: hacer que el individuo pase de una situación determinada a otra situación igualmente determinada (ibíd.: 15-16).

La fase liminal es entendida como un tiempo de suspensión de las personas en circunstancias puntuales como puede ser, dice van Gennep, el noviazgo, la iniciación o el embarazo. Al concluir este lapso —en este caso cuando los jóvenes cumplen 18 años— su posición social es diferente a la que tenían antes y durante el mismo. A partir de entonces se encuentran habilitados a ingresar a la práctica fundamental del mundo adulto: el trabajo. Sin embargo, aquí observamos que pasar esta frontera no los convierte en adultos instantáneamente, ya que permanecen en un estado subordinado, lo que es evidente en la *naranja* y eventualmente en la forestación, donde al ingresar ocupan los cargos de menor rango y ascienden a medida que adquieren experiencia, es decir a medida que crecen.

Varias décadas más tarde, el antropólogo escocés Victor Turner retomó los postulados de van Gennep y profundizó en particular en lo liminal. Para Turner (1994 [1964]), los ritos de separación y agregación<sup>70</sup> tienen una implicancia más próxima a la estructura social que los de liminalidad. En estos últimos el sujeto del ritual es estructural e incluso físicamente invisible, y deja de estar simbólicamente clasificado (ibíd.: 6). El ritual es transformador, por lo que lo liminal no puede ser entendido como un estado, sino como una transición. Lo liminal, dice, «está lleno de potencia y potencialidad» (ibíd., 1979: 466), y es una condición ambigua, pues no se es ni una cosa ni la otra, o quizás se es ambas (ibíd., 1994: 7). Los jóvenes de Gallinal que están excluidos del sistema educativo y del mercado laboral son para el resto de los pobladores inclasificables en términos de posición social. La ambigüedad que supone lo liminal se refleja en el discurso adulto en un tono de incertidumbre y preocupación que tiende a perpetuarse en el tiempo; temen que su transformación devenga una alteridad mayor, que «hagan cualquier cosa» como decía Inés, o como dirá más abajo Jorge, que «se echen a perder».

La potencialidad de este período provoca inquietud por su extensión y porque no está definido qué ha de suceder «mientras tanto». Otras particularidades

69 Lo «preliminar», «liminar» y «posliminar» serían, en ese orden, las etapas que componen los ritos, aunque pueden llegar a constituir por separado una forma ritual autónoma según el grado de desarrollo que tengan; constituyen entonces ritos de separación, de margen y de agregación respectivamente (van Gennep, 2008: 25).

70 Ejemplos de ritos de separación y agregación son, respectivamente los funerales y el matrimonio (van Gennep, 2008: 25).

adicionan complejidad y acentúan esta idea de que aun en una etapa de «suspensión», acontecen cambios. Por un lado, su experiencia no es común a todos los jóvenes del pueblo, sino solo a algunos y constituyen de hecho una minoría. En este sentido, el discurso adulto tiene el efecto de construir y en algún sentido sobredimensionar el fenómeno. Por otro, no constituye una temporalidad inquebrantable por completo, en su transcurso pueden devenir distintos escenarios, como que consigan algún trabajo informal temporario (los varones en tareas fuera de la casa y las mujeres en actividades domésticas), o migren a la ciudad. En esta línea, me interesa subrayar que hay atributos de la adultez que no se adquieren por el hecho de atravesar el tiempo y los límites pautados por la normativa y las instituciones, sino que para incorporarse al sujeto requieren otro devenir. El ejemplo más claro quizás sea el ejercicio de la autoridad, práctica que implica un proceso paulatino, vinculado a la acumulación de experiencia y poder. Es así que en la «transición a la adultez» —o en términos de Turner la transición liminal— se superponen y relacionan distintas temporalidades y formas de organización del poder, unas dadas por las instituciones, otras configuradas por los vínculos, prácticas y percepciones sociales; es decir que el espacio/tiempo liminal toma límites menos nítidos y evanescentes que aquellos pautados por los instrumentos estatales.

Estos elementos permiten considerar, siguiendo otra vez a Turner (1979), que en este escenario lo que se expresa no es tanto un rito liminal, al modo en que lo define van Gennep, sino de otro tipo, que el autor llama «liminoide» [*liminoid*]. En sus palabras, estos ritos:

[...] no son cíclicos sino intermitentes, con frecuencia generados en tiempos y lugares dedicados al ocio. El fenómeno liminoide, a diferencia del fenómeno liminal, tiende a desarrollarse aparte de los procesos políticos y económicos, a lo largo de los márgenes, en los intersticios, en las interfaces de las instituciones centrales y de servicios —ellos son plurales, fragmentarios (representando, en algunos casos, el desmembramiento, o la rotura de los rituales holísticos y pansociales) y con frecuencia experimentales en su carácter (ibíd.: 492, traducción propia).

Creo que este caso reúne elementos de ambas conceptualizaciones. Presenta condiciones normativas/institucionales que lo demarcan (la salida del sistema educativo y la habilitación de ingreso al campo laboral), pero en su transcurso práctico emergen acontecimientos que lo tornan intermitente (el trabajo informal y doméstico), o que lo extiendan en el tiempo (la adquisición de elementos como la autoridad). El punto radica en el enfoque que tomamos para definir un rito de pasaje, es decir si lo entendemos en términos de suspensión o de transición. La suspensión implica la permanencia del estado del sujeto, cuya posición se modificará al culminar este lapso; mientras que «pasaje» supone transcurrir y transformarse en un espacio/tiempo. Aquí privilegio la idea de una transición, en el entendido que visibiliza el agenciamiento de los sujetos durante ese período, en tanto la perspectiva de suspensión armoniza mejor con una mirada desde afuera, es decir desde el mundo adulto. No son enfoques excluyentes, sino articulables.

Es interesante observar cómo los terrenos etnográficos nos revelan al mismo tiempo la utilidad de las categorías y la dificultad de tomarlas como herramientas cerradas. Cada realidad y cada mirada dentro de esa realidad, aporta elementos explicativos que hacen a lo heteróclito del conjunto, lo que no inhibe la construcción de propuestas teóricas, pero sí reclama explicitar su lugar de enunciación.

Turner también encuentra —retomando el planteo de Mary Douglas de que lo socialmente poco claro tiende a considerarse ritualmente sucio—, que la persona en estado liminal suele percibirse como contaminante por parte de otros que, sin embargo, también fueron iniciados en ese mismo estado (ibíd.: 7). En tanto sujetos «contaminantes» es en ellos sobre quienes recae el estigma, y esto guarda relación con que no pertenecen a un estado definido, pues lo indefinido despierta temor. Así, aunque la transformación alberga potencialidad, como decía Turner, mientras se encuentran «fuera de juego» son percibidos a través de las ideas de lo peligroso y sucio. Pero también son significantes que los jóvenes se apropian y llevan a la práctica, resignificando y performativizando el mote que les es colocado. En este sentido, ser joven y más específicamente ocupar una posición indefinida, es en buena medida arriesgarse, vivir peligros (Uriarte, 2015); de ahí que devenir adulto supone, no tanto (o no solo) estar normativa e institucionalmente contemplados, sino tener comportamientos menos osados, funcionales a lo establecido.

Por último, cabe subrayar el predominio que toma lo masculino en la valoración negativa que se construye sobre este período. Está implícita pero se hace evidente. Son los jóvenes varones, antes que las mujeres, quienes más estigmatizados son cuando se encuentran en esta situación, sesgo que se apoya en en la imagen que devuelven otros elementos del entorno, como la preeminencia de hombres en los puestos de trabajo remunerado y la fuerte desacreditación de los zafrales, también hombres en su mayoría<sup>71</sup>.

## De otro a otredad

En un espacio «trabajocéntrico» como lo es Gallinal, la regulación estatal del empleo juvenil despertó un conflicto en el que adultos y jóvenes se debaten entre los sentidos de lo moderno y los valores tradicionales. Esa forma de protección no encaja con las características del pueblo y la zona, donde se encuentra la principal fuente de empleo de sus pobladores. El evidente desfasaje entre lo normativo y lo concreto (o entre la estructura y el acontecimiento, en los términos de Sahlins) empuja a otro cambio generacional: «está bien que se cuide a los jóvenes», opinan los adultos, pero el trabajo, entienden, es una forma de educarlos «bien», como le ocurrió a ellos, cuando vivieron sus años de juventud. De lo contrario, como argumentaba Inés, «estás dando a entender que el chiquilín haga

---

71 Puede haber mujeres contratadas en la zafra, pero solo a los varones se les proporciona alojamiento; de ahí que la imagen del trabajador zafral sea predominantemente masculina.

cualquier cosa». ¿Qué es, para los adultos, que los chiquilines hagan «cualquier cosa»? En otras palabras, ¿cuáles son los atributos de esta alteridad? Mariela y Jorge fueron al grano:

«Mariela: Ah sí, por la edad no pueden trabajar.

Jorge: Eso es uno de los tremendos errores que hay, porque los gurises se ponen a vagar y empiezan a inventar cosas raras y ahí se hecha a perder todo. Yo cuando me crié a los catorce años andaba trabajando y nunca me morí [...] la empresa Azucitrus había hecho un convenio con el INAU que absorbía a casi todos esos gurises de quince, dieciséis años, en la época en que empieza a caer la fruta, juntar fruta del suelo, trabajo liviano así.

Mariela: Ocho horas.

Jorge: ¡No!, seis horas trabajaban [...] y bueno calcule usted, por ejemplo una familia que tiene tres, cuatro hijos, uno de diecisiete, uno de quince, uno de catorce: ¿qué van a hacer si no pueden trabajar? Lo que inventan es andar vagando y hacer diabluras.

Luisina: Se aburren...

Jorge: Aburrirse y empiezan a drogarse, porque si tienen la mente ocupada en el trabajo se olvidan de todas esas cosas. Aparte cuando tienen el dinero de ellos que se lo ganan con el sudor, lo disfrutan mejor. Además, una familia de trabajadores ¿qué le puede dar a los hijos para que vayan a divertirse? Nada».

La conversación ilustra el desplazamiento que quiero mostrar. Para Jorge, *otro* es aquel que no trabaja, pero más específicamente se trata de un *otro* que a raíz de que no trabaja se dedica a «vagar», «inventar cosas raras», «hacer diabluras» y «drogarse», en definitiva, pasar el tiempo de un modo que no se condice con las prácticas de adultos. La posición del trabajador es expuesta en su carácter totalizante y excluye a todas las demás. Por mimesis, todo aquel que exhiba alguno de estos rasgos es pasible de ser incluido como parte de esta alteridad.

Los fines de semana, tiempo de descanso y de esparcimiento, es cuando más visibles se tornan estas prácticas. Si se tiene más o menos de 18 años, o si se trabaja o no, pierde nitidez, así como relevancia. Hay jóvenes que por determinados períodos son trabajadores —durante la zafra por ejemplo— y luego quedan desempleados<sup>72</sup>; y hay jóvenes que, justamente porque trabajan y cuentan con

---

72 Téngase en cuenta, además, que el trabajo en el período de zafra es rápidamente accesible, mientras que el mercado de trabajo en un puesto efectivo es mucho más acotado y difícil de obtener, sobre todo tratándose de las primeras experiencias de empleo. Es de común reconocimiento entre los distintos interlocutores de este trabajo, que a los cargos efectivos y jerárquicos se accede cuando se demuestran aptitudes y responsabilidad, en general luego de haber pasado por el empleo zafral.

su dinero propio se animan a salir y a socializar con sus pares. Por eso es posible hablar de la relación entre un *otro* y una *otredad*, que se corresponden con jóvenes y juventud respectivamente; una alteridad que comienza a definirse en relación a un grupo acotado —los que no estudian y no trabajan—, termina abriéndose a un conjunto de prácticas donde no se distingue, finalmente, de qué jóvenes se trata específicamente.

Esa otredad tiene gran repercusión en el pueblo. Una tarde en el Centro MEC, una chica me leía un comentario en Facebook de un muchacho que decía: «en Gallinal no se puede hacer nada, vivimos como en dictadura». La acusación es fuerte y, con seguridad ha de herir la susceptibilidad de los mayores, pero tiene por la vía de los hechos una base argumental en la que apoyarse. Veámoslo. Mientras realicé el trabajo de campo, un grupo de jóvenes se estaba organizando en procura de una mayor apertura de la adultocracia institucional hacia sus demandas juveniles. Querían que se les preste el salón comunal para organizar una fiesta de carnaval. Paula me lo explicaba:

«son sobre todo los más grandes, algunos chiquilines que trabajan y chiquilinas. Yo no sé si va a andar, ojalá que esta vez sí, ahora están haciendo tareas comunitarias como cortar el pasto en la parroquia, rifas y esas cosas, para poder hacer cosas ellos y para negociar que les presten el salón comunal, y les está yendo bien, pero lo que no consiguen es que les presten el salón para hacer un baile o algo, resumía Paula con amargura» (Diario de campo, diciembre de 2014).

Con anterioridad les prestaron el salón comunal para hacer una comida, algo más tranquilo y en esa ocasión ya fueron custodiados. Manuel, integrante de la comisión vecinal que es la encargada de autorizar en estas instancias, me dijo:

«[...] los policías nos ayudaron mucho, los controlaban a ellos y funcionó bien; usaban el salón, la churrasquera, dejaban limpito todo y la policía andaba en la vuelta ahí y estaban tranquilos, eran ellos, los muchachos de acá nomás».

Me pregunto si los agentes controlarían de igual modo si el evento fuera organizado por adultos. Con estos antecedentes, una de las cosas que los jóvenes hicieron para organizar la fiesta fue solicitar una reunión con la Policía del pueblo, ya que todo lo que tiene que ver con actividades nocturnas —y juveniles— puede encontrar su rápida censura. Había que tomar todos los recaudos: solicitar autorización, garantizar que no se venderían bebidas alcohólicas, fijar un horario de finalización, etc. La funcionaria de la Junta Local, a quien también consultaron, les dio su apoyo y les consiguió una estadía en Termas de Guaviyú para sortear y así conseguir fondos. Todo el pueblo estaba enterado de la fiesta de carnaval.

Bajo la performática advertencia de que «nuestra visión es la de la Policía, pero también de padres de familia» y con la salvedad de que «no todos los jóvenes son iguales, no vamos a generalizar», los agentes me ofrecieron otra perspectiva de los hechos:

«[...] ellos dicen que no tienen lugar, ¡que no tienen un lugar donde chupar!, porque eso es lo que quieren [...] no sabés el ruido que meten con las motos, ¿sabés lo que son veinte motos con roncadores? Y si no son las motos son los gritos y las carcajadas, nosotros te invitamos a que te quedés un sábado de noche y a principio de mes cuando se haya cobrado la zafra para que veas lo que es».

Los integrantes del «grupo joven», como lo llaman, tenían otra mirada. Ellos quieren un lugar donde puedan encontrarse, escuchar música, bailar. Los más grandes quieren «tomar algo», ¿y por qué no? En definitiva, desean en *su* pueblo un lugar legítimo para *su* juventud:

«[...] estaría bueno lograr algo para los jóvenes de Gallinal y ser un poco más unidos, trabajar en conjunto por algo, un lugar para jóvenes por ejemplo, un local donde digan ‘bueno los fines de semana los jóvenes tienen para ir ahí para que puedan divertirse’, como que habría que encontrar algo» (Ignacio, joven de Gallinal).

La fiesta de carnaval se logró hacer y fue un «éxito», pues cumplió con todas las normas impuestas. Es evidente que para que algo funcione tiene que pasar por el tamiz de la autoridad institucional y social, pues no solo intervino la Policía, sino también la comisión del pueblo. Por el esfuerzo organizativo que implica, este tipo de eventos son excepcionales. En general los jóvenes del pueblo se reúnen «por ahí» o planifican una salida a otro lugar. La ciudad, nuevamente, termina siendo un espacio de mayor apertura a la juventud que desean vivir. De eso me hablaba Ignacio:

«Luisina: ¿Qué hacen los jóvenes, por ejemplo un viernes o un sábado de noche?»

Ignacio: Bueno, te cuento, arrancamos a hacer una previa en... [*risas*] no, en Gallinal nos reunimos acá debajo del techito, en la cancha, o si no en mi casa, porque no es que todos los jóvenes se reúnen en un lado, yo tengo mi grupo, aquel tiene su grupo y todo así, mi grupo por ejemplo se reúne en casas, comemos un asado o hacemos una comida y escuchamos música, cuando no vamos a Paysandú un fin de semana.

Luisina: ¿Se van hasta allá?»

Ignacio: Sí, en la semana vamos hablando si vamos a un baile. Nos quedamos en la casa de unos compañeros, pero es tan poco el trayecto, porque salís del baile a las ocho de la mañana por ejemplo, hasta la una

de la tarde dormimos un rato en la casa de un compañero y después nos venimos para acá, eso en caso de viernes, un sábado tenemos que esperar hasta la tarde. Pero después [en el pueblo] viernes y sábado es bastante aburrido, si está frío por ejemplo te quedás en casa, vemos la energía que hay en el grupo o el interés de cada uno y se ve ese día qué es lo que se hace».

Pero aunque renieguen de su pueblo, también lo quieren, y este es un puente entre jóvenes y adultos; comparten un sentimiento de pertenencia como una mirada crítica sobre el lugar donde viven.

### Los otros otros

*«de Rivera, de Artigas, de allá vino la droga, acá la gente no vende droga, es gente sana la de acá».*

Pedro, poblador de Gallinal

En los últimos tiempos hubo en el pueblo un afianzamiento de los sentidos de alteridad asociados a los jóvenes. Las expresiones de juventud aparecen como inadecuadas y algunas de ellas pasaron el límite de lo «tolerable». Dicen los «vecinos» que ahora hay inseguridad y ocurren hechos impensados en otras épocas, por ejemplo robos, desmanes y consumo de drogas, que son, en toda ocasión, atribuidos a los jóvenes varones; dice la policía que los jóvenes «solo quieren chupar»; y dicen los jóvenes que en Gallinal no hay un lugar propio para ellos. Hay quejas recíprocas, pero no están en igualdad de condiciones: las dos primeras son acusatorias, la última es defensiva, pues en última instancia ser joven los coloca en un lugar de subordinación.

«Un grupo solo puede estigmatizar efectivamente a otro en la medida que se encuentre bien instalado en posiciones de poder a las que el otro grupo ve negado el acceso», sostenía Norbert Elias (2003: 224), en una de sus primeras investigaciones con una comunidad conformada por un grupo de pobladores establecidos desde antaño, y otro de residentes recientes<sup>73</sup>. Estos discursos, entonces, revelan quiénes ocupan las posiciones de establecidos y quiénes las de *outsiders* (ibíd.) y que es una configuración adultocéntrica. Las formas de ser y estar que no se condicen con esas reglas son objeto de reprobación y de intentos de regulación. Desde esta perspectiva, no importa si los jóvenes de hoy son un colectivo plural, puesto que es la juventud la condición de alteridad que los comprende a todos. A pesar de eso, todos —adultos y jóvenes— conocen y distinguen los matices: el interior de esa alteridad está habitada por *otros* cuya diferencia es mayor.

En Gallinal y en la zona, los *zafrales* —hombres que trabajan durante el período de zafra de la naranja, provenientes de distintos lugares— encarnan la figura de ese «otro otro». No todos los zafrales son jóvenes, claro está, pero lo son en buena proporción y es en ellos en quienes recaen las acusaciones. Su caso es paradójico pues se trata de trabajadores que son estigmatizados porque su forma

---

73 En la referida investigación Elias trabajó junto a John L. Scotson. La principal publicación, *The established and the outsiders: A Sociological Enquiry into Community Problems* (1965) es de autoría de ambos. Con posterioridad, en 1976, Elias publicó el texto aquí citado, donde continúa analizando las relaciones entre establecidos y forasteros.

de ser no se condice con la imagen idealizada del trabajador. Si los jóvenes que permanecen en el pueblo sin estudiar ni trabajar pueden considerarse *outsiders* o en un período liminal, en el sentido que están por fuera de la institucionalidad y los flujos diarios establecidos por el régimen de producción y de género, en este caso se trata de *outsiders* en el sentido primero que le atribuyó Elias: ellos son auténticos extraños, forasteros: vienen de otro lugar y se afincan en la zona; tienen prácticas indeseables desde el punto de vista de los locatarios y, lo que no es menor, pueden «contaminar» a los jóvenes del lugar.

Este es el eje que me interesa explorar en este capítulo, es decir, conocer cómo se agencian estas distintas alteridades y cuál es su relación con el enclave territorial. En última instancia busco aportar alguna respuesta a la pregunta de cómo esta otredad adquiere sentido en este escenario.

## Policiales

Las repercusiones de las preocupaciones de los adultos, potenciadas por acontecimientos concretos —algunos de ellos delictivos—, no se hicieron esperar. Una nota en la sección policiales del diario departamental, en julio de 2014, señalaba:

Los vecinos de Pueblo Gallinal recibieron con aplausos la noticia del traslado a esa localidad de la seccional 8.<sup>a</sup> de Policía, actualmente con sede en El Eucalipto, en un período de unos dos meses, respondiendo a la demanda de la población de contar con policías en forma permanente, para poder atender los problemas de seguridad pública.

El jefe de Policía de Paysandú [...] se reunió en el salón comunal de Pueblo Gallinal con unos 70 vecinos, en respuesta a una inquietud planteada por estos durante la visita del intendente Bertil Bentos el pasado 3 de julio.

La Intendencia trasladó los reclamos de los residentes de Pueblo Gallinal con referencia a la falta de seguridad pública que involucraba el consumo de bebidas alcohólicas y de drogas, así como hurtos. Estos, raros hace algunos años, se han ido extendiendo en los últimos tiempos, por diversos factores, pero a su vez amparados en el hecho de que no había personal policial permanente.

La zona, enclavada en cercanías de emprendimientos citrícolas y forestales, es visitada por trabajadores zafrales, aunque en la gira de autoridades de la Intendencia se dejó en claro que los problemas —generados especialmente por el consumo de alcohol— se deben también a los pobladores permanentes, entre ellos adolescentes, que tienen fácil acceso a ese tipo de bebidas... (Diario *El Telégrafo*, 14-07-2014).

Mientras desarrollé el trabajo de campo, el traslado de la seccional aconteció. Se veía a los agentes recorrer el pueblo asiduamente en una camioneta, y los pobladores se manifestaban más tranquilos. Aquellos, por su parte, parecían gozar del poder del que habían sido investidos; el manso tránsito en el vehículo

—nunca de a pie— acentuaba la percepción de que el lugar estaba siendo vigilado. En ocasión de mi visita a la flamante nueva seccional —el local era el mismo de antes, pero había aumentado la cantidad de efectivos policiales, el equipamiento y las funciones, ya que ahora le correspondía administrar los destacamentos de la zona—, llegamos indudablemente al tema de los zafrales, que es en buena medida la razón por la que ellos ahora están ahí. Más tarde registraba entre las notas de campo:

«En el relato de los dos agentes que trabajaban el lunes a la tarde, encontré la versión más caricaturizada, entre las que he escuchado, sobre los jóvenes gallinenses y los zafrales. No porque no buscara constituir una versión fiel de la realidad, de hecho se esforzaban por brindar detalles y referencias, sino por el modo casi grotesco en el que se exhibía su percepción de los jóvenes y el trato que manifestaban hacia ellos. Su argumentación volvía una y otra vez sobre la idea de “hacer cumplir la ley” y garantizar “el orden” en el pueblo.

“¿Y cómo elegiste Gallinal?, justo a este pueblo fuiste a venir, vas a ver que este no es un pueblo como cualquiera”, me decía uno entre risas, intentando amenizar la charla. En contraste con la percepción de otros interlocutores, de que Gallinal es tranquilo, los oficiales se posicionaron en las antípodas. Es razonable, pensé, pues tácitamente esa posición los legitima.

“Antes era yo solo para todo el pueblo”, señaló el mayor. Ahora son dos por turno y tienen una presencia más activa, patrullan las calles y paran si observan algo que no les agrada: en las noches básicamente jóvenes reunidos —con más razón si identifican bebidas alcohólicas o marihuana—, o simplemente muchachos que circulan por el pueblo y parecen no ser locatarios. “Acá lo que anda es el porro, el famoso porrito, nosotros si los vemos fumando se lo quitamos y lo rompemos, o se lo llevamos”, siguió diciendo el más veterano, desconsiderando por completo, en su afán de «poner orden», la habilitación del consumo que rige en la normativa uruguaya. “El porro y el chasqui”<sup>74</sup>, agregó el más joven» (Diario de campo, diciembre de 2014).

Su relato solo podía ir peor. Luego de opinar sobre lo disturbios que producen los fines de semana el ruido de las motos y, para mi sorpresa, incluso las risas, se detuvieron en los trabajadores zafrales:

«La mayoría son delincuentes, tienen antecedentes de todo tipo, y si vas a la *naranja*, donde se quedan, vas a ver que lo convirtieron en un lugar igualito a la cárcel, por fuera es muy lindo pero cuando entrás ves que

74 *Porro* es un cigarrillo de marihuana. Chasqui es una dosis de pasta base de cocaína.

están todas las toallas colgadas en las cuchetas, como en la cárcel. Vienen a la *naranja* de todas partes del país, de Brasil y Argentina incluso”.

No lo aclaran pero sé que hablan de una población masculina, puesto que a las mujeres no se les otorga alojamiento en los establecimientos citrícolas. “Llegan a venir quinientas personas en época de zafra. Cuando cobran salen a los pueblos y arman relajo, van tomados, roban, arman peleas. Hace un tiempo se armó acá una pelea como de sesenta personas y estaba yo solo, y después de ahí fue que se decidió ampliar el personal. Pero nosotros cuando agarramos a alguno que está causando problemas le avisamos a los de Azucitrus y automáticamente queda fuera”.

Les pregunto por qué creen ellos que los que llegan a trabajar en la zafra comparten esas características, pero los oficiales no tienen una respuesta clara. Opinan que se han dado mejoras en las condiciones de trabajo, promovidos fundamentalmente por el sindicato de obreros zafrales. Pero quienes integran este sindicato, dicen ellos, “son zafrales desde hace muchísimos años, no son estos que vienen y arman relajo. Ellos son los que se juntaron y empezaron a solicitar cosas como sindicato”. Estos sí serían, al igual que los efectivos, “trabajadores”» (Diario de campo, diciembre de 2014).

Varios elementos que emergen de los relatos revelan matices y tensiones generacionales; reaparecen de manera transversal a los marcos institucionales y pueden tanto subalternizar a la juventud, como desprestigiar a los adultos. Por un lado, la situación entre el agente más veterano, que solo refiere al *porro*, y el más joven, que más ducho en lo que refiere a drogas, —pero subordinado al agente de mayor edad—, habla también del *chasqui*. Por otro el involucramiento sindical de zafrales con experiencia de años, y la exclusión de ese espacio de los zafrales jóvenes. Estas prácticas son microexpresiones de las relaciones de poder entre generaciones que se ponen en juego mediante capitales múltiples y que van desde conocimientos sobre drogas, hasta el tiempo que se lleva en el puesto de trabajo.

Asimismo, la analogía entre el casco del establecimiento citrícola, donde se encuentran los pabellones que aloja a esta población, y la cárcel, desdibuja de un plumazo toda asociación con el trabajo y lo productivo. Sin embargo, el paralelismo entre este lugar de trabajo y el espacio carcelario no es una idea descabellada de estos dos policías, aunque en su caso persiga el cometido de instaurar un estigma. Hace años, Goffman anotó en «Internados»:

[...] una institución total puede definirse como un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente. Las cárceles sirven como ejemplo notorio, pero ha de advertirse que el mismo carácter intrínseco de prisión tienen otras instituciones, cuyos miembros no han quebrantado ninguna ley (Goffman, 2001 [1961]: 13).

No nos detendremos a analizar si las características del empleo zafral citrícola, que implica la permanencia en el lugar por períodos más o menos prolongados, es pasible de encuadrarse en la definición de «institución total», pero es preciso señalar al menos su aproximación, también advertida en otras etnografías (Leite, 2011)<sup>75</sup>.

Volvamos ahora a las apreciaciones de los policías. El giro de representación que esbozan legitima su autoridad y presencia. Si hay sujetos potencialmente peligrosos en la zona, tiene sentido que ellos estén allí vigilando y, para mantenerse, esa potencialidad encarnada en un *otro* específico debe permanecer en el tiempo. Cada tanto, entonces, es necesario que algún acontecimiento trace —y diferencie— las posiciones de *unos* y *otros*, reproduciendo así las disputas de poder entre masculinidades<sup>76</sup>. Las eventuales detenciones de jóvenes zafrales por posesión y venta de drogas y las riñas entre estos y los jóvenes gallinenses, es la ocasión perfecta para ello, pues reafirman el lugar que ocupa cada uno. Entre sí, zafrales y policías se observan como alteridades recíprocas; están en los extremos de este escenario que reúne distintos personajes. La policía comparte y exacerba la «moralidad vecinal» (Fraiman y Rossal, 2011b: 155) al ser la figura encargada de traducir en prácticas las normas del orden.

El relato de los agentes es parcialmente cierto. En realidad, es cierto desde *su* perspectiva, en la medida que cada mirada ofrece una verdad (la de ellos sobre los jóvenes y los zafrales, la de los jóvenes sobre los adultos, la mía sobre ellos). Los trabajadores zafrales arriban a la zona que circunda Gallinal donde están las

---

75 Leite (2011) analizó las relaciones entre los procesos de trabajo y la experiencia de los trabajadores en un ingenio azucarero, en Brasil. Si bien enfoca en la fase industrial, cabe decir que la usina muestra rasgos semejantes a los del establecimiento citrícola, como la permanencia de los trabajadores próximos a la planta (aunque allí se instalaban familias enteras) y el uso de la fuerza de trabajo de un contingente de obreros contratados durante la zafra. Leite también identifica que la usina adopta rasgos de «institución total» y a propósito señala: «La administración mantiene el control no solo sobre todos los detalles de la cooperación que se desarrolla en el proceso de producción, sino también sobre la vivienda de los obreros en el barrio de la usina y, en buena medida, sobre el tiempo libre de los trabajadores, asemejándose así a las características formales de la extensión del control que las ‘instituciones totales’ tienen sobre la vida de sus ‘internos’ (cf. Goffman, 1971). Sin embargo, el propio carácter familiar que poseen los obreros estables y residentes en el territorio de la usina se opone a la semejanza que esta podría tener con las ‘instituciones totales’: hay una incompatibilidad de la familia con las características de estas ‘instituciones’» (Leite, 2011: 268). Nótese los matices con el caso aquí abordado, donde son los zafrales y no los obreros estables los que residen en el establecimiento y estos no cuentan con la posibilidad de que sus familias se alojen con ellos.

76 Tratándose de un conflicto en y sobre el espacio público, el uso de drogas y prácticas de violencia, se trata de una puja de poder entre masculinidades; aquí las expresiones de lo femenino asociadas a los cuidados y a lo doméstico solo aparecen como complementarias, es decir para reafirmar las posiciones de los contrincantes, unos que vienen a «violiar» ese espacio que no les pertenece, y otros que cargan con el imperativo de defenderlo. Lo femenino y sus ámbitos asociados concebidos como mercancía, como algo que se puede apropiar, conquistar y dominar por distintos grupos de hombres, puede considerarse parte inherente de la economía política del sexo de las sociedades —capitalistas o no— en las que existe un régimen patriarcal (véase Rubin, 1986).

plantaciones de cítricos, desde múltiples lugares, puesto que la fuerza de trabajo disponible en las localidades cercanas no alcanza para cubrir la demanda en el período de mayor producción. Además, los residentes de la zona buscan trabajos efectivos; los puestos estacionarios solo proveen durante una parte del año, y la gente procura un ingreso económico permanente. Llegan desde las localidades del departamento de Paysandú y de los que lo circundan, sobre todo los ubicados hacia el norte del país (Tacuarembó, Rivera, Salto, Artigas). Esta segmentación territorial es un indicador de contextos sociales donde la demanda de fuerza de trabajo zafral se ensambla con las necesidades de una población específica. No hace falta mucho más para intuir que quienes ocupan estos puestos son personas que, por diferentes razones, encuentran dificultades para emplearse en sus lugares de residencia. En definitiva, el trabajo zafral es de características precarias, aunque es una fuente de empleo para una población numerosa y masculina casi en su totalidad, año tras año<sup>77</sup>.

También es cierto que en sus ratos libres salen a andar por la zona. Buscan servicios, esparcimiento, sociabilidad y, —no hay por qué negarlo—, en ocasiones provocan disturbios. El consumo de alcohol es moneda frecuente; también es la droga de más fácil acceso. Para comprender el lugar que este consumo ocupa en su cotidiano, es necesario que nos situemos —o intentemos situarnos— en la sensibilidad de un sujeto joven que es urbano y rural simultáneamente y marginado en ambos espacios; y entender que los momentos de distensión compartiendo una bebida, hacen parte de los actos performativos de su masculinidad (Butler, 1998).

De acuerdo a Valdés (2000: 34), los cambios que trajo a lo rural el modelo neoliberal ha implicado una apertura de los espacios que ocupan las mujeres, quienes salen de sus hogares y se vinculan a distintas instituciones; mientras que para los hombres, ha significado un debilitamiento de los lazos estables con el trabajo (esto es evidente, al menos, en el caso de los obreros zafrales). A su vez, hombres y mujeres comparten espacios laborales, los cuales, si bien permanecen interceptados por las concepciones de género tradicionales (el hombre que provee, la mujer que cuida), contribuyen a modificar las representaciones de unos sobre otros.

---

77 Carámbula (2009) trae datos del Censo de Población y Vivienda de 1996, de acuerdo al cual el lugar de residencia de los asalariados rurales es rural en un 63 %; no obstante, en Paysandú se registra un 42 % de asalariados rurales con residencia urbana. El autor atribuye esta diferencia al desarrollo de los rubros agroindustriales. Con respecto a las formas de movilidad, este parecería ser el caso de desplazamiento «pendular» (Lara, 2000, en Carámbula, 2009: 88), es decir, población cuya residencia pendula entre su lugar de trabajo y el de afincamiento. El autor muestra la conexión entre precariedad y movilidad espacial. En sus palabras: «los trabajadores con menor grado de precariedad, ciclo anual de trabajo estable y regular, son los que registran menor movilidad espacial durante el ciclo anual de trabajo. Mientras que en el sentido opuesto, los trabajadores con mayor grado de precariedad, con ciclos irregulares e inestables, son los trabajadores que registran mayores niveles de movilidad espacial durante el ciclo anual de trabajo» (ibíd.: 91).

Gallinal, al ser la localidad más grande y de mayor cantidad de servicios en la zona, es un polo de atracción en los recorridos de esta población. Los «servicios» para los trabajadores zafrales se reducen a algún almacén y lugares puntuales donde encontrar conexión a Internet. Justamente espacios de esparcimiento y sociabilidad es lo que hace falta. El reclamo de los jóvenes del pueblo de que no cuentan con un lugar de encuentro, es válido para todos. Fuera de los lugares de trabajo y los hogares, no hay donde reunirse.

Quería escuchar otra versión sobre «la problemática» de Gallinal y el traslado de la seccional 8.<sup>a</sup>. Me dirijo a la Jefatura de Policía, en la ciudad de Paysandú:

«En la Jefatura encontré al director de Seguridad. Él cruzaba el patio central del antiguo edificio en el momento en que yo ingresaba. Me recibió con amabilidad. El primer gesto fue hacerme pasar a su despacho, invitándome a tomar asiento. Como ocurrió en la seccional de Gallinal, nuestra charla estuvo mediada por un escritorio, que a diferencia de aquel, era de madera labrada y mucho más amplio.

Su visión relativizó la esbozada por los oficiales con quienes conversé en el pueblo, aunque sin quitar la tónica en los aspectos moralizantes sobre los jóvenes. Hay una cuestión de perspectiva en relación a la construcción del problema que él parece tener clara: “para ellos que están ahí les parece que es un problema enorme, pero si vienen a Paysandú a ver, se van a dar cuenta que no. Está todo dentro de lo normal”. Insistió con esta idea a lo largo de la conversación.

“Se trasladó la comisaría del Eucalipto a Gallinal para atender lo que ahí pasaba, sin descuidar lo que ocurre en todo el resto de la jurisdicción de la octava, que abarca a muchas localidades. Pero ya te digo, está dentro de lo normal, no pasa ahí nada extraordinario, lo que nosotros hacemos es marcar presencia para que las cosas no se vayan de las manos”.

La mudanza de la seccional 8.a estuvo motivada por varios hurtos ocurridos en un período corto, frente a los cuales un conjunto de vecinos del pueblo solicitaron una reunión con el comisario. “Estos hurtos fueron aclarados, se procesaron sin prisión a varios mayores y también menores del pueblo”, y en el caso de los menores de 18 años, aplicando medidas cautelares: “no pueden salir de la casa a partir de determinada hora, tienen que presentarse en la seccional, cosas de esas”.

La principal preocupación de los pobladores de Gallinal tiene que ver con la circulación de la “población flotante” de zafrales y el uso de drogas. Esta población, seguía explicando, estaría compuesta por unas “dos mil, dos mil y pico de personas”<sup>78</sup>. “El pueblo es el centro social más cercano

78 Circulan distintas versiones sobre cuántos son realmente los trabajadores zafrales.

que ellos tienen, entonces salen de los establecimientos donde trabajan y se van para ahí”. Algunas veces se arman peleas, “hemos incautado armas blancas y también droga, pero de menudeo, pocas cantidades”. A propósito de la vigilancia de esta población, el director corroboró que mantienen una comunicación con los dueños de los establecimientos citrícolas, para informarles quiénes han causado problemas; en caso de tener “reincidencia”, son despedidos, “porque ellos trabajan con contratos, entonces les terminan el contrato y ya está”.

También sobre el tema de “la droga” colocó matices, señalando que en esta zona no existe un gran problema de tráfico o de consumo. Las sustancias que circulan, marihuana y pasta base, serían introducidas principalmente por los zafrales y serían pequeñas cantidades para el consumo personal. Pero el problema más importante, me dice, es el consumo de alcohol y acusa, llegado este punto, la “falta de responsabilidad de los adultos”. Me sorprende esta apreciación que parece contradecir el orden del relato ofrecido hasta ahora, pero comprendo rápidamente que es parte de su labor “identificar responsables” y que, en última instancia, esta idea no hace otra cosa que reforzar el discurso de control que se despliega sobre los jóvenes. Decía: “si un chiquilín sale a las 11 y vuelve a las 6 de la mañana y los vecinos se quejan del ruido de las motos, ahí está fallando el control de los padres”. Pienso mientras me habla: nuevamente, se trata de controlar, no de comprender; de contener los problemas existentes, no de buscar soluciones. “Son problemas de convivencia”, concluye. En lo que hace a su entender, en tanto estos problemas se encuentran “dentro de lo normal”, continuarán existiendo; la mayor presencia policial en el pueblo solo logrará aminorarlos (Diario de campo, octubre de 2014).

Habitar o circular un mismo lugar habilita encuentros y desencuentros, de eso se trata la convivencia, de vivir con *otros*.

## Convivencia y contaminaciones

Sin embargo, en la práctica, estas nociones con respecto al vivir *con otros* adquieren una tónica menos idealizada. Casi literalmente los zafrales son una «población flotante» —como se dice entre los entendidos de la zona<sup>79</sup>—, pues en ningún lado son bien recibidos. Sospecha, vigilancia y temor son las actitudes que despierta su presencia. A pesar del rechazo, se sabe que esta población es necesaria para el funcionamiento del engranaje productivo en el que Gallinal

79 La expresión «población flotante» no es de uso corriente entre los gallinenses, sino que es utilizada por actores que tienen incorporado un discurso institucional y con el cual marcan distancia, por ejemplo capataces, jefes de personal, incluso los voceros de MEVIR.

está inserto, y que seguirá apareciendo. Como recién decía el director, «son problemas de convivencia», y por lo tanto, de los más difíciles de solucionar.

¿Por qué, entonces, si el encuentro es inevitable, la distancia que separa a un *nosotros* de un *otro* se instala con una fuerza inapelable? Un camino para dar respuesta es considerar las posiciones de unos y otros con relación al territorio donde se encuentran. Los pobladores de Gallinal parecieran sentirse con mayor derecho que los zafrales de imponer su modo de ser y estar, puesto que ellos llegaron primero, residen de forma permanente y, además, tienen una relación de propiedad con el lugar que habitan. Esos *otros* vienen a destruir o a contaminar lo que tanto esfuerzo les costó a ellos edificar. Desde esta perspectiva, los actores que se ubican en los extremos del escenario cambian: en lugar de la Policía —que, en definitiva, también son de afuera— estarían los vecinos/propietarios. Los jóvenes del pueblo continúan ocupando una posición liminal y «no emancipada», puesto que carecen de propiedad (Fraiman y Rossal, 2011c: 4), por lo que su opinión es accesoria. Se preguntarán los vecinos: ¿por qué tengo que convivir con *otro*, en un lugar que es *mío*? Además, el lugar ya cuenta con su propia alteridad, no es necesario adicionar otra y, menos aun, propiciar que se potencien al entrar en contacto.

Fraiman y Rossal (ibíd.) señalan que «desde fines del siglo XX se desarrollan políticas sociales ancladas en lo ‘comunitario’ y ‘local’, y con ello en el *vecino* (ibíd.: 7). La figura del *vecino*, concebido como sujeto político en la vieja comunidad hispánica reaparece promovido desde el Estado, en tanto expresión local de la figura más abstracta de *ciudadano*. Esta incluye a todos, pero aquella, por su menor extensión es excluyente (ibíd.). La noción de vecino apunta a un tipo de sujetos (los adultos) y margina a otros (los jóvenes). Proyectada desde lo estatal y orientada a transformar las condiciones de vida en el espacio rural, la política de vivienda de MEVIR puede concebirse de este modo. Instala nuevos espacios de sociabilidad, o modifica los viejos, y establece pautas de relacionamiento. El funcionamiento de las construcciones de MEVIR está regido por una normativa específica que, en combinación con los valores tradicionales de la familia y el trabajo, exacerba la injerencia del espacio privado y dejan un margen casi nulo para la diferencia. De ahí que la tolerancia a los comportamientos que no se ajustan a lo normativo, y más aún si generacionalmente están en una posición subalterna, goce de escasa apertura.

Los relatos hablan de puntos de contacto entre los jóvenes del pueblo y los jóvenes trabajadores zafrales, y de separación entre estos y el «mundo adulto». Para los adultos, si bien los zafrales perturban la tranquilidad del pueblo en su conjunto, son los jóvenes locatarios los que están más expuestos a sufrir su supuesta influencia negativa. La principal es la de «la droga». Existe un consenso generalizado de que los zafrales corrompen a los muchachos del pueblo, vendiéndoles las sustancias que traen para consumo propio. No hace falta explicar lo que en los relatos de los interlocutores quedó con claridad enunciado: la idea de que esta población tiene hábitos indeseables y no albergan otra cosa pasible de ser vista como un atributo positivo.

Esta percepción de contaminación ya fue notada por Elias en el trabajo anteriormente citado, donde señalaba que entrar en contacto con los forasteros resulta desagradable, en tanto supone miedo a ser contaminado. En este contexto, contaminarse o adquirir una «infección anómica» —para usar sus términos— equivale a convertirse en un potencial quebrantador de las normas y tabúes del grupo, lo que ocurre solo por el hecho de entrar en contacto. Quien no mantiene suficiente distancia con los forasteros corre el riesgo de extraviar los valores superiores que los establecidos se atribuyen a sí mismos (Elias, 2003: 227). En suma, lo que plantea es que toda contaminación, antes que práctica es moral.

Con otros énfasis van Gennep también aportó elementos para pensar las situaciones de encuentro entre distintos grupos. Él señaló, décadas antes que Elias, que la llegada de extranjeros en un grupo genera como reacción actos de reforzamiento de la cohesión social local y que su aceptación requiere atravesar distintas pruebas (van Gennep, 2008: 48), pero en este caso más que una prueba hay una negativa rotunda a cualquier tipo de inclusión. Se trata de una enunciación discursiva que tiene el efecto de realidad de estigmatizar, pero que eventualmente encuentra matices, por ejemplo, en la perspectiva de los comerciantes del pueblo que no se oponen a venderles sus productos.

La presencia de los zafrales en el pueblo suscita malestar y representaciones dicotómicas entre nosotros/otros, adentro/afuera, puro/contaminado. Los pobladores ya saben en qué época del año y, más precisamente, en qué momentos del mes, irrumpen en el espacio, en *su* espacio. Esto es, en la época álgida de la zafra y en los días de pago de la quincena de trabajo.

Las relaciones entre la estructura social y las nociones de lo contaminado —y, por oposición, lo puro— son un tema fundamental de la antropología social. El antecedente ineludible es la obra *Pureza y peligro* de Mary Douglas (1973), quien observó una multiplicidad de comportamientos en «culturas primitivas» relativos a la suciedad y la limpieza, buscando descifrar el significado social y ritual que se les atribuía. Algunos fragmentos de su texto nos ayudan a comprender las percepciones sobre los muchachos que aquí estamos enfocando:

La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe solo en el ojo del espectador. Evitamos la suciedad, no por un temor pusilánime y menos aún por espanto o terror religioso. Tampoco nuestras ideas sobre la enfermedad dan cuenta del alcance de nuestro comportamiento al limpiar o evitar la suciedad. La suciedad ofende el orden. Su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno (ibíd.: 14).

Con su comportamiento desenajado del orden los zafrales pierden la calidad de *trabajadores*, a los ojos de los distintos actores que los observan y los clasifican; desplazamiento que, en este marco de significación, equivale a caer en desgracia. Dejar de poseer el atributo primordial desde donde se construye la trama social de ese escenario es sinónimo de exclusión. De hecho, lo pierden no solo en términos discursivos y simbólicos, sino de manera literal: como relataban los oficiales, a los zafrales que tengan «reincidencia» en comportamientos

inadecuados no se les vuelve a contratar. El ordenamiento simbólico de las categorías encuentra correlato en prácticas de subordinación y exclusión concretas. Cuando un joven ingresa a trabajar en la zafra se dice que «se le da una oportunidad», cuando lo que ocurre es que se está empleando mano de obra barata, que dedica no solo su fuerza y su tiempo de trabajo, sino todo su tiempo vital (pautada por la permanencia en el establecimiento) a generar una plusvalía que lejos está de retornar a sus manos. El engranaje productivo-agroindustrial, al igual que otras construcciones institucionales, cumple la función de encasillar sujetos, disciplinarlos y, como si esto fuera poco, se apropia de su energía vital haciéndolo aparecer como un beneficio para ellos. Estas experiencias de juventud marcarán con el símbolo de la precariedad su transición a la adultez.

Sus prácticas traen suciedad al pueblo, y estas pueden alcanzar, como veíamos con Elias, a cualquiera de los establecidos; sin embargo los adultos —los establecidos por antonomasia—, entienden que son los jóvenes los más propensos a ser tocados por esa fuerza contaminante. A los adultos les incomoda su presencia, pero ellos permanecen donde están, su condición no recibe el mismo grado de interpelación, o en todo caso, a estas no se les hace lugar. Los jóvenes, en cambio, al socializar con los zafrales pueden verse seducidos a adoptar prácticas indeseables. La peligrosidad que comportan permite comprender la atenta vigilancia que reciben tanto unos jóvenes (los locatarios) como otros (los zafrales) y los intentos por evitar todo contacto entre ambos.

Desde la visión adultocéntrica no cabe posibilidad de que la contaminación de los zafrales llegue a otros que no sean los jóvenes. Esa esquematicidad de lo simbólico, que dibuja las fronteras entre unos y otros, es la que permite sostener el orden. De introducirse la duda, los «establecidos» verían amenazado su lugar de poder. Muestra de ello es que sobre los incumplimientos de los adultos casi no se habla, mientras «el problema de los jóvenes» (sean estos locatarios o zafrales) es tema de todos los días. Asimismo, la referencia de Douglas a que «no existe suciedad absoluta» habla de la relatividad de las percepciones y la relacionalidad de las posiciones. En efecto, los zafrales no son una alteridad/peligrosidad para sí mismos, lo son para otros; y no consideran que sus prácticas produzcan daño.

La autora visualiza una relación que ya se entrevé aquí y vale la pena desarrollar un poco más: la que se traza entre las nociones de contaminación y moral. Para Douglas, no hay una correlación directa entre los comportamientos que se juzgan equivocados y las creencias sobre lo contaminante, de modo que las reglas de un campo no pueden extrapolarse linealmente al otro (ibíd.: 175). Las relaciones entre ambos son más complejas; en sus palabras:

nos encontramos con que no podemos comprender este campo de la contaminación a no ser que penetremos en la esfera que yace entre el comportamiento que un individuo aprueba para sí mismo y el que aprueba para los demás; entre lo que aprueba como un principio y lo que desea con vehemencia para sí, aquí y ahora, en contradicción con dicho principio; entre lo que aprueba a largo plazo y lo que aprueba en breve término (ibíd.: 175-176).

En Gallinal, al señalarse enfáticamente el peligro que traen los zafrales, se quita atención a otros comportamientos juzgados impropios, pero que no son atribuibles a la juventud. Las prácticas de los adultos también quebrantan las reglas morales, pero gozan de mayor tolerancia. Por ejemplo, en distintos momentos hubo bares o cantinas en el pueblo, frecuentados básicamente por hombres y eran irregulares pues la normativa de MEVIR no permite que se utilicen las viviendas para este tipo de establecimientos. Sin embargo esta circunstancia apenas sale a la luz, a pesar de ser de común conocimiento. Pero entendámonos, este no debería ser un asunto a reprobar pues en suma, lo que muestras las y los interlocutores, es que este tipo de espacios son necesarios. Es así que existe incoherencia entre prácticas y discursos, puesto que «lo bueno» y «lo malo» para el colectivo, no necesariamente producen «bienestar» o «malestar» individual, respectivamente.

La propia práctica de trabajar acoge significados múltiples (si bien están jerarquizados): es de común reconocimiento que el trabajo agota y puede perjudicar la salud, pero paralelamente se sostiene que dignifica, por contraposición a la degradante práctica (juvenil) de «no hacer nada». Tal vez cabría preguntarse ¿dignifica el trabajo?, ¿qué supuestos le dan estatus de verdad a esta premisa? O incluso ¿por qué la transgresión juvenil no puede ser vista como «dignificante» del sujeto, al experimentar su potencialidad y tomar riesgos?

## «La droga»

«La droga» se ha convertido en el elemento contaminante por excelencia y reúne una serie de sentidos de negatividad. Constituye una especie de extensión de los zafrales, pues a ellos se le atribuye la introducción de sustancias en el pueblo. En Gallinal nadie sabe con precisión qué es «la droga» pero tampoco necesitan saberlo; el discurso refiere en términos genéricos a un conjunto indefinido. Finalmente lo que interesa es el efecto que produce en las relaciones sociales y, así, en la profundización de las distancias generacionales.

Un día caminábamos con Margarita desde el centro educativo hacia su casa. Ella es profesora y me quería presentar a su marido que trabaja en la forestal. Hacía poco que había comenzado a ir al pueblo, por lo que, en el camino, me explicaba la distribución de los distintos planes de vivienda en el terreno. En un momento hace un corte brusco y me dice, señalando con su brazo, «vos que sos antropóloga habrás observado los championes que tenemos ahí colgados». Efectivamente, enganchados en un cable aparecían en el paisaje un par de championes que son señal de alarma, pues se lo asocia con la venta de drogas. El calzado en el cablerío de la red eléctrica es una marca territorial común en las ciudades que comenzó a hacerse frecuente cuando se introdujo la pasta base en el mercado ilícito en los primeros años de la década de 2000. En general indica que se está próximo a un lugar de venta. Mientras observábamos Margarita me

seguía diciendo «el pueblo es un reflejo de lo que pasa en otros lugares, con otras escalas, aquí también llega todo». Más tarde, comentando el episodio con Paula, ella opinó con manifiesta preocupación que la cosa iría en peor «ahora que se aprobó lo de la marihuana».

Casi un año más tarde las sospechas de Margarita se constataban en una seguidilla de sucesos que durante algunos meses estuvieron en boca de todos. El primero de ellos era anunciado por diario departamental:

Desbarataron boca de venta de pasta base en Pueblo Gallinal.

\*\*\* de 23 años, y \*\*\* de 29, oriundos de Artigas, fueron procesados con prisión por la Justicia Penal por un delito continuado de suministro de estupefacientes [...] Efectivos investigaban la comercialización de pasta base, a un costo de 200 pesos el ‘chasqui’ —dosis mínima— y de ‘palancas’ de marihuana a 50 pesos a trabajadores de un establecimiento citrícola de la zona y habitantes en la propia población, superando a más de 200 consumidores.

La investigación permitió identificar como sospechosos a \*\*\* y \*\*\*, poseedores de antecedentes penales por distribución de estupefacientes en Artigas y empleados zafrales de la firma citrícola [...] Interrogados, ambos admitieron haber vendido en reiteradas ocasiones estupefacientes, los que traían desde su ciudad natal, a sus compañeros de trabajo en la plantación citrícola y en la propia localidad (Diario *El Telégrafo* 25-06-2015).

La historia se repitió varias veces en los meses siguientes. El procedimiento —observar el comportamiento de los zafrales el día de cobro de la quincena— había sido exitoso. Las notas periodísticas parecían idénticas unas de otras. En octubre de 2015 el tema había cobrado relevancia, por lo que el diario se extendió algunas líneas más en su informe:

Nueva operación antidrogas en un pueblo invadido por revendedores.

El procesamiento de dos montevidEOS y la incautación de estupefacientes fue el resultado de una nueva operación antidrogas llevada a cabo en una plantación citrícola de la zona de Pueblo Gallinal, donde se estima que más del 80 % de los operarios son consumidores de droga. Fue un procedimiento conjunto de la Brigada Departamental Antidrogas y la seccional octava de Policía. A uno de los detenidos, poseedor de antecedentes penales, se le incautaron 80 envoltorios de marihuana, un bloque compacto —de los conocidos como ‘ladrillos’— de aproximadamente 250 gramos de peso, y una bolsa con más de 100 gramos de cocaína.

Gracias a una extensa investigación practicada previamente por personal policial, se supo que ambas personas estarían vendiendo drogas desde hace varios años entre la plantilla de más de 500 trabajadores de la plantación. Una parte de los operarios —con antecedentes penales— proceden de Artigas y Rivera.

Uno de los detenidos en esta oportunidad trabajaba desde hace varios años en el lugar y, tiempo atrás, habría ingresado en el ilegal negocio. Casi 20 personas procesadas han dejado los operativos practicados en la plantación ubicada junto a Pueblo Gallinal [...] Nueve personas fueron procesadas por

comercialización de estupefacientes en la misma plantación cítrica desde junio a la fecha. A mediados de junio, la Justicia procesó a un hombre de 37 años, por la venta de estupefacientes en pueblo Gallinal, hecho por el cual ya habían sido encarcelados dos artiguenses de 23 y 29 años. El 10 de agosto, un individuo oriundo de Rivera fue procesado con prisión por la Justicia Penal tras comprobarse que abastecía de marihuana a unos 50 trabajadores zafrales de la plantación. Asimismo, el 23 de setiembre, otros tres vendedores de droga fueron procesados con prisión como resultado de la Operación 'Nara' de la Brigada Departamental Antidrogas; hasta el momento la más importante implementada en el lugar.

En la ocasión, fue procesada una persona que desde hace más de cuatro años vendía cocaína, marihuana y crack; se le incautaron 'lágrimas' de cocaína adheridas a su cuerpo, \$ 9000, y una moto usada para la distribución. También se procesó a su suegra, radicada en Paysandú y a su pareja, un hombre oriundo de Montevideo. La mujer trasladaba en ómnibus desde Paysandú los estupefacientes, en paquetes adheridos a su cuerpo, para entregárselos a su yerno, encargado de la distribución en Gallinal (Diario *El Telégrafo*, 10-10-2015).

La «aparición de la droga» en el pueblo produjo pánico. Los pobladores ubican el hecho temporalmente al comienzo del 2000, momento en que se corre la voz sobre los primeros casos. Lo desconcertante es que, como fenómeno, no tiene cabida en los marcos de significación de las generaciones adultas y, a su vez parece atentar contra la estabilidad de los valores dominantes asociados al trabajo y a la familia, al instalarse como un elemento de sociabilidad entre los jóvenes. Como problema de causas inexplicables y dimensiones que los trasciende, una forma de incorporarlo en los relatos es ubicándolo como un elemento foráneo, ajeno a los valores de convivencia que se apuntalan en ese lugar y que vienen transmitidos de una generación a la siguiente. Todo lo que no se ajusta a este proceso de transmisión es puesto en los márgenes. Así lo comentaba Pedro:

«[...] ayer estuve comiendo un asado con un primo hermano y hablamos de la droga, de los gurises. Nosotros íbamos a un bar, yo, mis primos, mis hermanos, y no hacíamos esas cosas sucias, ¿sabés las cosas que nosotros hacíamos? correr carreras a caballo en la calle, íbamos al baile y por allá se armaba y salíamos, pero probar cosas sucias ¡no!... Ese tema de la droga lo trajo la gente que viene de lejos, es esa gente que vino de Rivera, de Artigas, de allá vino la droga, acá la gente no vende droga, es gente sana la de acá, pero los gurises se juntan con esa gente que viene de por ahí».

«Droga», «gurises», «cosas sucias»; significantes que aparecen con frecuencia concatenados y que incitan, nuevamente, a pensar sus relaciones desde otra óptica. Por ejemplo, si el consumo de marihuana y pasta base se encuentra extendido entre los trabajadores de la zafra ¿acaso no será una manera de soportar esas condiciones de trabajo? Por otro lado, si la transgresión también está presente en la experiencia de Pedro y sus amigos, ¿cómo lo verían los adultos de la época? Por último ¿no será la memoria y sus productos idílicos, construcciones a las que, al menos, convenga interpelar cada tanto?

## Zafra y alteridad generacional

«Bien dicen algunos que en Uruguay el año comienza después de turismo o, lo que es lo mismo, después de la llegada del “último ciclista”<sup>80</sup>. El abrasador calor durante el verano no deja muchas opciones a los gallinenses, que se resguardan en sus hogares o, cuando pueden, van hasta algún arroyo cercano. En los primeros meses del año los jóvenes que estaban estudiando en Paysandú retornan al pueblo hasta el comienzo de clases, el centro educativo también está de vacaciones y, en la naranja y la forestación, es temporada baja. Hasta el comienzo del otoño la zona permanece en una suerte de letargo. En abril-mayo empieza a perfilarse la época de la zafra y acarrea una intensificación de las dinámicas del pueblo. La zafra se ve reflejada en la circulación de transporte de carga y en la cantidad de pasajeros de los ómnibus, en la demanda de trabajo que reciben los talleres mecánicos, en la organización de actividades en el pueblo, en el tiempo que pasan solos los niños y adolescentes, en el ver “caras nuevas”...

Hoy es otro soleado día de otoño. Partí rumbo a Gallinal en el ómnibus que sale a las 5 a. m. desde la terminal de Paysandú. El coche iba repleto, incluso algunos tuvieron que ir parados. Viajaban básicamente dos grupos de pasajeros: las maestras y los hombres de la *naranja*. El coche es un modelo viejo que va realizando paradas a lo largo del trayecto que conecta la ciudad con Cerro Chato. El ruido que hace al acelerar y detenerse, para luego al volver a marchar, se repite una y otra vez impregnando de sonoridad el paisaje. Con el tiempo voy entendiendo que no solo la vista del entorno durante los viajes, sino también el sonido y el movimiento del ómnibus, dejan una huella en la experiencia de las personas que usan este transporte con asiduidad.

Era casi la hora de partir cuando llegué a la terminal. Unos diez muchachos se aglomeraban en la puerta del ómnibus esperando que abrieran, y subieron casi de inmediato. Las permanentes idas y vueltas les han enseñado que es probable que queden sin asiento si demoran en ascender. En el camino, aun en la madrugada, algunos bajaron en distintos parajes. “Hogar dulce hogar” dijo uno con aire de resignación al llegar a un lugar en medio del campo y con frío. Otro grupo indicó al guarda que seguían hasta Tres Bocas, zona de la naranja.

Al llegar a Gallinal bajé junto a la mayoría de las mujeres. Desde ahí el ómnibus seguía su trayecto con mucho menos de la mitad de pasajeros de los que llevaba cuando partió. Ya en el pueblo se hace evidente un mayor movimiento en las tempranas horas de la mañana, en relación a uno o dos meses atrás» (Diario de campo, abril de 2015).

80 Alusión coloquial a la carrera de ciclismo «Vuelta Ciclista del Uruguay» que se realiza durante semana de turismo en Uruguay.

La representación que se ha generado entre los pobladores de Gallinal sobre los zafrales experimenta un efecto sinécdoque: se toma al todo por la parte, o dicho en términos antropológicos, se toma al *otro* como diferencia absoluta. Reguillo (2002) dice que en los enfoques antropológicos y de las ciencias humanas en general, ha primado una forma de pensar al otro como «desviación»; y que en la contemporaneidad este mecanismo se intensifica gracias a un «pasaje mediático» que intercepta al *otro* y lo ajusta a un imaginario global de la diferencia como lo «monstruoso». El relato en las notas periodísticas ejemplifica la construcción mediática de los zafrales como un otro monstruoso. En la temporalidad cotidiana de los habitantes de Gallinal el relacionamiento con la diferencia/diversidad se ha vuelto un problema. La diferencia se cubre de un barniz de oscuridad, de un sentido de indeseable y, como resultado, se pierden de vista los matices y las semejanzas, en definitiva, lo que nos une en nuestra condición humana.

Desde un núcleo (adulto-trabajocéntrico) que dispone los sentidos primordiales que ordenan el tiempo y el espacio habitado por el colectivo, incluidos allí los que no están en el centro y, todavía, los que están en los márgenes, la(s) diferencia(s) —la(s) juventude(s)—, se esparcen en la trama adquiriendo continuidad entre sí, pero sin tener otra cosa que ver con el núcleo que no sea el contraste. Es un esquema visual que podemos imaginar con claridad.

Los adultos, formados en «otra época» se sienten distantes, por completo escindidos de las configuraciones actuales de la alteridad. Las versiones que hablan de la «responsabilidad de los padres» son tímidamente enunciadas. Ven las diferencias en el hoy, y les cuesta reconstruir las del pasado, cuando ellos ocupaban las posiciones subordinadas. En su juventud no estaba «la droga», y no existía la zafralidad con la magnitud que hoy tiene. Ocurrían otras cosas, claro. La construcción del «antes» indica que todo se encontraba bajo un orden que, o bien impedía la emergencia de diferencias, o bien las subsumía a él. «Nosotros respetábamos el sistema que nos enseñaron nuestros padres», afirmaba Pedro, como si en la actualidad fuese completamente distinto.

Otra vez, el argumento es que el pueblo ha cambiado, ya no es «el de antes». Vemos a la sensibilidad generacional de los adultos colocarse en el eje organizador de estos desplazamientos de sentido. Sin intención de negar que ocurren transformaciones, es pertinente notar que la alusión al cambio es una constante en los alegatos de los adultos a la hora de relacionarse con los jóvenes del pueblo, quienes mediante un giro comparativo introducen un paralelismo entre dos temporalidades: una correspondiente a ellos (el antes) y otra correspondiente a los otros (el ahora).

Avanzamos un paso más y observamos una situación que en apariencia es paradójica: en un presente en el que los adultos ocupan las posiciones dominantes y tienen la prerrogativa de señalar desde allí lo que está «bien» y lo que está «mal», sucede sin embargo que no se reconocen, se sienten ajenos; esa no es la realidad que les gustaría estar viviendo. Pareciera que algo les hubiera sido arrebatado, que algo está fuera de su control. Es que *su* tiempo, y por tanto ellos

—su mentalidad, su sensibilidad—, pertenecen a otra época. El punto nos sitúa, otra vez, en el terreno de las mediaciones, en el tiempo que transcurre entre las generaciones y en las temporalidades que se deslizan en el tiempo y hacen a la mirada generacional.

Lo que está fuera de su control es el tiempo; es decir, los procesos que se desarrollan y las temporalidades que se construyen no son las únicas. Los adultos pueden reprobar esta o aquella práctica, pero no se halla en sus manos determinar que cierto tipo de comportamientos se tornen habituales; como tampoco pueden decidir sobre el personal que contratan las agroindustrias donde ellos dejaron buena parte de su tiempo vital trabajando. Sucede a pesar de ellos; si bien desde su lugar activan mecanismos discursivos y prácticos que entran en la trama y producen un efecto.

Una hipótesis a sopesar es que la territorialización institucional manifiesta en la proliferación de lo normativo, los «lugares» del Estado y las instituciones de trabajo, están jugando un papel decisivo en la mediación de las relaciones intergeneracionales, produciendo así un sentido de irreversible distanciamiento. Repasemos el despliegue de la institucionalidad estatal en el pequeño Gallinal (el CAIF, el CEI, el Centro MEC, la Junta Local y la seccional policial), y la diferencia que esto significa con otros poblados cercanos. De hecho, al observarse en relación a otros lugares, sobre todo Cerro Chato, opinan que en Gallinal hay «más civilización» y que en aquel «la sociedad está degradada». Nadie sabe por qué ocurre así, pero es una idea extendida entre los gallinenses. Con todas estas instituciones, más el aliciente de lo normativo, la manipulación de la diferencia ya no depende de los adultos. Ellos hicieron lo posible para dar continuidad a los valores del pasado. Sin embargo, «ahora todo está cambiado».

La reflexión sobre la alteridad suscita temores y preocupaciones. Esto se hace evidente en las conversaciones que tuve con los interlocutores de esta investigación, tanto jóvenes como adultos. Este tipo de figuración de la diferencia, entendida como lo que distancia, lo que impone fronteras, en lo que no quiero convertirme, margina tajantemente que los distintos personajes involucrados en esta trama comparten espacios, prácticas, patrones (en el sentido tradicional que el término tiene para referirse a los jefes), formas de subsistencia económica, identidades de género y sexualidad, corporalidades, masculinidades, feminidades y tantas otras cosas.

El temor a la diferencia excluye la representación de los *zafrales* en tanto *trabajadores*, incluso más: obtura la posibilidad de comprenderlos en sus trayectos vitales, más allá de lo que se ve en primer lugar. No obstante, ellos aportan su fuerza de trabajo, junto con los *efectivos*, al mismo proceso productivo y de generación de plusvalía. Desde esta perspectiva no solo la diferencia se encoge, sino que pueden constituir lo idéntico entre sí.

Converso con mi interlocutor de Azucitrus sobre los trabajadores de la zafra. Él me introduce en los pormenores de esa modalidad laboral:

«Luisina: ¿Qué tipo de requisitos tiene la gente para trabajar en Azucitrus?»

Roberto: Para trabajar de manera permanente, digamos en el trabajo un poco más especializado, la empresa los va contratando y a medida que la persona se destaque en algo ya sea por su empeño, por sus habilidades, por lo que fuera, va adquiriendo mejor posición en la empresa. Eso históricamente es así, gente que empezó desde abajo desde peón, hoy en día son capataces, o gente que está encargada de un área, porque para los trabajos más sencillos que puede ser peón, peón de cosecha, gente que de repente no tiene ninguna especialidad, los requisitos son mínimos, simplemente ganas de trabajar y el trabajo se aprende.

Luisina: O sea ¿pueden pasar de ser zafrales a efectivos?»

Roberto: Sí, e históricamente ha pasado eso.

Luisina: ¿La figura de los zafrales existió desde el comienzo, o eran solo efectivos?»

Roberto: La zafralidad siempre estuvo, porque a pesar de que los primeros dos o tres años del proyecto se dedicó a la instalación del cultivo con toda la preparación de la tierra, la plantación, el instalar los sistemas de riego, todo lo que se te imagine de pasar de un campo pelado, toda la infraestructura, la albañilería, la construcción de las casas, si bien eran cosas que de repente exigían mano de obra especializada también eran zafrales porque después que se terminaba determinado trabajo ya no se hacía más. Y después, la zafralidad queda muy marcada con las cosechas. La época de cosecha del citrus es invernal, al principio las plantas producen poco porque son de escaso desarrollo pero a medida que va creciendo va aumentando la cosecha, pero siempre en una determinada época del año, generalmente entre mayo y octubre es la época de cosecha [...] Hay un pico en julio y agosto más o menos, la empresa, por un tema de conveniencia, de mercado, de tratar de explotar los mejores momentos para la venta de su fruta, ha tratado de diversificar las variedades que se plantan; es decir empezar más temprano la cosecha y con variedades que el mercado todavía acepta seguirla casi hasta fin de año. Además para un mejor uso de la planta de empaque y la planta de jugo, conviene que el flujo de frutas sea lo más parejo posible todo el año, como es una empresa que está mirando a la exportación, porque el mercado interno está saturado [...] Igualmente hay mucha gente trabajando permanente, porque la cosecha tiene ese período que yo digo mayo-octubre, puede ser un poco más extendido, pero después hay otras tareas que también son zafrales que se hacen en otras épocas del año, por ejemplo la poda, el riego, que no insumen tanta mano de obra pero es gente que viene a hacer un trabajo específico y termina ese

trabajo y bueno... la empresa trata de reubicarlos pero evidentemente no hay lugar para todos

Luisina: Los zafrales que van ¿cuánto tiempo pasan de corrido?

Roberto: Quince días es el régimen normal, porque la empresa estila trabajar dos semanas y hacer el pago de la quincena, generalmente se paga los viernes, cosa de que el personal sábado y domingo descansa, salga y el lunes esté de regreso trabajando. Hay gente que conozco que llega marzo, abril y se instala y de repente hasta octubre no salen en toda la zafra, se quedan viviendo ahí, se hacen la idea de que ese es su lugar de trabajo y su lugar de vivienda por seis, siete meses y permanecen ahí. Y hay otros que salen una vez por mes, otros religiosamente cada quince días se van, eso depende de cada uno, porque también es lógico pensar que cualquier traslado es costoso, entonces toda vez que uno decide irse tiene que tener plata para el ómnibus o para comer, y en ese sentido es también una limitante.

Luisina: ¿Es una población importante la de zafrales? ¿Supera a los efectivos?

Roberto: Sí, supera a los efectivos. Hoy en día en plena zafra hay por lo menos cuatrocientas, quinientas personas de las cuales la mayoría son zafrales, permanentes son cien y pocos, es decir que en zafra hay trescientas, cuatrocientas personas que vienen específicamente a la zafra».

Quizás no cuenten con capacitación, pero es menester notar cuánto sacrifican los trabajadores zafrales al dejar su lugar de origen para emplearse en otro que requiere su residencia<sup>81</sup>. Sin embargo, ellos son los que ocupan los eslabones más precarios de la cadena productiva de la agroindustria citrícola, al igual que en otras. Si bien el foco de este trabajo no es el proceso productivo de la *naranja* y sus trabajadores, resultó pertinente inmiscuirnos en el tema por la relevancia que tiene en las dinámicas del pueblo. Es evidente en el caso de Gallinal que esta población incide en las construcciones de juventud y en las relaciones intergeneracionales.

Como se revisó en otro capítulo, la situación actual encuentra sus antecedentes principales en las décadas precedentes, durante el período de afirmación del modelo neoliberal. Distintos autores han señalado la trayectoria de cambios ocurridos en Uruguay, entre los que cabe mencionar específicamente la disminución de la proporción de asalariados rurales que viven en su medio de trabajo y el incremento de los que tienen residencia urbana (Carámbula, 2009; Piñeiro,

---

81 Para otra instancia sería interesante analizar comparativamente y desde un enfoque de género sus puntos en común con otro tipo de trabajo que tradicionalmente —aunque en la actualidad esta modalidad es marginal— ha requerido permanecer en el lugar: el trabajo doméstico. Asimismo, es difícil no hacer referencia a que la permanencia en el lugar de trabajo guarda cierta similitud con el régimen esclavista colonial.

2001a, 2001b; Piñeiro y Moraes, 2008; Riella y Ramírez, 2008; Tubío, 2001). Se habla también de inversión del flujo poblacional campo-ciudad. Pues bien, los trabajadores zafrales encarnan esa combinatoria de efectos.

La población juvenil urbana de bajo nivel de instrucción y pertenencia a los sectores más vulnerables y estigmatizados es la presa fácil de esta demanda laboral. El trabajo en la zafra, aunque sacrificado, da la posibilidad de tener un ingreso estable durante una parte del año, para lo cual encuentran mayores obstáculos en la ciudad. Es importante llamar la atención sobre la estrecha conexión entre vulnerabilidad socioeconómica de la población juvenil masculina y el funcionamiento de las cadenas agroindustriales. Particularmente en la citricultura, como comentaba Roberto, no se requiere instrucción específica para las tareas básicas y de inferior rango en la estructura productiva. Esta relación se puede pensar en múltiples claves, por ejemplo, la producción de masculinidades y la aún vigente y tácita división del trabajo por sexos; o la retroalimentación entre una alteridad urbana que se extiende a lo rural (el joven-pobre) y los mecanismos contemporáneos de acumulación del capital. Distintas interrogantes también aparecen: ¿qué modelos de familia, de género, de distribución de los cuidados, e incluso de juventud, apuntalan directa e indirectamente estos tipos de organización del trabajo?, ¿cómo son los vínculos intergeneracionales de los jóvenes zafrales en sus propias cartografías genealógicas?

Hace ya varias décadas que se viene señalando y siguiendo de cerca la emergencia de una «nueva ruralidad»; la literatura al respecto es abundante. No obstante, me animo a sostener que todavía hace falta hurgar en las dimensiones elementales de la vida de las personas que son, retomando a Leite (2011), el «trabajo vivo» de estas transformaciones. Explorar sus modos de significar el mundo y su propia vida, de forjar la tierra y simultáneamente sus cuerpos, de relacionarse con la técnica y la tecnología, e incluso, de construir sus identidades de género y sexualidades. Es decir, llegar a conocer cómo los cambios en la intimidad del ser y en los vínculos más estrechos de las personas. En este sentido, la aparición de un actor indeseable que no termina de ser aceptado, no es una excepción o una anomalía; por el contrario, él es una pieza clave en las expresiones contemporáneas que adoptan los tan aludidos cambios. La «transformación» de lo rural y las relaciones campo-ciudad en lo estructural y lo productivo, son al mismo tiempo una reconfiguración de las formas de ser y de estar allí y de la construcción de alteridades.

## Palabras finales: Devenir pueblo

*Y si sentís tristeza / cuando mires para atrás /  
no te olvides que el camino / es pa'l que viene y  
pa'l que va.*

«Pa'l que se va» (1978) Alfredo Zitarrosa

En este momento es verano. En Gallinal, los pobladores viven su descanso de la época ajetreada, que comenzará en algunos meses. Ahora es el tiempo de las vacaciones de los niños y adolescentes, y el período de retorno al pueblo de los jóvenes que se fueron a estudiar a la capital departamental, o incluso más allá. Se animan así otras actividades, inspiradas en el reencuentro con amigos y en el receso de las instituciones educativas. También al interior de las familias se recrean otras dinámicas; el trabajo continúa pero a un ritmo más sosegado, y algunos toman sus licencias. Se dispone de cierto tiempo, que habilita la ida a un arroyo o a las termas, un viajecito rápido a Paysandú a cenar en algún restaurante, visitar familiares o comprarse algo de ropa. Mientras allí siguen pasando cosas, aquí es tiempo de concluir. Hay distintos puntos expuestos en las páginas precedentes que quisiera retomar y sintetizar en las que siguen.

Hemos conocido a Gallinal, una configuración a medio camino entre lo urbano y lo rural, entramado social resultante de las tendencias de cambio que incidieron en el campo y en el agro en las últimas décadas. El pueblo fue incrustado en lo rural pero la impronta de su espacialidad y temporalidad se asemeja más a la de un barrio de ciudad. Sus habitantes, a pesar de tener presente la «comodidad» que ofrece el pueblo en cuanto a servicios básicos —que lo convierte en el epicentro de los flujos habituales de la zona—, se identifican como población rural. Estas percepciones no dependen solo del grado de urbanización, sino de la subjetividad de las personas con respecto al territorio que habitan; subjetividad que se alimenta día a día y está impregnada de una experiencia y sensibilidad que se transmiten generacionalmente en el devenir del *con-vivir*. La dificultad para definir a este pueblo anima a repensar las categorías que utilizamos pero, sobre todo, la manera estanca como muchas veces lo hacemos. Es verdad que Gallinal en su estructura habitacional tiene límites precisos, además de un fuerte sentido de espacio privado, pero no es, como vimos, un lugar típicamente rural —si es que existe algo «típico»—. Vimos también que su desarrollo en el tiempo —y el de la vida de sus habitantes— tiene mucho que ver con procesos normativos, económicos y productivos llamados globales, —aunque, como observó Latour (2008: 253) «las estructuras globales se fabrican en sitios locales»—, en otras palabras, que lo que acontece allí está conectado con otras producciones simbólicas, igualmente localizadas. En esta línea, si reparamos en las memorias, en los recorridos territoriales de sus habitantes a lo largo de sus vidas, en sus

expectativas a futuro y en sus relaciones actuales con otros lugares, los límites pierden definición, revelándose más bien porosos, fluidos. De esta forma, el caso de Gallinal sirve para poner en cuestión las categorías dicotómicas que como tales son mutuamente excluyentes, entre ellas interior/capital, urbano/rural, adultos/jóvenes, adentro/afuera, local/global, etc. Pero finalmente ¿es posible elaborar definiciones que no estén basadas en una oposición? Una vía posible para trabajar, mas no para resolver este problema, es la de mostrar recorridos; es lo que intenté proponer con la idea de «cartografías genealógicas» en tanto herramienta para relacionar trayectorias vitales, territorios, generaciones/familias y transformaciones económico-productivas. Construí esta metáfora como forma de «sumergirnos» en el territorio, en las mediaciones que constituyen los caminos, las recíprocas transformaciones entre los cuerpos y la tierra, haciéndolo a través del tiempo. Creo haber logrado una primera aproximación a lo que la idea significa, pero entiendo, asimismo, que se puede ir a más con la propuesta profundizando en dimensiones más íntimas y personales de la construcción de vínculos entre generaciones. La experiencia en Gallinal es un primer intento de mostrar relaciones, prácticas y significados en distintos niveles. En esta instancia era necesario colocar en contexto, territorializar la construcción del vínculo generacional; de ahí el énfasis puesto en los distintos grupos que interaccionan en ese espacio, el proceso de construcción del pueblo y de las agroindustrias que demandan la fuerza de trabajo de estas personas.

Con la mirada puesta sobre aspectos metodológico-etnográficos, me interesa introducir otras puntualizaciones quizás no novedosas, pero emergentes de esta investigación. En primer lugar, podemos bosquejar ideas, tener reflexiones teóricas, temáticas y preocupaciones puntuales, pero no podemos anticipar los resultados a los que arribaremos y qué elementos cobrarán relevancia en el producto final. La práctica etnográfica (incluida la escritura), impregnada de reflexividad y semejante a un «amasado», provee nuevas ideas. Por esta razón evité el camino de elaborar una hipótesis, no fui al campo a contrastar nada, sino a conocer y comprender; llevaba conmigo preguntas, pero incluso estas fueron modificándose. Defiendo a partir de ahí la idea de que cada investigación muestra un conocimiento particular, al decir de Abu-Lughod (2000), que deja abierta la puerta para otros caminos de aprendizaje. Realizar, reflexionar y escribir sobre este proceso de investigación me hizo vivir la experiencia de la etnografía como un proceso inacabado, que siempre se puede visitar. Basándome en los aportes de antropólogas y teóricas feministas intenté generar un conocimiento situado, reconociendo como punto de partida epistémico «la naturaleza encarnada de todas las miradas» (Haraway, 1988: 581); de ahí el énfasis puesto en mi propia trayectoria, que por cierto no es solamente mía. Para algunos quizás sea un exceso de subjetividad; desde mi postura en cambio —y apoyándome en las autoras citadas—, se trata de una «objetividad corporizada» (ibíd.), donde no cabe una distinción a priori entre un tipo de conocimiento «subjetivo» de otro «objetivo» como metas a alcanzar, sino la posibilidad de *objetivar desde posiciones*

*específicas y fluctuantes*, en tanto relacionales. Apuesto, en este sentido, a entender lo personal no solo como etnográfico y político, sino también como fuente de teorizaciones, en el sentido que lo propone Virginia Cano:

Situarnos como sujetos de pensamiento y reflexión teórica, asumiendo posicionamientos provisorios, revisables y estratégicos, nos fuerza no solo a socavar cualquier instancia que pretenda regular de modo universal y definitivos los modos de pensar(nos) y organizar(nos) los cuerpos, sino que es también una de las maneras más directas de recordar(nos) el carácter contingente y falible de cualquier posición de enunciación y pensamiento (Cano, 2015: 34-35).

En segundo lugar, en el proceso de escritura pude observar la parcialidad (y así, la especificidad) de este trabajo, al identificar a qué ámbitos pude acceder y a cuáles no, y qué voces quedaron más registradas con respecto a otras. En este sentido cabe hacer explícito que circulé y observé sobre todo lo que ocurre en el «espacio público», en las calles, terreno simbólico y práctico donde «lo masculino» cobra relevancia. Es verdad que también ingresé en las instituciones y que algunas de ellas (como el CAIF, el CEI y el Centro MEC) están dirigidas por mujeres, pero estas son, en última instancia, espacios de cuidados y de tutela que funcionan como una suerte de extensión del hogar, donde se educa, cuida y disciplina, tareas que en el pueblo continúan estando a cargo principalmente de las mujeres. De los espacios «privados», los hogares y la vida en familia, pude saber lo que me comentaron y observé en algunas instancias, más no llegué a participar de forma asidua en ellos.

A propósito de este aspecto quisiera argumentar que el recorrido etnográfico es *una síntesis* del «entre» de la antropóloga, sus interlocutores y las características del terreno, donde la «observación total» es imposible. En este sentido, los meandros que tomó el trabajo de campo guardan una fuerte relación con cómo interpretaban y a qué asociaban mis interlocutores el tema de investigación, con sus percepciones sobre lo «público» y lo «privado», y con mi posición en tanto joven investigadora proveniente de la capital. Así, puesto que el «problema de los jóvenes» —como mis interlocutores le llamaban—, se representa sobre todo como un asunto de varones y, en el espacio público toma la forma de una disputa de masculinidades (el deber ser entre varones jóvenes y adultos) las alusiones a las mujeres jóvenes por ejemplo, o las circunstancias de la vida íntima, no recibían la misma atención. Además, como este «problema» está asociado en buena medida a la imposibilidad de acceder al mercado de trabajo, hablar de los jóvenes era reparar antes que nada en lo que no hacen, lo que no pueden y lo que deberían, antes que lo que sí hacen, lo que podrían y lo que quieren.

Tercero, en el trayecto etnográfico cobró fuerza lo que sucede entre generaciones antes que lo juvenil exclusivamente, lo que me llevó a problematizar el tiempo en términos de temporalidades, y el espacio en términos de territorialidades. El tiempo y el espacio son las coordenadas objetivables donde nos situamos, pero es lo que las personas aprehenden e in-corporan de ellos lo valioso a descubrir, pues encontramos allí su forma de ser, de estar y de relacionarse. Como fue señalado,

opté por este desplazamiento conceptual pues son estas dimensiones las que nos colocan en el plano de los intercambios en tanto bases del lazo social, en este caso entre generaciones. En este sentido, las alusiones a que «ahora» está todo cambiado o «antes» era distinto, no es solo una constatación de transformaciones materiales, sino principalmente simbólicas, pues refieren a cómo las personas viven. De ahí que proponga la coexistencia de *distintas temporalidades generacionales*, cuando lo que unos esperan de otros no se condice con lo que acontece, revelando distintas vivencias del tiempo en el proceso de relacionarnos.

A lo largo del trabajo me pregunté por la permanencia y el cambio, por lo que se genera y lo que se reproduce, por las mediaciones entre las distintas generaciones, entre estas y el territorio y entre estas y las instituciones. En contraposición a la imagen de lo rural como un tiempo-espacio anquilosado, el devenir de Gallinal y la vida de sus pobladores se reveló lleno de movimiento. Como se dijo, han influido las transformaciones en lo agrario, pero también el accionar de otros planos como la «ampliación de derechos» en lo laboral y lo educativo, expresiones puntuales de la construcción de identidades globalizadas, como vimos junto a Segato (2007). A la luz de estas circunstancias ¿dónde se manifiesta la permanencia y dónde el cambio?

En Gallinal la juventud se debate entre la idealización y la sanción práctica, mientras la adultez aparece como una construcción incuestionable. Esta *relación de desigualdad en el estatus generacional* es una constante a lo largo del tiempo. En función de ella se dice que no está bien que los jóvenes se comporten de tal o cual modo, pero no se escuchan voces que interpelen las formas de ser adultos. Una serie de «centrismos» legados de la ruralidad de décadas pasadas —y, en general, de concepciones morales más tradicionales— sustentan estas relaciones; entre estos centrismos reguladores de la vida social encontramos el trabajo, la heterosexualidad y la familia nuclear.

Yamandú González Sierra señaló en los noventa que estamos «ante un panorama de ‘invisibilidad’ de los trabajadores asalariados del campo» (González, 1994: 40). Sin discutir su apreciación, que refiere a una invisibilidad en términos de justicia social —la Ley N.º 18 441 sancionada en 2008 que limitó la jornada laboral a un máximo de 8 horas diarias puede considerarse todavía insuficiente en relación a las necesidades de los habitantes rurales— es importante notar que el hombre trabajador continúa siendo el sujeto emblemático del medio rural. Dentro de ese mundo social desconocido —desde una mirada desde afuera—, hay otros y otras todavía más invisibles y, por lo tanto, más subalternizados: las y los jóvenes, las mujeres, los ancianos, los niños. ¿Por qué el hombre trabajador constituye un signo predominante en el imaginario sobre el campo? Quizás porque el trabajo —la producción—, ha sido históricamente la principal actividad o el principal significado atribuido al signifiante *campo*. Así, otros significantes posibles que encuentran correlato en espacios, prácticas y vidas concretas, quedan desplazados por esa representación. La juventud, como categoría universal pero principalmente, la juventud en los términos como quisieran vivirla

los jóvenes de Gallinal, es uno de ellos. Los jóvenes existen en tanto estudiantes o ya cuando son más grandes como trabajadores jóvenes, pero no es posible una juventud por fuera de las estructuras institucionales, sean estas educativas o laborales, a pesar de que también existe. Por supuesto que este aspecto también lo encontramos en los entramados urbanos, pero las características de la ruralidad, donde por un lado priman instituciones disciplinarias como la familia y la escuela y por otro lo privado —la propiedad privada y lo doméstico frente al espacio público y otros espacios comunitarios y de recreación— lo exacerba. Así, el significado de la juventud es el conflicto, desde la mirada adulta como desde la de las y los jóvenes, pues mientras aquellos reprochan que no hacen lo que deben, estos reclaman, que no les permiten lo que quieren. A pesar de esto, y con ciertos matices, buena parte de las prácticas de los jóvenes se enmarcan en lo esperado —trayectorias educativas, incorporación al mercado de trabajo, conformación de nuevos núcleos familiares—; así como los adultos flexibilizan sus percepciones conforme transcurre el tiempo y observan en sus hijas e hijos atributos positivos propios de los tiempos actuales.

La creación de Gallinal y su crecimiento sostenido en el transcurso de los noventa, puede leerse como un proceso de institucionalización que adiciona diferencias con respecto a la ruralidad de décadas atrás, desde la política de vivienda de MEVIR —que está a la base de todas y cada una de las casas del pueblo—, pasando por los centros educativos y culturales (CAIF, CEI, Centro MEC), la junta local y la seccional policial, hasta las normas en lo laboral y educativo. Las relaciones sociales se organizarían de otro modo si no estuvieran estas instituciones que han venido a mediar y modificar los usos del tiempo, del espacio y del territorio, y que también aportan su cuota a la distribución de los cuidados de los niños y jóvenes, pero no tiene sentido decir nada sobre lo que no existe, salvo para proponer opciones de cambio frente a lo indeseado.

La creencia en el progreso y el desarrollo encuentra en los pobladores adultos de Gallinal una base experiencial; ellos aportaron su fuerza de trabajo y vitalidad a la transformación del campo, hacia un entorno agrario-industrial que se asemeja, en muchos aspectos, a la dinámica del proletariado fabril en las ciudades. De la mano del «progreso» en los modos de producción, llegó la oportunidad de obtener una vivienda propia que estaría emplazada en el corazón de ese engranaje productivo. La ecuación no podría resultar mejor. Sus sensibilidades y arraigo al valor del trabajo y a la familia tienen que ver con el lugar que estas instituciones sociales han tenido tradicionalmente en el campo, pero también fue exacerbada a través de la experiencia de la transición a un ruralidad signada por la combinación entre lo agrario y lo industrial, desde los años ochenta en adelante. Las generaciones jóvenes llegan cuando este andamiaje ya está afianzado y, desde esa posición, sus sentires y experiencias se diferencian de las de sus antecesores. En relación a esto, si bien ciertos debates sobre el medio ambiente no emergieron como una controversia candente durante el período del trabajo de campo, se puede intuir que las transformaciones territoriales-productivas imprimen cambios en

las percepciones generacionales. Los jóvenes de hoy conocen un campo distinto al que conocieron sus padres, madres y abuelos en su juventud; un campo donde la explotación de la tierra se realiza bajo un estricto orden (tanto en la geometría de las plantaciones forestales y citrícolas como en los tiempos en que lo hacen) y donde la acumulación de capital resulta más abrupta, antes que con cadencia temporal. El momento de la tala de árboles puede tomarse como ejemplo de ello, sobre lo cual una escena viene a cuento: un día, saliendo del pueblo junto con varias maestras, una muchacha que pasaba en camioneta nos llevó hacia la ruta. Las maestras la conocían, entonces se dio una animada conversación entre ellas hasta que le preguntaron si seguía trabajando en la forestal. La muchacha respondió con cierto nerviosismo, pero con evidente sinceridad: «cuando vi cómo arrancaban los árboles se me cayeron las lágrimas, ahí me di cuenta que ese trabajo no era para mí». En el entendido de que las disputas por la gobernanza y el territorio tienen hoy un fuerte componente medioambiental, el vínculo con la tierra, la producción de visiones más o menos críticas sobre las formas de explotación y expropiación y las vivencias del medio que tienen las distintas generaciones, son tópicos que requieren mayor indagación más allá del caso de Gallinal.

Hay cierta permanencia en los modos de organizarse el grupo social que convive en el pueblo, en función de las transformaciones económicas, manifiestas territorialmente. El lugar de la familia nuclear como «célula» elemental de este engranaje se actualiza, por ejemplo, a través de la política de vivienda y se legitima con la separación tajante entre los trabajadores efectivos, moradores del pueblo y los trabajadores zafrales, «forasteros», para utilizar el término de Elías (2003). El pueblo es donde se construyen los valores a enaltecer —el trabajo, la familia, la autoridad adultocéntrica— y, como lugar a preservar, se cubre de un manto de sentido de lo privado, mecanismo de cohesión social que marca límites y diferencias con quienes vienen de lejos o de «afuera». A su vez, aparecen resistencias normativas al cambio en las formas de construir hogares, cuando los jóvenes que no tienen pareja e hijos encuentran dificultades para acceder a una vivienda *MEVIR* propia.

Hay cambio en el incremento del control estatal hacia el ingreso de los jóvenes al mercado laboral y en la promoción de la continuación de las trayectorias educativas, en comparación a la situación que vivieron las generaciones anteriores. A los jóvenes de hoy se les presenta con mayor nitidez la posibilidad de «optar» por continuar estudiando en la ciudad, con lo que se distinguen sustantivamente de sus padres y abuelos, quienes ya eran *trabajadores* en las edades en que ellos hoy continúan siendo *estudiantes*. Esta situación, institucionalmente más consistente y visible, amplía las chances de que las generaciones jóvenes tengan recorridos vitales en los que aspiran a fuentes laborales diferentes de las ofrecidas en el entorno del pueblo; cada vez más aparecen los oficios y profesiones mediados por la enseñanza en instituciones. Aunque en parte está prefigurado que los jóvenes continúen estudiando, la decisión implica una serie de conversaciones consigo, con sus pares y sus familias, deliberaciones sobre dónde irán a vivir y qué orientación seguirán, lo que produce una sensación de «encontrarse a

sí mismos» (Gullestad, 1996). La migración a la ciudad no solo es promovida de forma explícita, sino también de forma tácita, a través del drama que se genera en relación a los jóvenes que permanecen en el pueblo en una situación liminal. Tales desplazamientos normativos y prácticos instalan paulatinamente visiones que adhieren al «discurso de derechos»; pero, al mismo tiempo, se despierta una tensión con las sensibilidades establecidas que defienden un temprano ingreso al «mundo del trabajo» y a las responsabilidades de la adultez como mecanismos de educación.

Las situaciones que viven los jóvenes que no ocupan el «*locus* productivo» del trabajo, ni el «*locus* educativo» de la «moratoria social» (ambos prácticos y discursivos), se perciben como nocivas. Lo que «produce», visto desde el ángulo adulto, es perdición, desperdicio. En cambio desde la perspectiva de las y los jóvenes, este es un período para estar en sus propios términos, para explorar sus deseos, a pesar de sentirse —y ser— excluidos. Es interesante observar cómo para los adultos la experiencia liminal que viven los jóvenes constituye una suerte de «alienación» (como la que ellos viven en el trabajo), mientras para estos, y a pesar de la sanción social con la que les toca lidiar, se trata de un lugar propio, cuya potencia está dada por la posibilidad de sentir que deciden por ellos mismos. Claro está que esa configuración ha sido generada por reglas que los jóvenes no establecieron sino que les impusieron; ellos simplemente viven dentro de ese marco.

Las personas nos organizamos, vivimos, sentimos y pensamos atravesados por instituciones; bajo la forma de la familia, los roles de género, la educación o el trabajo, estas funcionan a partir de lugares de poder y de subordinación. Este apunte no es una especificidad de Gallinal, pero digamos que allí puede apreciarse con bastante claridad. Las instituciones preestablecen posiciones sociales que comportan, para los sujetos, una relación de estatus con respecto a otros. Por tal motivo, las expresiones que no se condicen con lo preestablecido son pasibles de sanción social; pero incluso haciendo lo esperado, el conflicto es parte de la trama, pues de manera inevitable somos *otros* u *otras* para alguien más. En este sentido podemos pensar el conflicto y el «drama generacional» como permanencia y cambio simultáneamente, es decir como condición relacional entre *unos* y *otros*; entender el conflicto en su positividad, como generador de síntesis culturales impensadas.

Un aspecto poco visible es que la promoción de las trayectorias educativas coadyuva a tendencias de cambio en las relaciones de género. Mientras los jóvenes continúan un proceso educativo en común y no se incorporan al mercado laboral, se demora la división del trabajo por sexos, más común en la adolescencia de sus padres y abuelos (cuando los hombres eran empleados como asalariados rurales, en ocasiones radicándose en los establecimientos de trabajo, y las mujeres eran adiestradas en las tareas del hogar), pero todavía vigente. El marco común de las instituciones educativas no anula la configuración de diferenciaciones

de género, que por supuesto las hay, sino que pauta modificaciones en los modos como se producen y los lugares donde lo hacen.

También se dieron cambios que involucran la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo rural, más específicamente agroindustrial; pero, en simultáneo, hay persistencia de las posiciones de género: la representación del trabajo remunerado sigue estando asociada a lo masculino, y los cuidados y las tareas domésticas de reproducción de la fuerza de trabajo —no remuneradas—, a lo femenino. Y, lo que no es menor, las representaciones de la alteridad más visible y dramatizada (los zafrales y, en menor medida los jóvenes en situación liminal) continúan siendo construcciones masculinizadas y combatidas o disputadas desde instituciones androcéntricas (por ejemplo la Policía).

Por último, hay innovación en la aparición de la política cultural Centros MEC, que gestiona actividades nuevas, o por lo menos no frecuentes y se convierte en un espacio a concurrir, habitar y significar, relacionado a la incorporación del manejo de las tecnologías de la comunicación y acercando las prácticas juveniles rurales a las urbanas. Pero también allí observamos el afianzamiento de las posiciones de género y generaciones, a través de las actividades organizadas y los usos del tiempo.

En definitiva, permanencia y cambio coexisten, pero la relación es más compleja: estas dimensiones se ensamblan, yuxtaponen y producen una expresión cultural que, retomando la propuesta de Sahlins (1997) sintetiza el lazo entre acontecimientos y estructura. No es mi intención que se interprete de estas líneas que el cambio es esencialmente algo bueno y la permanencia algo malo. No sería posible con-vivir sin apoyarnos en lo conocido pero, al mismo tiempo, es imposible vivir en lo «idéntico». La alteridad es condición humana.

Un apunte más quisiera realizar en este sentido y es que tanto los cambios como las permanencias se tornan funcionales a la acumulación del capital, aunque bien no sea ese su cometido o más bien, una de las estrategias del capital para reproducirse es la apropiación de las expresiones socioculturales. Las tendencias «civilizatorias» que involucran a la población juvenil no impiden que las empresas agroindustriales se provean de la fuerza de trabajo desvalorizada que necesitan (y que, en buena medida, colaboran en encerrar en esa situación): la que aportan los zafrales. Por otro lado, con los años de intervención que lleva la política de vivienda de MEVIR, se puede decir que la erradicación de la vivienda insalubre rural se ha consumado con éxito (si reparamos en la magnitud de su penetración territorial, casi no quedan en Uruguay «rancheríos»). En este transcurso su función se ha *aggiornado*, —como el propio caso de Gallinal ejemplifica— con la construcción de planes donde no hay ranchos pero sí demanda de fuerza de trabajo y donde no solo se convoca a población rural, sino también a habitantes de centros urbanos. Sin embargo, en este esquema, los zafrales, que conforman el grupo más vulnerable socio-económicamente hablando, no están contemplados de forma inclusiva, salvo si logran acceder a un cargo efectivo que les permita incorporarse de manera estable (lo que, como vimos, lleva años). Así se contribuye de forma colateral a

alinean las fuerzas del mercado con el capital humano, y a acentuar jerarquías que devienen en relaciones de desigualdad entre los sujetos.

Otra noción cargada de movimiento que fue útil para pensar las «relaciones intergeneracionales» es la de *mediación* (Latour, 2008), en tanto categoría plena de potencialidad. No se puede decir de manera definitiva qué es lo que se encuentra entre dos o más grupos que se pueden definir como generaciones, pues la mediación fluye, conecta y transforma. El fluir hacía difícil para los propios interlocutores decir qué hechos habían motivado los cambios, o por qué aun permaneciendo ciertos aspectos sentían que había diferencias. Al pensar estos asuntos dos frases volvían a mi mente, una enunciada por Pedro que decía «así no nos enseñaron nuestros padres», y otra por Genoveva, que con cierta nostalgia observaba: «ahora está todo cambiado». Ambas, tácitamente, hablaban de lo que está «entre» sin lograr definirlo. En este sentido, a los científicos sociales nos puede resultar incómodo no expresar un conjunto de certezas acabadas, pero justamente ahí es donde radica el desafío, en comprender que la ambigüedad y el movimiento son rasgos tanto de las realidades que abordamos y de las que hacemos parte, como de las categorías que empleamos.

Llegado este punto vuelvo a preguntarme cuál es el objetivo de este trabajo, ya no su objetivo teórico, sino su objetivo práctico. Es decir ¿para quién/es son las reflexiones aquí volcadas?, ¿en qué redes circulará?, ¿cómo lo leería, por ejemplo, mi abuelo, y qué opiniones le inspiraría comparar «su» campo, con este? Si la antropología escribe para pensar la diversidad del mundo, y dota a esta producción de un sentido político ¿cómo pone en diálogo sus reflexiones con esa diversidad? Comunicar requiere un compromiso activo, tal vez mayor al que imaginamos, en tanto hemos de estar dispuestos a recibir también críticas e incorporarlas como parte del proceso. Concluir estas páginas abre la necesidad de visitar mis interlocutores, así como animarme al intercambio con otros.



# Bibliografía

- ABÍN GAYOSO, Emilia (2014). «Por el derecho de los vecinos a vivir en su barrio: cooperativa de vivienda en Ciudad Vieja de Montevideo», *Trama*, año 5, n. 5, pp. 61-75.
- (2016). *Ciudad Vieja contemporánea deviniendo Casco Histórico*. Tesis para defender el título de maestría en Antropología de la Cuenca del Plata. FHCE, Udelar, Montevideo.
- ABU-LUGHOD, Lila (1997). «The interpretation of culture(s) after television», *Representations*, n. 59, Special Issue: The fate of Culture: Geertz and Beyond, pp. 109-134.
- (2000). «Locating ethnography», *Ethnography*, vol. 1, n. 2, London, pp. 261-267.
- AGUIAR, Sebastián (2012). «Movimientos sociales juveniles en Uruguay: situación en las últimas décadas y escenarios prospectivos», *Recso: Revista de Ciencias Sociales*, vol. 2, n. 3, pp. 38-66.
- ALBANO, Giancarlo; CASTELLI, Luisina; MARTÍNEZ, Emmanuel y ROSSAL, Marcelo (2014). «Caminando solos», en: Marcelo ROSSAL y Héctor SUÁREZ (coords.), *Fisuras. Dos estudios sobre pasta base de cocaína en Uruguay. Aproximaciones cuantitativas y etnográficas*, OUD, FHCE, Montevideo.
- ALBANO, Giancarlo; CASTELLI, Luisina; CURBELO, María Noel; MARTÍNEZ, Emmanuel y ROSSAL, Marcelo (2015). «Exploración etnográfica en redes de uso de drogas de síntesis en Montevideo», *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay*, vol. 13, pp. 209-216.
- ÁLVAREZ PEDROSIAN, Eduardo (2013). *Casavalle bajo el sol. Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio*, Ediciones Universitarias, UCUR, CSIC, Montevideo.
- AMANTE, María de Fátima (2015). «A escolha do terreno: ruralidade, familiaridade e reflexividade na construção dos terrenos etnográficos», *Análise Social*, n. 217, pp. 810-829.
- ANTÍA, Fernand (2009). *Uruguay: crisis y reactivación económicas en los ochenta y en los dos mil*, Udelar, Montevideo.
- ARISTONDO, Graciela (2005). «La legislación de la vivienda popular en el Uruguay del siglo XX», *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. IX, n. 194, s/p.
- ASTORI, Danilo (1985). «Neoliberalismo autoritario en el Uruguay: peculiaridades internas e impulsos externos», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 47, n. 2, UNAM, México, pp. 123-153.
- BARENBOIM, Cintia y CARDENAS, María (2010). «Evolución de las políticas habitacionales en Uruguay (período 1870-2000)», *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, vol. 3, n. 6, pp. 168-181.
- BARRÁN, José Pedro y NAHUM, Benjamín (1967-1977). *Historia rural del Uruguay moderno*, (siete tomos), Banda Oriental, Montevideo.
- (1967). *Historia rural del Uruguay moderno*, Tomo I, Banda Oriental, Montevideo.
- (1977). *Historia rural del Uruguay moderno*, Tomo V, Banda Oriental, Montevideo.
- BARTH, Frederik (2012). «Inglaterra y la Commonwealth», en: *Una disciplina, cuatro caminos. Antropología británica, alemana, francesa y estadounidense*, Prometeo Libros, Buenos Aires, pp. 15-81.
- BARTOLOMÉ, Miguel (2003). «En defensa de la etnografía. El papel contemporáneo de la investigación intercultural», *Revista de Antropología Social*, n. 12, pp. 199-222.

- BAUMAN, Zygmunt (2007). «Entre nosotros, las generaciones», en: Jorge LARROSA (ed.), *Entre nosotros. Sobre la convivencia entre generaciones*, Fundació Viure i Conviure, Caixa Catalunya, Barcelona, pp. 101-127.
- BECKER, Howard (2011). *Trucos del oficio: cómo conducir su investigación en ciencias sociales*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- BENGOA, José (2003). «25 años de estudios rurales», *Sociologías*, Porto Alegre, año 5, n. 10, pp. 36-98.
- \_\_\_\_\_ (2014). «¿Fin del desarrollo rural?», *Revista ALASRU, Análisis Latinoamericano del Medio Rural*, Nueva época, n. 10, pp. 87-106.
- BERETTA CURI, Alcides (2012). «Los caminos de innovación en el agro: inmigración, redes de agricultores, elites y viticultura en el Uruguay de la modernización (1870-1900)», *Revista Tiempos Históricos*, vol. 16, n. 2, pp. 41-69.
- \_\_\_\_\_ (coord.), BENTANCOR, Andrea; BONFANTI, Daniele; BOURET, Daniela y VIERA, Mariana (2008). *Del nacimiento de la vitivinicultura a las organizaciones gremiales: la constitución del Centro de Bodegueros del Uruguay*, Ediciones Trilce, Centro de Bodegueros del Uruguay, Montevideo.
- BERETTA CURI, Alcides (coord.), ÁVILA, Felipe; BONFANTI, Daniele; DJENDEREDJIAN, Julio; MORAES, Ma. Inés y ROBLES, Claudio (2011). *Agricultura y modernización 1840-1930*, CSIC, Udelar, Montevideo.
- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas (1999) [1966]. *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- BEVILAQUA, Joel (2009). «Juventud rural: una invención del capitalismo industrial», *Estudios Sociológicos*, vol. XXVII, n. 80, pp. 619-653.
- BOISIER, Sergio (1990). *La descentralización: un tema difuso y confuso*, ILPES-ONU-CEPAL, Santiago de Chile.
- BOURDIEU, Pierre (1989). «La ilusión biográfica», *Historia y fuente oral*, n. 2, Memoria y Biografía, pp. 27-33.
- \_\_\_\_\_ (1990). «La juventud no es más que una palabra», en: *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México, pp. 119-127.
- \_\_\_\_\_ (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (2002). *El baile de los solteros. La crisis de la sociedad campesina en el Bearne*, Anagrama, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (2008). «Objetivación participante», *Antropología*, n. 83-84, pp. 95-105.
- BOUTON, Roberto (2014) [1961]. *La vida rural en el Uruguay*, Banda Oriental, Montevideo.
- BUTLER, Judith (1998). «Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista», *Debate Feminista*, vol. 18, pp. 296-314.
- CAETANO, Gerardo (2000). «Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada en el Centenario», *Sociohistórica* n. 7, pp. 11-51.
- CAGGIANI, María (2004). *Heterogeneidad en la condición juvenil rural: aportes para una definición sociológica de la juventud rural*. Tesis Maestría en Sociología, FCS, Udelar, Montevideo.
- CANO, Virginia (2015). *Ética tortillera. Ensayos en torno al éthos y la lengua de las amantes*, Madreselva, Buenos Aires.
- CARÁMBULA PAREJA, Matías (2009). *Movilidad espacial y precariedad laboral en los Trabajadores rurales temporales: el caso de los Esquiladores de Villa Sara*. Tesis presentada para obtener el título de Magíster en Ciencias Agrarias opción Ciencias Sociales. FAgro, Udelar.

- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto (1994). «O movimento dos conceitos na Antropologia», *Revista de Antropología*, vol. 36, pp. 13-31.
- \_\_\_\_\_ (1996). «O Trabalho do antropólogo: olhar, ouvir, escrever», *Revista de Antropologia*, vol. 39, n. 1, pp. 13-37.
- CASTELLI, Luisina (2015). *Construcción de juventud(es) en un pueblo del interior y sus relaciones con la implementación de un Centro MEC. Un aporte antropológico*. Informe final. Programa de Iniciación a la Investigación, csic, Udelar (inédito).
- \_\_\_\_\_ y ROSSAL, Marcelo (2016). «Adolescencia y juventud en el Uruguay. Moratorias, moralidades y desigualdades», en: Yamandú ACOSTA (coord.), *Uruguay a inicios del siglo XXI*, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM, México, pp. 173-192.
- CLIFFORD, James (1995) [1980]. *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Gedisa, Barcelona.
- CORBO LONGUEIRA, Daniel (1993). «El derecho de la juventud rural a la educación. La extensión de la enseñanza secundaria al medio rural», *Serie Aportes a la Educación Nacional*, n. 5, MEC, Montevideo.
- CORREA, Fernando (1995). «Azúcar: Mercosur y reconversión. El caso CALNU». *Estudio de Caso n. 2*, Universidad de Chile, documento en línea: <<http://www.espectador.com/documentos/estchicalnu.pdf>>. Consultado 29-12-2016.
- CURBELO, María Magdalena (2015). *Pay Paso: entre el surco, el sindicato y la colonia. Una etnografía del acceso a la tierra en Bella Unión*, FHCE, Udelar (inédito).
- DE ARMAS, Gustavo y RETMOSO, Alejandro (2010). *La universalización de la educación media en Uruguay. Tendencias, asignaturas pendientes y retos a futuro*, UNICEF-Uruguay, Montevideo.
- DE GIORGI, Álvaro (2002). *El magma interior. Política, cultura y territorio en la Fiesta de la Patria Gaucha*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- DE GRAMMONT, Hubert (2004). «La nueva ruralidad en América Latina», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 66, Número especial, pp. 279-300.
- Departamento de Extensión Universitaria (1968). *Los rancheríos y su gente. Tareas, costumbres, historias de vida*, Colección Nuestra Realidad, n. 4, Udelar, Fundación de Cultura Universitaria, Talleres Gráficos Comunidad del Sur, Montevideo.
- DE TORRES ÁLVAREZ, María (2013). *Guardianes de la pradera: el origen de la legitimidad de la ganadería en Uruguay*. Tesis de Maestría en Sociología, fcs, Udelar, Montevideo.
- \_\_\_\_\_ (2015). *Campes. Breve historia de una discusión tecnológica*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- DE TORRES, María Fernanda y VERGES, Martín (2016). *La vaca. Historia de una vida en común*, DNC-MEC, Monsanto Desarrollo Editorial, Montevideo.
- DI PAULA, Jorge (2007). «Viviendo (en) la vivienda. Cambios en las normas y valores transformadores en el entorno construido», *INVI*, vol. 22, n. 60, pp. 13-36.
- DOUGLAS, Mary (1973) [1966]. *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, Madrid.
- ELISSALDE, Roberto y otros (2015). *XI25 Centros MEC en el territorio*, MEC, Montevideo.
- ELIAS, Norbert (2003) [1976]. «Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros», *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 104, pp. 219-251.
- ESCOBAR, Arturo (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Fundación editorial El perro y la rana, Caracas.
- FANON, Frantz (1983) [1961] *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México.

- FECHTER, Anne-Meike (2014). «'The good child': Anthropological perspectives on morality and childhood», *Journal of Moral Education*, vol. 43, n. 2, pp. 143-155.
- FEDERICI, Silvia (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Traficantes de sueños, Madrid.
- FEIXA, Carles (2000). «Generación @ la juventud en la era digital», *Nómadas*, n. 13, pp. 75-91.
- \_\_\_\_\_ (2006). «Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 4, n. 2, pp. 1-18.
- \_\_\_\_\_ y Leccardi, Carmen (2011). «El concepto de generación en las teorías sobre la juventud». *Última década*, vol. 19, n. 34, pp. 11-32.
- FERNÁNDEZ AGUERRE, Tabaré (2002). «Cambios en la estructura agraria del Uruguay entre 1951 y 2000: una aproximación descriptiva desde la estructura de la tierra», *Estudios Sociológicos*, vol. 20, n. 59, pp. 387-424.
- FERNÁNDEZ, Tabaré; BONAPELCH, Soledad y ANFITTI, Vanessa (2013). «Regímenes de transición al primer empleo: Chile, México, Estados Unidos y Uruguay comparados», *Papeles de población*, n. 76, pp. 129-161.
- FILARDO, Verónica (COORD.) (2009). *Jóvenes y adultos en Uruguay: cercanías y distancias*, Ibase, Instituto Pólis, IDRC CRDI, Cotidiano Mujer, FCS, Montevideo.
- \_\_\_\_\_ (COORD.) (2002). *Tribus urbanas en Montevideo. Nuevas formas de sociabilidad juvenil*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- \_\_\_\_\_ (COORD.) (2007). *Subculturas juveniles*, FCS, Udelar, Montevideo.
- \_\_\_\_\_ (2011). «Transiciones a la adultez y educación», en: Fernando FILGUEIRA y Pablo MIERES (eds.), *Jóvenes en tránsito. Oportunidades y obstáculos en las trayectorias hacia la vida adulta*, UNFPA, Rumbos, Montevideo, pp. 13-64.
- \_\_\_\_\_ (2012). «Transiciones a la vida adulta en Uruguay: fractura múltiple expuesta», en *The Second ISA Forum of Sociology*, pp. 1-4.
- FILGUEIRA, Carlos y RAMA, Germán (1991). *Los jóvenes de Uruguay. Esos desconocidos*, CEPAL, Montevideo.
- FILGUEIRA, Fernando; KATZMAN, Ruben y RODRÍGUEZ, Federico. (2005) «Las claves generacionales de la integración y exclusión social: adolescencia y juventud en Uruguay y Chile en los albores del siglo XXI», *Prisma* n. 21, pp. 43-65.
- FOUCAULT, Michel (1992) [1970]. *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires.
- FRAIMAN, Ricardo y ROSSAL, Marcelo (2009). *Si tocás pito te dan cumbia. Esbozo antropológico de la violencia en Montevideo*, AECID, PNUD, MI, Montevideo.
- \_\_\_\_\_ (2011a). *De calles, tranças y botones. Una etnografía sobre pobreza, violencia y solidaridad urbana*, BID, MI, Montevideo.
- \_\_\_\_\_ (2011b). «Políticas de seguridad, jóvenes y vecinos: las trampas de la participación», en: MAURO CERBINO (COORD.), *Política pública y proyectos/modelos de intervención con jóvenes*, FLACSO Ecuador, MIES, Quito, pp. 151-168.
- \_\_\_\_\_ (2011c). «Políticas de ciudadanía y relaciones de vecinazgo en un barrio de Montevideo». *Papeles del CEIC*, vol. 1, n. 69, pp. 1-36.
- GALLO, Alejandra; MOLINARO, Karina y OSORIO, Natalia (2011). «Modelos heredados: continuidades y rupturas en proyectos laborales y profesionales de jóvenes rurales», *Mirada Joven*, n. 1, pp. 87-104.
- GEERTZ, Clifford (2006) [1973]. *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (1989). *El antropólogo como autor*, Paidós, España.

- GIARRACCA, Norma (comp.) (2001). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, CLACSO, Buenos Aires.
- GOFFMAN, Erving (2001) [1961]. *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Amorrortu, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ CANGAS, Yanko (2003). «Juventud rural. Trayectorias teóricas y dilemas identitarios», *Nueva Antropología*, vol. XIX, n. 63, pp. 153-175.
- (2004). «Óxido de lugar. Ruralidades, juventudes e identidades», *Nómadas*, n. 20, pp. 194-209.
- GONZÁLEZ SIERRA, Yamandú (1994). *Los olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales del Uruguay*, FESUR, CIEDUR, Nordan Comunidad, Montevideo.
- GRIMSON, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- GUBER, Rosana (2004). *La etnografía. Método, campo, reflexividad*, Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- GUIGOU, L. Nicolás (2003). *La nación laica. Religión civil y mito-praxis en el Uruguay*, Ediciones La Gotera, Montevideo.
- (2010a). «La bifurcación del tiempo en una historia hecha pedazos. Vladimir Roslik y Basilio Lubkov: los héroes y el tiempo de la muerte», *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay 2010-2011*, pp. 45-59.
- (2010b). «Etnicidad y laicismo en el Uruguay», en: Carla María RITA (ed.), *Un paese che cambia. Saggi antropologici sull'Uruguay tra memoria e attualità*, CISU, Roma, pp. 163-181.
- (2011). *Religión y producción del otro: mitologías, memorias y narrativas en la construcción identitaria de las corrientes inmigratorias rusas en Uruguay*, Lúcida Ediciones, FC, Udelar, MEC, Montevideo.
- y TANI, Rubén (2001). «Por una antropología del entre», *Henciclopedia*, edición electrónica, s/p. Disponible en: <http://www.heniclopedia.org.uy/autores/Tani/AntropoEntre.htm>. Consultado: 12-08-2016.
- GULLESTAD, Marianne (1996). «From obedience to negotiaton: dilemmas in the transmission of values between the generations in norway», *The journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 2, n. 1, pp. 25-42.
- HARAWAY, Donna (1988). «Situated Knowledges: the science question in feminism and the privilege of partial perspective», *Feminist studies*, vol. 14, n. 3, pp. 575-599.
- IPARRAGUIRRE, Gonzalo (2011). *Antropología del tiempo. El caso Mocoví*, Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- JUNG, Carolina (1998). *Los diferentes jóvenes rurales y sus posibilidades de participación social*. Tesis Licenciatura en Sociología, FCS, Udelar, Montevideo
- KAY, Cristóbal (2007). «Algunas reflexiones sobre los estudios rurales en América Latina», *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, n. 29, pp. 31-50.
- (2009). «Estudios rurales en América Latina en el período de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad?», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 71, n. 4, pp. 617-645.
- KETT, Joseph (1993). «Descubrimiento e invención de a adolescencia en la historia», *Journal of Adolescent Health*, vol. 14, pp. 664-672.
- KESSLER, Gabriel (2007). «Juventud rural en América Latina. Panorama de las investigaciones actuales», en: Rogelio Bruniard (coord.), *Educación, desarrollo rural y juventud: la educación de los jóvenes de provincias del NEA y NOA en la Argentina*, UNESCO, HIPE, Ministerio de Economía y Producción, SAGPYA, FIDA, Buenos Aires, pp. 16-67.

- KLACZKO, Jaime y RIAL, Juan (1981). *Uruguay: el país urbano*, CLACSO, Banda Oriental, Montevideo.
- KMAID, Gonzalo (1990). *La juventud rural en el Uruguay: elementos para su discusión*, Foro Juvenil, Banda Oriental, Montevideo.
- KUPER, Adam (2001). *Cultura. La versión de los antropólogos*, Paidós, Buenos Aires.
- LACLAU, Ernesto (2015). «¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?» en: Sergio Caggiano y Alejandro Grimson (coords.), *Antología del pensamiento crítico argentino contemporáneo*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 85-95.
- LANZARO, Jorge (2004). *La reforma educativa en Uruguay (1995-2000): virtudes y problemas de una iniciativa heterodoxa*, Serie Políticas Sociales n. 91, CEPAL, Santiago de Chile.
- LATOUR, Bruno (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*, Manantial, Buenos Aires.
- LEITE LOPES, José Sergio (2011) [1976]. *El vapor del diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*, Antropofagia, Buenos Aires.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1995) [1958]. *Antropología estructural*, Paidós, Buenos Aires.
- (1979) [1950]. «Introducción a la obra de Marcel Mauss», en: Marcel MAUSS, *Sociología y antropología*, Tecnos, Madrid, pp. 13-42.
- (1986). *Elogio del trabajo manual*, Conferencia en Premio Nacional Nonino, Percoto, Italia.
- LINS RIBEIRO, Gustavo (1989). «Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica», *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 2, n. 1, pp. 65-69.
- MALINOWSKI, Bronislaw (1986) [1922]. *Los argonautas del Pacífico occidental*, Planeta Agostini, España.
- MANNHEIM, Karl (1993) [1928]. «El problema de las generaciones», *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 62, pp. 193-242.
- MARGULIS, Mario (2001). «Juventud: una aproximación conceptual», en: Solum Donas BURAK (comp.) *Adolescencia y juventud en América Latina*, Libro Universitario Regional, Cártago, pp. 41-56.
- MAUSS, Marcel (2009) [1923]. *Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Katz Editores, Buenos Aires.
- (1979) [1950]. *Sociología y antropología*, Tecnos, Madrid.
- MEAD, Margaret (1993) [1928]. *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Paidós, Buenos Aires.
- (2009) [1970]. *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, Gedisa, Barcelona.
- MEDAN, Marina (2012). «¿‘Proyecto de vida’? tensiones en un programa de prevención del delito juvenil», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 10 n. 1, pp. 79-91.
- MERENSON, Silvina (2010). *A mí me llaman peludo. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias Sociales. IDES, Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina.
- MORAES, María Inés (1999). «Dos versiones sobre las transformaciones económicas y sociales del medio rural uruguayo entre 1860-1914», *Cuadernos del CLAEH*, año 24, n. 83-84, 2.ª Serie, s/p.
- MORIN, Edgar (2006). *El método*, Tomo VI, Ética, Cátedra, Madrid.
- NAHUM, Benjamín (1968). *La estancia alambrada*, Enciclopedia Uruguaya n. 24. Editores Reunidos, Arca, Montevideo.

- NAROTZKY, Susana (2002). «Reivindicación de la ambivalencia teórica: la reciprocidad como concepto clave», *Éndoxa: Series filosóficas* n. 15, pp. 15-29.
- ORTNER, Sherry (1995). «Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 37, n. 1, pp. 173-193.
- PI HUGARTE, Renzo y WETTSTEIN, Germán (1955). *Rasgos actuales de un rancharío uruguayo. El Rancharío de Cañas de Tacuarembó en el panorama general de nuestros rancharíos*, Biblioteca de Publicaciones Oficiales, FDCS, Udelar, Montevideo.
- PIÑEIRO, Diego (2001a). «Población y trabajadores rurales en el contexto de transformaciones agrarias», en: Norma Giarraca (comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* CLACSO, Buenos Aires, pp. 269-306.
- \_\_\_\_\_ (2001b). «Los trabajadores rurales en un mundo que cambia: el caso de Uruguay» *Agrociencia*, vol. V, n. 1, pp. 68-75.
- \_\_\_\_\_ (2005). «Población y trabajadores rurales en el contexto de transformaciones agrarias», en: Norma Giarraca (comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Colección de CLACSO, Buenos Aires, pp. 287-308.
- \_\_\_\_\_ (2011a). *El trabajo asalariado agropecuario en el Uruguay*, IICA.
- \_\_\_\_\_ (2011b). «Precariedad objetiva y subjetiva en el trabajo rural: nuevas evidencias», *Revista de Ciencias Sociales*, año XXIV, n. 28, pp. 11-32.
- \_\_\_\_\_ (2014). «Asalto a la tierra: el capital financiero descubre el campo uruguayo», en: Guillermo ALMEYRA; Luciano CONCHERÍO; João MÉNDES y Carlo PORTO-GONÇALVES (coords.), *Capitalismo, tierra y poder en América Latina (1982-2012)*, Vol. I, UAM, CLACSO, Continente, pp. 215-258.
- \_\_\_\_\_ y CARÁMBULA, Matías (2006). «La forestación en Uruguay: cambio demográfico y empleo en tres localidades», *Agrociencia*, vol. X, n. 2, pp. 63-73.
- PIÑEIRO, Diego y FERNÁNDEZ, Emilio (2013). «Tercerización laboral en el Uruguay: estudio comparado de contratistas de trabajo y de maquinaria en el medio rural», *Agrociencia*, vol. XVII, n. 2, pp. 141-149.
- PIÑEIRO, Diego y MORAES, María Inés (2008). «Los cambios en la sociedad rural durante el siglo XX», en: Benjamín NAHUM (ed.), *El Uruguay del siglo XX, tomo 3: La sociedad*, DS, FCS, Banda Oriental, Montevideo, pp. 105-136.
- POSADA, Manuela (2009). *Ser joven en el medio rural: la construcción intergeneracional del discurso sobre juventud en el medio rural*. Tesis Licenciatura en Sociología, FCS, Udelar, Montevideo.
- QUIROGA, Gabriela (2000). Una experiencia con mujeres jóvenes rurales desde las Cooperativas Agrarias Federadas (CAF). Documento en línea: <<http://juventudruralemprendedora.procasur.org/wp-content/uploads/2013/08/UNA-EXPERIENCIA-CON-MUJERES-JO%CC%81VENES-RURALES-DESDE-LAS-COOPERATIVAS-AGRARIAS-FEDERADAS.pdf>>. Consultado 22-06-2016.
- RABINOW, Paul (1977). *Reflections on fieldwork in Marocco*, University of California Press, Berkeley.
- RABOTNIKOF, Nora (1998). «Público-privado», *Debate feminista*, vol. 18, pp. 3-13.
- RATIER, Hugo (2002). «Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización. Un estado de la cuestión», *Revista de Ciências Humanas*, n. 31, pp. 9-29.
- REGUILLO, Rosana (2000). *Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Norma, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2002). «El otro antropológico. Poder y representación en una contemporaneidad sobresaltada», *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura*, n. 29, pp. 63-79.

- REYNOSO, Carlos (1991). «Presentación», en: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, Barcelona, pp. 11-60.
- RICŒUR, Paul (1995). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Siglo XXI, México.
- RIELLA, Alberto (2000). «Desafíos teóricos y empíricos de la sociología rural contemporánea: Una mirada desde Uruguay», en: Diego PiÑEIRO (comp.), *30 años de sociología rural en América Latina*, ALASRU, Montevideo, pp. 149-180.
- \_\_\_\_\_ (2006). «Los frenos a la construcción de ciudadanía en el campo: el caso de los asalariados rurales en Uruguay», en: Hubert DE GRAMONT (ed.), *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 159-185.
- \_\_\_\_\_ (2014). «Estructura agraria, pequeña producción y gobiernos progresistas en Uruguay», *Revista ALASRU*, Nueva época, n. 10, pp. 169-186.
- \_\_\_\_\_ y MASCHERONI, Paola (2008). «Una nueva mirada sobre los territorios rurales: trabajo no agrícola y pluriactividad en el Uruguay rural», en: Marta CHIAPPE, Matías CARÁMBULA y Emilio FERNÁNDEZ (comp.), *El campo uruguayo. Una mirada desde la Sociología Rural*, Departamento de Publicaciones, FAO, Montevideo, pp. 221-240.
- RIELLA, Alberto y RAMÍREZ, Jessica (2008). «Población rural y forestación: estudio de la dinámica poblacional en los territorios forestales del Uruguay», *Agrociencia*, vol. XII, n. 2, pp. 85-98.
- RIELLA, Alberto y TUBÍO, Mauricio (1997). *Los asalariados zafrales del citrus del Uruguay*. Serie Documentos de Trabajo n. 31/97, Unidad de Estudios Regionales, Regional Norte Udelar.
- RIELLA, Alberto y VITELLI, Rossana (2005). «Escuelas rurales y desarrollo territorial: una reflexión para el caso uruguayo», *Pampa. Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales* n. 1, pp. 1-20.
- RODRÍGUEZ LEZICA, Lorena (2014). *Entre la inclusión y el olvido: la cuestión de género en el trabajo asalariado rural: el caso de la citricultura uruguaya*. Tesis para obtener el título de Maestría en Desarrollo Territorial Rural, FLACSO Ecuador.
- RODRÍGUEZ, Ernesto (1985). «La juventud como movimiento social. Elementos para el estudio del caso uruguayo», en: Carlos FILGUEIRA (comp.) *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*, CLACSO, CIESU, Banda Oriental, Montevideo, pp. 199-225.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos y ZAMALVIDE, Martín (1998). *Juventud rural en el Uruguay de los '90*, Foro Juvenil, Banda Oriental, Montevideo.
- ROMERO CABRERA, Juan (2004). «La modernización agraria en el Uruguay: los jóvenes rurales, una asignatura pendiente», en: Norma GIARRACCA y Bettina LEVY (comp.), *Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales*, CLACSO, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2008a). «Distribución territorial de las ocupaciones de los jóvenes rurales en el Uruguay», *Revista Argentina de Sociología*, año 6, n. II, pp. 192-216.
- \_\_\_\_\_ (2008b). «La juventud rural: el caso uruguayo», en: Marta CHIAPPE, Matías CARÁMBULA y Emilio FERNÁNDEZ (comps.) *El campo uruguayo: una mirada desde la sociología rural*, FAO, Udelar Montevideo, pp. 259-275.
- \_\_\_\_\_ (2011). *Evolución de la población ocupada juvenil en el mercado de trabajo rural uruguayo en la década del 2000*. Documentos de trabajo Nueva Serie n. 22/2013, Unidad de Estudios Regionales, Regional Norte, Udelar.
- \_\_\_\_\_ (2012). «Población ocupada juvenil en el mercado de trabajo rural uruguayo, década 2000», *Anfora*, vol. 19, n. 33, pp. 143-161.

- ROMERO GORSKY, Sonia (2003). *Madres e hijos en la Ciudad Vieja. Apuntes etnográficos sobre asistencia materno-infantil*, Nordan-Comunidad, Montevideo.
- RUBIN, Gayle (1986). «El tráfico de mujeres: notas sobre la «economía política» del sexo», *Nueva Antropología*, vol. VIII, n. 30 pp. 95-145.
- RUFFIER, Jean (2005). «La frontera como ventaja competitiva: la producción de naranjas en ambas márgenes del Río Uruguay», *Revista Galega de Economía*, vol. 14, n. 1-2, pp. 1-20.
- SAHLINS, Marshall (1997) [1985]. *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Gedisa, Barcelona.
- SANTOS, Carlos; NARBONDO, Ignacio; OYHANTÇABAL, Gabriel y GUTIÉRREZ, Ramón (2013). «Seis tesis urgentes sobre el neodesarrollismo en Uruguay», *Revista Contrapunto*, n. 2, pp. 13-32.
- SCOTT, Joan (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico, en: Marta LAMAS (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG, México, pp. 265-302.
- SEGATO, Rita (2007). *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- SICA, María José (2013). *Proyectos de vida de jóvenes en el medio rural: ¿deseos reales o preferencias adaptativas? Caso Pueblo Fernández, Salto*. Tesis Licenciatura en Sociología, FCS, Udelar, Montevideo.
- SILVERMAN, Sydel (2012). «Estados Unidos», en: *Una disciplina, cuatro caminos. Antropología británica, alemana, francesa y estadounidense*. Prometeo Libros, Buenos Aires, pp. 319-428.
- SOLARES, Alejandra (1997). *Juventud rural y actitudes migratorias: el papel del Club Agrario*. Tesis Licenciatura en Sociología, FCS, Udelar, Montevideo.
- SPIVAK, Gayatri (2003) [1988]. «¿Puede hablar el subalterno?», *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, pp. 297-304.
- TAKS, Javier (2000). «Modernización de la producción lechera familiar y las percepciones del ambiente físico y social en el sudeste de Uruguay», *Anuario de Antropología social y cultural en Uruguay*, pp. 109-126.
- \_\_\_\_\_ (2001). «Acerca de la alienación del trabajo en los tambos uruguayos», en: Luis Leopold (ed.) *Psicología y Organización del Trabajo II*, Psicolibros, Montevideo, pp. 199-222.
- TARDE, María (2009). *La inserción de los jóvenes rurales en el mercado laboral uruguayo*. Tesis Licenciatura en Trabajo Social, FCS, Udelar, Montevideo.
- TEDLOCK, Dennis (1991). «Preguntas concernientes a la antropología dialógica», en: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, Barcelona, pp. 275-288.
- TUBÍO, Mauricio (2001). *El impacto de las transformaciones agrarias sobre el empleo rural en el Uruguay*. Informe final del concurso: Globalización, transformaciones en la economía rural y movimientos sociales agrarios. Programa Regional de Becas CLACSO. Documento en línea: <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2000/tubio.pdf>>. Consultado: 15-12-2016.
- TURNER, Victor (1994) [1964]. «Betwixt and between: the liminal period in rites of passage», en: Louise Carus Mahdi, Steven Foster y Meredith Little (eds.), *Betwixt and between. Patterns of masculine and feminine initiation*, Open Court Publishing, Illinois, pp. 3-19.
- \_\_\_\_\_ (1979). «Frame, flow and reflection: ritual and drama as public liminality», *Japanese Journal of Religious Studies*, vol. 6, n. 4, pp. 465-499.

- URIARTE BÁLSAMO, Pilar (2015). *Perigoso é não correr perigo. Experiências de viajantes clandestinos em navios de carga no Atlântico Sul*, Novas Edições Acadêmicas, Alemania.
- VALDÉS, Ximena (2000). «Masculinidad en el mundo rural: realidades que cambian, símbolos que permanecen», en: José OLAVARRÍA y Rodrigo PORRINI (eds.), *Masculinidad/ es. Identidad, sexualidad y familia*, FLACSO Chile, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Red de Masculinidad. Santiago, pp. 29-46.
- VAN GENNEP, Arnold (2008) [1909]. *Los ritos de paso*, Alianza, Madrid.
- VENTURINI, Paula (2017). *Vivienda rural nucleada: espacio doméstico y producción. Análisis de las potencialidades de los Conjuntos de MEVIR para el desarrollo de actividades económico-productivas*. Tesis para optar por el título de Magister en Ordenamiento territorial y desarrollo urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad de la República.
- VISACOVSKY, Sergio (1995). «La invención de la etnografía», *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, año IV, n. 5, pp. 7-24.
- VISCARDI, Nilia (2007). «Trayectorias delictivas y rehabilitación: caminos laberínticos en la configuración de futuro en jóvenes infractores», *El Uruguay desde la sociología*, n. 4, pp. 293-325.
- \_\_\_\_\_ (2008). «Integración perversa: los caminos de la desafiliación en jóvenes marginados», *RECSO: Revista de Ciencias Sociales*, año XXI, n. 24, pp. 73-94.
- WILLIS, Paul (1988). *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de la clase obrera*, Akal, Madrid.
- ZIBECHI, Raúl (1997). *La revuelta juvenil de los 90: las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa*, Nordan-Comunidad, Montevideo.
- ŽIŽEK, Slavoj (1998). «Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional», en: Fredric JAMESON y Slavoj ŽIŽEK, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Argentina.

## Fuentes consultadas

Diario *El Telégrafo*, 14-07-2014, Paysandú.

Diario *El Telégrafo*, 13-10-2014, Paysandú.

Diario *El Telégrafo* 25-06-2015, Paysandú.

Diario *El Telégrafo*, 10-10-2015, Paysandú.

Diario *La República*, 27-12-2004, Montevideo.

MEVIR (2014). *Investigación territorial Departamento de Paysandú*. Documento proporcionado por MEVIR.

MGAP (2006). *Actualización de la carta forestal del Uruguay con imágenes del año 2004*. Documento en línea: <[http://www.uruguayeduca.edu.uy/Userfiles/P0001/File/CARTA\\_FORESTAL2004.pdf](http://www.uruguayeduca.edu.uy/Userfiles/P0001/File/CARTA_FORESTAL2004.pdf)>. Consultado: 7-12-2016.

Ministerio de Educación y Cultura (2010). *Plan Nacional de Alfabetización Digital*, Centros MEC- MEC, Montevideo.

Observatorio de la Educación-CODICEN (2015). *Matrícula y cobertura. Educación técnica*, ANEP-CODICEN.

Portal web Intendencia Departamental de Paysandú <<https://www.paysandu.gub.uy/index.php/interior/cerro-chato-gallinal/2756-intendente-visito-obras-en-el-camino-que-une-gallinal-con-ruta-26-y-dialogo-con-vecinos>>. Consultado 21-09-2016.

UEMAI-MEVIR (2008). *Aproximación a la participación de los jóvenes en programas habitacionales de MEVIR*, Unidad de Evaluación, Monitoreo, Acompañamiento e Investigación, MEVIR, Montevideo.

\_\_\_\_\_ (2010). *Participantes jóvenes en programas de vivienda nucleada de MEVIR*, Unidad de Evaluación, Monitoreo, Acompañamiento e Investigación, MEVIR, Montevideo.

\_\_\_\_\_ (2013). *MEVIR en el territorio*. Unidad de Evaluación, Monitoreo, Acompañamiento e Investigación, MEVIR. Documento en línea: <[http://www.mevir.org.uy/images/Mevir\\_Programa\\_2014\\_pdf\\_web.pdf](http://www.mevir.org.uy/images/Mevir_Programa_2014_pdf_web.pdf)>. Consultado 30-01-2017.

Este libro es una investigación etnográfica junto a los habitantes de Pueblo Gallinal, una localidad rural inaugurada en 1990 en el departamento de Paysandú, Uruguay. La zona donde el pueblo se encuentra vivió intensas transformaciones desde los años setenta en adelante, por un lado en su matriz económica, con el despliegue de las agroindustrias cítrica y forestal y, por otro, en su matriz territorial-habitacional, con la política de vivienda de MEVIR. La etnografía propone acercarnos a la comprensión de las continuidades y transformaciones generacionales en el marco de este proceso histórico socioterritorial y conocer el papel de la institucionalidad estatal sobre las formas de ser y de estar entre adultos y jóvenes.

ISBN: 978-9974-0-1689-7



9 789974 016897